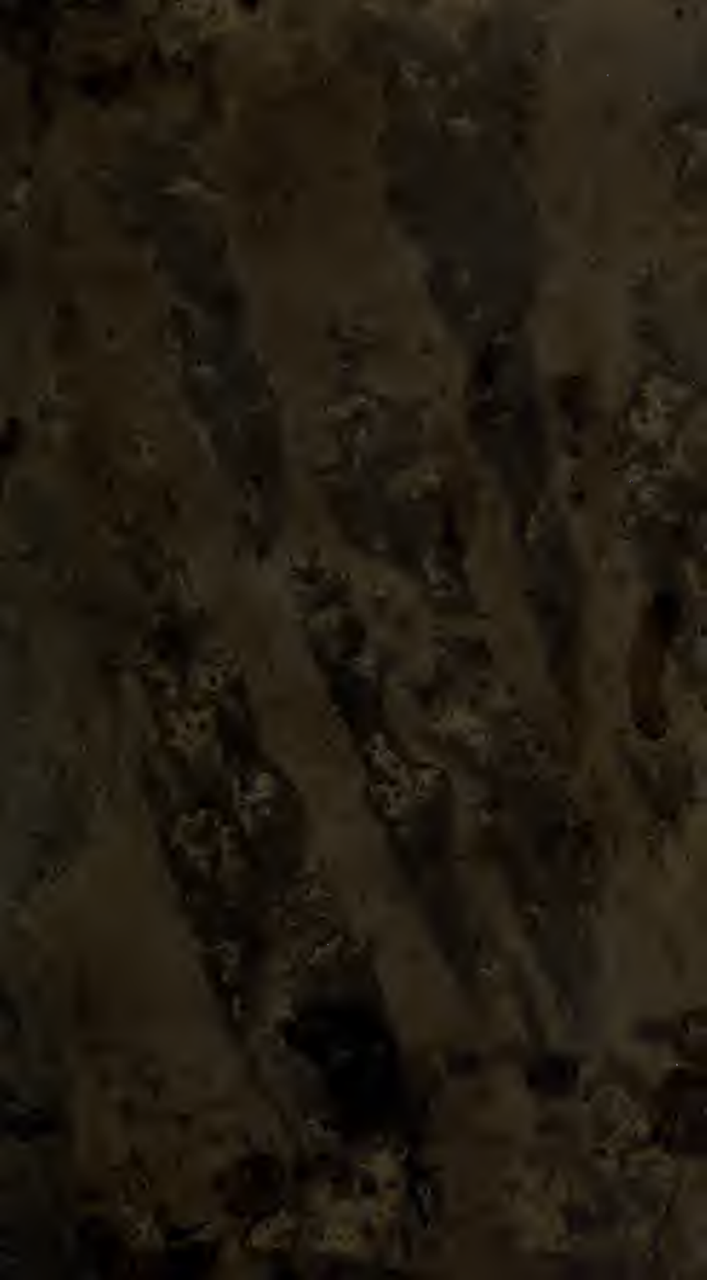






VARIAS POESÍAS,

COMPUESTAS

POR

DON HERNANDO

DE ACUÑA.

SEGUNDA EDICION.



MADRID

EN LA IMPRENTA DE SANCHA

AÑO DE MDCCCIV.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Lo sumamente raras que eran las poesías de Don Hernando de Acuña, por no haberse hecho mas edicion que la que dió á luz en Salamanca el año de 1591 su muger Doña Juana de Zúñiga, dedicada al Príncipe Don Felipe, despues tercero de este nombre, me movió á reimprimirlas sacando una copia de un exemplar completo que me franqueó un amigo, por la que se ha hecho esta edicion que presento al público.

El ingenio de Acuña se dexa ver así en sus poesías, como en la traduccion del Caballero determinado de Oliver de la Marche, que hizo de órden del Emperador Cárlos Quinto, á quien la dedicó en 1552.

Lope de Vega en su Laurel de Apolo dice lo siguiente de nuestro autor.

Don Fernando de Acuña ilustremente
bebió en la márgen de la sacra fuente
quando escribió para mayor trofeo
de la dificultad de su deseo :
Que el mas seguro golpe de acertarse,
por darse con mas fuerza suele errarse.

CARTA DEDICATORIA
AL PRINCIPE DON FELIPE
NUESTRO SEÑOR.

La traduccion del caballero determinado que hizo Don Hernando de Acuña, que esté en el cielo, por mandado del Emperador Don Cárlos nuestro Señor de gloriosa memoria que ha sido tan aceto á muchos buenos ingenios, la dedicó á su Magestad Cesárea por justas causas que á ello le movieron: despues le pareció añadirle ciertas adiciones no desconvenientes á la materia que allí se trata: las quales dedico á la Magestad Católica del Rey nuestro Señor. Y porque yo sé que si viviera ofreciera á vuestra Alteza este libro, que trata de varias cosas de poesía, porque le cupiera tambien parte de sus obras, hago yo agora lo mismo. Y así de su parte y de la mia se las ofrezco á vuestra Alteza,

á quien suplico que en consideracion de haberle hecho un caballero, que con tantas veras, y en tantas ocasiones sirvió con las armas y con el entendimiento á su padre de vuestra Alteza, que Dios muchos años guarde, y á su abuelo, le lea, que en él hallará vuestra Alteza algunas cosas que le darán gusto, como le han dado á los hombres de ingenio que le han visto, por cuya persuasion me he movido á sacarle á luz, y le favorezca y ampare como confio.

Doña Juana de Zuñiga.

SONETO.

Huir procuro el encarecimiento, [ño,
No quiero que en mis versos haya enga-
Sino que muestren mi dolor tamaño,
Qual le siente en efeto el sentimiento:
Que mostrándole tal qual yo le siento,
Será tan nuevo al mundo y tan extraño,
Que la memoria sola de mi daño
A muchos pondrá aviso y escarmiento:
Así leyendo, ó siéndoles contadas
Mis pasiones, podrán luego apartarse
De seguir el error de mis pisadas,
Y á mas seguro puerto enderezarse,
Dó puedan con sus naves despalmadas
En la tormenta de este mar salvarse.

A SU MAGESTAD.

Invictísimo Cesar, cuyo nombre
El del antiguo Cárlo ha renovado,
Al sonido del qual tiemble y se asombre
La tierra, el mar, y todo lo criado:
En quien Roma su imperio y gran renombre
Conoce mas que nunca sublimado,
Y dó el dichoso siglo que os alcanza
Pone primera y última esperanza.

Vos, pues, Señor, en cuya fortaleza
El nombre se sustenta y ser christiano,
Y en el supremo grado de grandeza
Teneis siempre delante el ser humano;
Si del don baxo suple la baxeza
Un puro corazon sincéro y sano,
Del acetad esta señal presente,
Como Cesar humano, humanamente.

INDICE.

Sonetos.

Canciones.

Sonetos.

SONETOS.

SONETOS.

LA FÁBULA DE NARCISO.

Si un baxo estilo y torpe entendimiento
Merecieran llegar á aquella altura,
Dó, Señora, llegó mi pensamiento,
Y tuvieran en esto igual ventura,
Pudiera yo contar lo que es sin cuento,
Dando á vuestro valor y hermosura
Seguridad, qual nadie la ha tenido,
De la ofensa del tiempo y del olvido.
Mas si mi ingenio lo procura y quiere,
Razon lo contradice y le castiga,
Pues manda que primero considere
A qué puede bastar, y á qué se obliga:
Porque de vuestro ser ninguno espere
Llegar á decir tanto, que no diga
Mucho mas el silencio, con la falta
De quien ose emprender cosa tan alta.
Y pues de tanto bien como en vos veo,
Aun no puede lo ménos celebrarse,
Lo mas que yo no entiendo aquello creo,
Que aquí tiene mi fé donde fundarse:
Y ofreciendo por obra el buen deseo,
Podrá con justa causa disculparse.
El flaco que no emprende gran conquista,
Y el que mirando al sol pierde la vista.

Así por ser en esto tan notoria
La poca fuerza del ingenio humano,
En vuestro nombre trataré una historia,
Cuyo sugeto no se finge en vano:
Y vos, que sola estais en mi memoria,
Desde ella alumbrareis mi ingenio y mano
Con aquel resplandor y luz que distes
Al siglo venturoso en que nacistes.

Y aunque el camino, y el juicio vuestro
Va de lo general tan apartado,
Yo sé que contra amor, y en daño nuestro,
Seguis lo que es de muchas aprobado:
Esta es la ingratitud, que es un siniestro,
Y error por mil exemplos reprobado;
Como dello nos da mas claro aviso
La vida con la muerte de Narciso.

Amor rige su imperio sin espada;
Mas con todo castiga y no consiente
Que sea en su desprecio tan usada
La fiera ingratitud entre la gente:
La qual siendo mil veces condenada
A destierro por él tan justamente,
Se admite, y hay mil damas tan exêntas,
Que con ella le hacen mil afrentas.

Y conviene entender que no se debe
Menospreciar jamas virtud divina,
Y ménos la de amor que al bien nos mueve,
Y de bien en mejor nos encamina:
Y la que contra amor yerra, ó se atreve,
Entienda que á pasar se determina
Lo terrible del mundo, y lo mas fuerte,
Que es triste vida, y miserable muerte.

Si amor muda en fortuna la bonanza
De quien contradecille espera ó piensa,
Juzgad, Señora, si hará venganza
De quien por obra le hiciere ofensa:
Que como es la soberbia y confianza
Pecado inmenso, así es la pena inmensa,
Qual á muchas la dió, cuya memoria
Vive en la antigua y la moderna historia.

Y los exemplos que en el mundo ha habido,
Ni los basta á contar verso ni prosa,
De las que á amor habiendo resistido,
Con muerte lo pagaron dolorosa:
Testigos serán Phedra, Phile y Dido,
Y serálo tambien Enon hermosa,
Con Ariadna, Hipsifile y Medea,
Cuya verdad es justo que se crea.

Qualquiera destas fué soberbia y cruda,
Hasta que amor, á la venganza vuelta
Su blanda voluntad, que así se muda,
La dellas castigó que andaba suelta:
Tanto que á cada qual negó su ayuda,
Quando la vió en pasiones mas envuelta,
Y al fin como se escribe fenecieron,
Entre penas diversas que sufrieron.

¿Mas qué testigo habrá mas verdadero,
Para probar esta opinion tan cierta;
Qué exemplo deste tiempo, ó del primero,
Nos muestra la verdad mas descubierta,
Y declara mejor al venidero,
Si quien resiste á amor yerra ó acierta,
Que al caso lamentable de Narciso,
Hermosísimo hijo de Zefiso?

De Zefiso y Leriope engendrado
Fué por su mal Narciso tan hermoso,
Que en mostrándose al mundo, fué estimado
Por un don celestial maravilloso:
Esto puso á sus padres en cuidado,
Que un bien tan excesivo y milagroso,
Como exceder parece á la natura,
Es comun opinion que poco dura.

Y con este temor su madre vino,
Donde á los pueblos su respuesta daba
El hadado Tiresias adivino,
Que á todos la verdad pronosticaba;
Pídele si á Narciso su destino
Breves ó largos dias le otorgaba,
Que tan nueva belleza es mortal vida,
Quanto mas es amada es mas temida.

Como acabó la madre su pregunta
Sobre tan importante y cara cosa,
Aunque está la esperanza al temor junta,
Quedó de la respuesta temerosa:
Esta le da Tiresias, en que apunta
El mal futuro en condicion dudosa,
Que el niño, cuya vida saber quiere,
Gran tiempo vivirá sino se viere.

A los padres fué escura esta respuesta,
O al ménos se pasó sin ser creida,
Hasta que en fin se hizo manifiesta
Con el triste suceso, y fué entendida
Tan nueva forma de morir como esta;
Y fin tan miserable de una vida,
Que se viese, ó se oyese no se alcanza,
Y permitiolo amor en su venganza.

Jamas se vió en humana criatura,
Primero ni despues, mayor belleza
Que la que dió á Narciso la natura,
De gracia acompañada y gentileza:
El ayre, el ademan y la postura,
Tal novedad mostraban y extrañeza,
Que igual no solamente no tenia,
Mas poderlo tener no parecia.

Las felices estrellas se juntaron,
Y en hacelle hermoso concurrieron;
Las gracias todas juntas le dotaron
De todo lo mejor que en sí tuvieron:
La pintura fué tal que nunca osaron
Retratalla en color, ni la esculpieron
Apeles, Zeusé, Praxitele, ó Phidia,
Ni lo supo enmendar la misma envidia.

Iba creciendo el mozo, y mil querellas
Con sospiros y lágrimas crecian,
Por donde andaba, en dueñas y doncellas,
Sin poderse valer quantas le veian:
No sin admiracion en todas ellas
De la nueva mudanza que sentian,
Que la mas libre en viéndole presente,
Prueba lo que es amar fundadamente.

Mas él que es contra amor endurecido,
Y de seguille está tan apartado,
Que como á otro el ver aborrecido,
Tanto y mas lo aborrece el ser amado:
De ninguna entre tantas fué movido,
Ni de ageno dolor tomar cuidado;
Que si hay cosa que iguale á su belleza,
Es solo su desden y su aspereza.

En ningun exercicio se embaraza,
Que se conforme con sus verdes años;
Ni toma gusto sino solo en caza,
Y en hacer á las fieras mil engaños:
Destas sin descansar sigue la traza,
Que en seguir los provechos ó los daños
De amor no piensa, ni se acuerda dello,
O si se acuerda, es para aborrecello.

Mas en los montes, valles y espesura
De las selvas, ya del acostumbradas,
Aun vino á ser dañosa su figura,
Y á causar mas de un llanto sus pisadas:
Que en verle no quedó ninfa segura,
Ni pudieron estarlo en sus moradas;
Antes con las demas á un mismo punto
El verle y el arder fué todo junto.

Y con mostralle claro que le amaban,
No solamente á amar no le movian,
Pero con la blandura que mostraban
En extremo mayor le endurecian:
Asi mas léjos siempre se hallaban
Quanto mas deseosas le seguian,
Dando este dolor y sentimiento
Sus quejas y sus lágrimas al viento.

Y por montes y selvas maldiciendo
Van las tristes amantes de una en una
El punto en que le vieron, pues muriendo,
La muerte no le mueve de ninguna:
Y como va el dolor siempre creciendo,
Maldicen su deseo y su fortuna,
Y al cielo que juntó beldad tamaña
Con rigor y aspereza tan extraña.

Al amor cada una reprehende,
Como á digno de ser reprehendido,
Que no siente su daño, y que no entiende
Lo que dél suele ser tan entendido:
Que su reyno y sus leyes no defiende
De un mozo de quien es tan ofendido;
Y siendo despreciado se consiente
Despreciar y ofender tan claramente.

¿Donde está, amor, tu brazo poderoso,
Le dicen, y tan fuerte en toda parte,
Que á Pluton en el reyno tenebroso
Sojuzgo, y en el cielo Apolo y Marte?
¿Como el temido es ya tan temeroso,
Y sufres que un soberbio no se harte
De ver contino llanto en nuestros ojos,
Llevándonos las almas por despojos?

¿Dónde está el arco, amor, que te hacia
Tan temido en el mundo y acatado,
Y las saetas, que qualquier valia
Contra el mas duro pecho y mas armado?
¿Dó está la ardiente hacha que encendia
El corazon mas frio y mas helado?
¿Dó está el cuidado y el mortal recelo,
La esperanza, el temor, la llama, el yelo?

¿Cómo del arco se afloxó la cuerda?
Cómo se despuntaron tus saetas?
Cómo permites que el temor se pierda
A tus públicas armas y secretas?
Sufriendo al que no cura ni se acuerda
Que amenaces con mal, ó bien prometas,
Pues tu reyno y tu ser debe moverte,
Si perdello no quieres y perderte.

Narciso libre y suelto anda cazando
Por montes, valles, selvas y riberas,
Hiriendo crudamente y aun matando
Mas número de ninfas que de fieras:
Y de tu imperio, amor, siempre burlando,
Y de nuestras congojas lastimeras,
Pues mira de quien tanto se te atreve
Si un divino poder vengarse debe.

Estas, y otras mil cuitas semejantes
Dicen las tristes, sospirando al cielo,
En amar á Narciso tan contentas,
Quan llenas de dolor y desconsuelo:
Y, aunque de ser amadas tan distantes,
Quanto está el fuego de la nieve ó yelo,
Todas van á buscar, y amando siguen,
A aquel que con seguille se persiguen.

Tal hubo entre ellas que á seguirle intenta
De venir á hallarle se temia,
Que el fuego en que amor léjos la sustenta,
Temor de cerca en yelo le volvia:
Así nueva pasion cumple que sienta
Dó quier que el pie ó el ánimo movia,
Y así del bien y mal, por prueba, siente
Que vienen á dañar casi igualmente.

Hubo otra allí que, quando mas quejosa,
La desesperacion le dió esperanza
De contarle su pena dolorosa,
De suerte que hiciese en él mudanza:
Ya está de comenzarlo deseosa,
Y esfuerzase en su débil confianza,
Tanto que entre sí mesma ya decia:
Pues callo mi dolor, la culpa es mia.

Mia es toda la culpa , pues no entiendo
Ni procuro á mi mal remedio ó cura;
No me ofende Narciso, yo me ofendo,
Y él no sabe mis ansias por ventura:
El no puede saber que estoy muriendo,
Si nunca le conté mi desventura,
Que al viento y á los montes la descubro,
Y á quien puede valerme se la encubro.
Así diciendo, y sospirando parte
A buscar y seguir el crudo amante,
Pensando de qué forma y con quál arte
Le mostrase su pena y fé constante:
Ya junta la razon, ya la reparte;
Esto diré despues, esto delante,
Ora á este dicho, ora á aquel se allega,
Y junto este y aquel afirma y niega.
Pero en el punto que á mirar llegaba
Al que á paso tan duro le ha traido,
De solo contemplalle se acordaba,
Poniendo lo demas todo en olvido:
Toda junta en miralle se empleaba,
Para solo mirar tiene sentido,
Y este mil veces aun queria perdelle,
Viendo tan claro que le enoja en velle.
Así lo que á otro descubrir queria,
A sí misma decirlo osaba apenas,
Y queda del temor elada y fria,
El alma de dolor y angustia llena:
Solo sabe seguir la usada via
De estar toda en Narciso y de sí agena,
Hacer concetos , y quedarse muda,
Y temiendo esperar , en vano ayuda.

Entre las otras ninfas Eco andaba
Mas graciosa que todas y mas bella,
A quien su habla natural faltaba,
Por causa que ella dió para perdella:
Tal que á hablar en vano se esforzaba;
Así lo permitió su fiera estrella,
Juntando este trabajo y desventura
Con su extremada gracia y hermosura.

Y de todo su mal causa habia sido
Juno, del alto Júpiter esposa,
Que buscando en un valle á su marido,
Del qual andaba, con razon, celosa;
Eco delante se le habia ofrecido,
Y con manera de hablar graciosa,
Tanto la tuvo en un sabroso cuento,
Que la diosa tardó y erró su intento.

Porque tal lugar dió el entretenella
A Júpiter que cerca la sentia,
Que se pudo apartar y esconder della
La ninfa que consigo allí tenia:
Y sin que viese Juno á él ni á ella,
Se escaparon los dos por otra via;
Advertida la diosa de este engaño,
Sobre Eco quiso que cayese el daño.

Y dixo: ó ninfa, porque el mundo aprenda
A temer á los dioses, mando y quiero
Que tu engañosa habla á nadie ofenda
De hoy mas, y que este engaño sea el postrero:
Y que no hables, ni tu voz se entienda
Sino oyendo hablar á otro primero,
Y replicando de la voz agena,
Las últimas palabras con gran pena.

Hecho pues un castigo tan notable,
La diosa se partió de allí enojada,
Quedando la triste Eco miserable,
Con dolor en el alma y lastimada:
Mueve la lengua con pensar que hable
Palabras con que fuese perdonada;
Mas solo, quando Juno la hablaba,
Sus últimos acentos replicaba.

Extraña es la pasion que prueba y siente
De verse así la triste enmudecida;
Y aunque del yerro tarde se arrepiente,
Con señales se muestra arrepentida:
Tiene su primer voz siempre en la mente,
Esto hace su pena muy crecida,
Y acreciéntase mas con que no espera
Volver ya al uso de la voz primera.

Esta pues vió á Narciso, que cazando,
Como solia, por la selva andaba.
Mírale atenta, y, yéndole mirando,
Por sí mesma la triste no miraba:
Que por la vista amor va penetrando,
Hasta que al alma y corazon pasaba,
Dó apenas ha pasado, apenas llega,
Quando la fuerza de ambos se le entrega.

Al amor sin sentido se ha entregado,
Y á su poder del todo está rendida,
Tanto, que es otra, y que del mal pasado
Con el dolor presente se le olvida:
Ya lo que suele no le da cuidado,
Ya no se acuerda de su voz perdida,
Que á la pasion humana que mas puede,
La que nace de amor pasa y precede.

Estando de seguille, ó no, dudosa,
En fin amor la fuerza á que le siga;
Jamas fué de hablar tan deseosa,
Ni el ser muda le dió tanta fatiga:
Mas viendo ya ser imposible cosa,
Que el todo de su mal ni parte diga,
Solo que él hable es lo que pide y quiere,
Por poder replicar lo que dixere.

Vale siguiendo atenta, y escuchando,
Por ver si acaso á su Narciso oyese
Qualquier palabra, con que replicando
A' lo ménos con él hablar pudiese:
Y de lo que desea va esperando,
Si en fin de su razon algo dixere,
Con que ella respondiendo como suele,
Manifieste un dolor que tanto duele.

Así le sigue, y quanto mas se allega,
Siente mayor y mas cercano el fuego;
Entre sí ya le habla y ya le ruega,
Sin acordarse que no se oye el ruego:
Ya aprueba lo que hace, ya lo niega,
Y desta confusion se culpa luego;
Y nacenle en el alma mil concetos,
Que por falta de voz son imperfetos.

Pero los ojos muestran y el semblante
Lo que mostrar no pueden sus razones,
Dó qualquiera señal es tan bastante,
Que en una se declaran mil pasiones:
Muévese, espera, y vuelve en un instante,
Segun le pinta amor las ocasiones,
Que tal es en la triste la mudanza,
Qual el temor la hace ó la esperanza.

Perdióse tras un corzo, acaso un dia,
Narciso por la selva donde andaba,
Y el verse léjos de su compañía,
En tanta soledad, temor le daba:
Eco sola escondida le seguia,
Eco era sola quien por él miraba,
Para ser al peligro la primera,
Si á desdicha saliese alguna fiera.

Que la muerte le viene á la memoria
De aquel hermoso Adonis desastrada,
Y Venus que con él pierde su gloria,
Sobre el sangriento cuerpo abandonada:
Teme que aquella lamentable historia
Venga á ser en su daño renovada,
Y el de Narciso tiene por su daño,
Que el suyo ni le teme ni es tamaño.

Pues de seguir el corzo ya dexando,
Quedó cansado el mozo y afligido
De ver venir la noche, recelando
Que allí la ha de pasar solo y perdido:
A toda parte mira, y, esperando
De alguno de los suyos ser oido,
En altas voces aquí estoy decia,
Y Eco sola, aquí estoy, le respondia.

Oye la voz, y está maravillado
De quien será el que habla y se le esconde;
Vuelve á llamar, y siente el ser llamado
Con sus palabras sin saber de donde:
Pues venid y allegad, dice espantado,
Y escucha de que parte, ó quien responde;
Mas Eco oyendo lo que pide y quiere,
Venid, llegad, en alta voz refiere.

Aquí la esforzó amor á que saliendo,
Al amado Narciso se allegase,
Y decille sus ansias no pudiendo,
Mostrallas con señales procurase:
Con llanto, con sospiros, y gimiendo,
Ninguna hubo en amor que no mostrase;
Y juntamente, aunque era todo en vano,
Se llega por tomalle de la mano.

Pero Narciso, á cuya gran dureza
No puede la de un marmol compararse,
No solo la apartó con extrañeza;
Mas luego, por no vella y apartarse,
Huye por dó mayor es la aspereza
Diciendo, sin dexar de apresurarse,
Antes yo muera de rabiosa muerte,
Que sufra que me quieras ó quererte.

No pudo aquí sufrir ya el corrimiento,
Mas gimiendo la triste y sospirando,
Por la espesura se arrojó sin tiento,
Me quieras ó quererte replicando:
De sí le viene ya aborrecimiento,
De la gente y la luz se va apartando;
Mas dentro de su pecho oye y entiende,
Quien de todo la culpa y reprehende.

Metida al fin en una cueva escura,
Entre sí mesma habla y dice al cielo:
Eterno movedor, que de la altura
Miras quanto se hace en este suelo,
Tú que tan nueva gracia y hermosura
Formaste por mi daño y desconsuelo,
No permitas que quede sin castigo
Tanta fiereza y desamor conmigo.

Mas el que hizo en mí tan gran mudanza
Sienta en el alma y corazon mudarse,
Y pruebe qué es amar sin esperanza
Quien á tantas movió á desesperarse:
Y porque al daño iguale mi venganza,
El venga de sí mesmo á enamorarse,
Pues ni puede probar mayor dureza,
Ni vencerle podrá menor belleza.

Y en mí, que solo para llanto y pena,
Y males nunca vistos fuí nacida,
Cúmplase presto lo que el hado ordena,
Que es ser luego deshecha y consumida:
Nunca será sino agradable y buena
Muerte que me privare de tal vida,
Pues que viene á librar mis tiernos años
De mil presentes y futuros daños.

Miéntras esto consigo está diciendo,
Dió el cielo de piedad señal muy clara;
Vase el humor vital ya consumiendo
Por el hermoso cuerpo y por la cara:
Ya el frio por los miembros va corriendo,
Ya el color natural los desampara;
Ya está en la mayor parte endurecida,
Ya queda en dura piedra convertida.

La voz le quedó viva solamente,
Mas limitada, y no como solia;
Vive invisible, y á lo que oye y siente
Responde sin tristeza ni alegría;
Mas quando tal ofensa amor consiente,
Para vengarse no le falta via,
Que luego tiempo y ocasion ordena
De dar á tanta culpa mayor pena.

Los montes y los llanos calentaba
Con sus rayos el sol de medio dia,
Quando con su ganado reposaba
A la sombra el pastor donde solia:
De su trabajo el labrador cesaba
Para volver de nuevo á su porfia;
Daba la hora reposo á los mortales,
Y sosiego á las aves y animales.

Narciso, que con sed y caluroso,
No ménos que cansado se hallaba,
Sombra para tomar algun reposo,
Y agua dó se refresque deseaba:
Y en fin llegado á un valle deleytoso,
A una fuente su suerte le guiaba,
Qual nunca la halló persona humana,
Ni cazando jamas, Febo, ó Diana.

En piedra natural está cavado
El vaso de la fuente, tan guardada,
Que de ninfa, ó pastor, ni de ganado,
Ni de ave ó fiéra fué jamas tocada:
Defiéndela del sol por cada lado
Una espesura de árboles cerrada,
Y el verde suelo pintan tiernas flores
De mil diversidades de colores.

En la fuente y el valle la natura
No dexó ningun obra para el arte,
Que con sombra agradable y con frescura,
Parece que convida á cada parte:
Y sale la corriente á la verdura,
Dó con dulce sonido se reparte
En chicos arroyuelos, de manera,
Que hacen inmortal la primavera.

No tan presto Narciso ve delante
La dulce sombra del lugar presente,
Que se alegra en el alma, y al instante
A refrescarse va junto á la fuente:
Donde el que, siempre amado y nunca amante,
Al amor despreció tan libremente,
A pena nunca vista es condenado
De amor que no perdona este pecado.

¡O quánto para el triste mejor fuera,
Sin reposar en el ardiente estío,
Seguir, como era usado, alguna fiera,
Y aun seguilla en hibierno al mayor frio,
Que haber llegado á verse en lo que espera!
Mas contrastar al hado es desvario,
Que no hay mudanza en lo que el cielo ordena,
O placer, ó pesar; descanso, ó pena.

Así, ya quando de su desventura
El término y el punto era venido,
Baxándose á beber vió su figura,
Que vista por él antes no habia sido;
Pero tan desusada hermosura,
Como la que en el agua ha parecido,
Ni conoce que es suya, ni imagina
Que humana pueda ser sino divina.

Como á tal la saluda y juntamente
La ve claro moverse á saludalle,
Y que lo mesmo que él hace y consiente
En qualquier ademan y en el hablalle:
Vuelve y escucha, en torno de la fuente,
Si el son de aquella voz entienda ó halle;
Mas ve que calla si el está callando,
Y que quando él escucha está escuchando.

Parecele, si él habla, que responde,
Y que de verle triste se entristece;
Que, si él algo se aparta, se le esconde,
Si vuelve á parecer luego parece:
En fin quiere su suerte, que allí adonde
Vino por refrescarse le acaece,
Que por quitar la sed y ardor que tiene,
Mas sed y mas ardor le sobreviene.

Ya no sabe qúe diga ni que haga,
Ni en lo que está, ni á sí sabe entenderse;
Ya recibe de amor aquella paga
Que á tal ingratitud podia deberse:
No halla cosa en que se satisfaga,
El estarse le cansa, y el moverse;
Deshacese entre sí como quien prueba,
Con libre corazon cosa tan nueva.

Con extraña atencion al agua mira,
Ni descansa en miralla, ni en no vella;
Ya dexa de mirar y se retira,
Ya vuelve sin saber partirse della:
Por quien mil sospiraron ya sospira,
Quien querellas causó ya se querella;
Y ya tiene los ojos de agua llenos,
Quien tanta derramó de los agenos.

Mas tanta de los suyos ya llovia
Que remueve y enturbia el agua clara,
Y esto la amada vista le impedia,
Que siendo suya le costó tan cara:
Recélase que al valle se saldria,
Parte á seguilla, y en partiendo para;
Y en parando se vuelve á mirar luego,
Y á encender en el agua el mesmo fuego.

De nuevo se está atónito admirado
De todo aquello en que él es admirable,
Y ya el mirar le tiene en un estado,
Que es sobre la miseria miserable:
Y el que padece es mal tan desusado,
Que por la novedad es incurable;
Pues mira en sí lo mesmo porque muere,
Y, viéndose morir, mirarlo quiere.
Mas su mirar no entiende que es mirarse,
Ni que este su querer era quererse,
Ni que su desear es desearse,
Ni su no conocer desconocerse:
Extraño mal que así le dañe amarse,
Que venga á ser provecho aborrecerse;
Y convenga ser del su propia vida,
Antes que tan amada, aborrecida.
Ya va creciendo el agua que corria
Con la que de sus ojos él derrama;
Ni de comer se acuerda en todo el dia,
Ni hay para él noche, ni reposo ó cama:
No cesa un punto su mortal porfia;
Habla, gime, sospira, llora y llama;
Turba la fuente con su llanto crudo,
No ve su sombra, y queda ciego y mudo.
No hay remedio ni cosa que sea parte
Para consuelo de pasion tan nueva,
Ni hambre ó sueño que de allí le aparte,
Ni otra razon ó fuerza que le mueva:
Busca, tienta, procura, usando de arte;
Y, en fin, ya la experiencia y larga prueba
Le descubren y muestran el engaño,
Que así lo quiere amor para mas daño.

Descúbrese el engaño, y él entiende
Lo que hasta aquel punto no ha entendido,
Que él solo es el que daña y el que ofende,
Y solo es el dañado y ofendido:
Que él es el que arde, y el que el fuego enciende,
El movedor de todo y el movido;
Que el que desea es él, y el deseado,
Y en fin que es el amante y el amado.
¡O qual fué su dolor y qual su llanto,
Luego que entiende lo que no entendia,
Que se aumentan en él y crecen quanto,
Mas imposible su esperanza via!
A las aves del ayre pone espanto,
Y las fieras del bosque enternecia;
Los árboles que cerca de allí estaban,
Los ramos á sus quejas inclinaban.
Eco, la triste ninfa, aunque corrida,
Y con tan justas causas enojada,
Puesto que de su queja no se olvida,
Ni della ya podrá ser olvidada:
Condoliéndose dél en ver su vida
De tanto bien á tanto mal mudada,
Todas las veces que quejar le oia,
A su clamor y quejas respondia.
¡O valle, ó selva, ó montes y llanura,
Dice en voz dolorosa el desdichado,
Pues tan durable vida os dió natura,
Decí, en mil siglos que ya habeis pasado,
Si vistes de tan nueva desventura
Un corazon humano rodeado,
O fingirse un dolor qual es el mio,
Con imaginacion ó desvario!

Triste que está conmigo el bien que quiero,
Y dexarme, aunque quiera, no podria,
Y por el mismo bien que tengo muero,
Que si no lo tuviese viviria:
Por solo poseello desespero,
De lo que, estando en otro, esperaria;
¡O crudo y fiero amor, ó caso extraño,
Que en tener lo que quiero esté mi daño!

Sino cesa el deseo, ni es cumplido,
Aunque se goce el bien que se desea,
No siendo del amante poseido,
De suerte que en sí mesmo lo posea;
Injustísimo amor, ¿por qué has querido,
Que solo en mí tan al contrario sea,
Que en mí tenga mi bien, y con tenelle
Muera entre el desealle y poseelle?

Contra toda razon á mí me hace
Mas pobre y miserable mi riqueza;
Lo que el cielo en mí hizo me deshace,
Pues sola me ha vencido mi belleza:
Aquel que, amando en la que mas le aplace,
Se queja de rigor y de aspereza,
¡O cómo sé que se satisfaciese
Si un hora de mi mal probar pudiese!

Procura el amador verse presente,
Y estar, si puede, de su bien cercano.
Yo, teniéndole en mí, soy tan ausente,
Que desde cien mil leguas lloro en vano;
¡O si del fiero mal que esta alma siente,
Estuviera el remedio en otra mano!
Que en mano de la fiera mas terrible
Fuera dificultoso y nó imposible.

¿A quien iré que pueda consolarme
Si el consuelo y la queja está conmigo?
¿O quién diré que venga á remediarme,
Si yo soy mi remedio y me persigo?
Acabe mi dolor ya de acabarme,
Satisfagase amor en mi castigo;
Pues tiene, para estar bien satisfecho,
Tan poco por hacer y tanto hecho.

Tenga ya fin, pues otro bien no espera,
Vida tan miserable y desdichada,
Y muerte su venida no difiera
Donde es tan convenible y deseada:
La causa de mi muerte no quisiera,
Que agora, como yo, fuera acabada;
Mas si vivir conformes no podemos,
Conformes á lo ménos moriremos.

En este punto el amoroso fuego,
Sobre la yerba donde echado estaba,
De arder y consumir acabó luego
El poco humor vital que le quedaba:
Muriendo dixo: ó miserable y ciego,
Amado y amador, y replicaba
Eco, con doloroso sentimiento,
O amado y amador en triste acento.

Y luego aquellos ojos se cerraron,
Que para verse por su mal se abrieron,
En pago de que á tantos no miraron,
Ni aun solo ser mirados consintieron:
Si lágrimas de muchos derramaron,
En lágrimas tambien se consumieron;
Y con morir su pena aun no cesaba,
Que allá en el agua estigia se miraba.

De toda la comarca los pastores,
Luego que el caso lamentable oyeron,
Lloran la novedad de los amores,
Y del triste suceso que tuvieron:
Cruel llaman al cielo en mil clamores,
Y á la nátura porque al mundo dieron
Tan sobrenatural gracia y belleza,
Para llevarla dél con tal presteza.

Todas las ninfas de aquel valle umbroso
A las tristes obsequias se juntaron,
Que juntas quieren dar sepulcro honroso
Al cuerpo muerto que ya vivo amaron:
Buscáronle, y fué caso milagroso,
Que allí no pareció, ni le hallaron;
Y á dó murió, una flor, no vista, vieron,
Que todas por Narciso la tuvieron.

Por Narciso de todas fué tenida,
Y Narciso de todas fué llamada;
La qual de blancas hojas es ceñida,
Al derredor y en medio colorada:
La dolorosa muerte fué plañida,
Y con tristes endechas lamentada;
Eco, desde la cueva á dó se 'esconde,
Al triste llanto, no sin él responde.

Así acabó el soberbio y desdeñoso,
El rebelde de amor, ingrato y fiero,
Cuyo suceso, aunque es tan espantoso,
Ya pudo, y aun podrá ser verdadero:
Porque al amor lo mas dificultoso,
Y lo mas increible es muy ligero;
Y así toda cruel ó ingrata espere
Sentirlo quando ménos lo creyere.

Y si nunca á muger jamas fué dada,
Por gran ingratitud , pena tan fuerte,
¿ Quién sabe para qual tiene guardada,
Por ventura el amor, la mesma suerte?
Viva la que es discreta recatada,
Que pues hubo en el agua fuego y muerte,
Mas cercano peligro, y mas presente,
Hay siempre en el espejo que en la fuente.

EGLOGA.

PERSONAS QUE HABLAN.

PASTORES.

DAMON. TIRSI. FILENO. ALFEO.

Damon.

Con nuevo resplandor Febo salia
Por las doradas puertas del Oriente,
Dando luz á los campos, y alegria;
Quando cabe una fresca, y clara fuente,
Que corre por un prado encaminada,
Murmurando al Danubio dulcemente,
Se estaba miéntras pace su manada
Recostado Damon en la verdura;
En la una mano la zampoña usada,
Y en la otra tenia una pintura;
La qual miraba como quien adora
Obra mas alta que de la natura.
Poco ménos espacio que de un hora
Atento contempló el retrato que era,
De ninfa, al parecer, ó gran pastora.
La vista, el arte, y toda su manera,
Mostraba hombre de amor apasionado,
Que teme todo mal, y bien no espera.
Su canto como le hubo comenzado
Dió bastante señal por dó se crea,
Que toca á algun pastor alto cuidado.

Bien que mi estilo pastoral no sea,
Dixo Damon para alabar en parte
Tu divina belleza, ó Galatea,
Consolárase al ménos con nombrarte,
Un pastor á quien pudo su fortuna
Quitar tan alto bien como mirarte.
Que esta sola es ventura, y si otra alguna
Tiene pastor dichoso en sus amores,
Comparada con ella no es ninguna.
El bien mayor de todos los mayores,
La mas subida bienaventuranza,
Que desear se puede entre pastores,
Solo en el mundo aquel pastor la alcanza,
Que en tus dichosos campos, y ribera,
Vive seguro sin hacer mudanza.
Allí se goza siempre primavera
Con tan alto placer que no se siente
Envidia de la dulce edad primera.
Allí con Galatea juntamente
Se representa todo el bien pasado,
Y se goza el pasado y el presente.
Allí el pastor á quien mirarla es dado
Puede bien despreciar toda baxeza,
Que en alto pensamiento es elevado.
Allí se ve toda otra belleza
Perder su nombre y por ninguna via
Tomar jamás enojo ni tristeza.
Allí se ocupa toda fantasía
Solo en reposo, y en contentamiento,
Y en este se mejora noche y dia.
Allí se satisface el pensamiento

Con el bien que á los ojos se concede,
Y huyen las congojas y el tormento.
Allí el deseo ó voluntad no puede
Pasar mas adelante ó atreverse
A mas del bien que del mirar procede.
Y siente solo del satisfacerse
Tanto que en él como en un bien cumplido
Procura conservarse y sostenerse.
Allí pastor jamás no se ha sentido
Ni viéndola es posible que se sienta
De dolor sojuzgado ni vencido.
Que si pena amorosa le atormenta,
Un rayo de aquel sol de hermosura,
Alumbra luego el alma y la contenta.
Y no se sufre mal ni hay desventura
En esta trabajosa vida humana,
Que no se olvide con tan gran ventura.

Tirsi.

Fileno, ó yo me engaño esta mañana,
O Damon es aquel pastor que canta,
Que madrugó á cantar su queja vana.

Fileno.

¿Es el que dices que con ansia tanta
Lamenta su pasion, que lamentando,
Los corazones de dolor quebranta?

Tirsi.

El mismo que te he dicho que llorando
Pasa la vida, y hele en aquel llanto;
Mas dexado ha el cantar y está pensando.
¡O cómo es cosa cierta en hombre sano
No estimar la salud, ni conservalla,

Hasta que la dolencia está en la mano!
Y al que sujeto en servitud se halla
La libertad perdida, ó como es cierto
Loar la vida libre y estimalla.
Aquel pastor que allí está medio muerto,
Tendido y desmayado, y que parece
Tener de crudo hierro el pecho abierto
Bien léjos del dolor que ora padece,
Libre y suelto le ví no ha muchos años,
Mas mengua la fortuna mas que crece.
Burlar le ví de amor y de sus daños,
Y moverle á mas risa el mayor llanto,
Diciendo que eran fábulas y engaños.

Fileno.

¿Qué era la causa que le alzaba á tanto?

Tirsi.

La soltura y desden, la gallardía,
La verde juventud, y el dulce canto,
Con otras buenas partes que tenia
De que se muestra quando largo el cielo,
Y quando avaro por contraria via.
Era su fundamento honroso zelo,
Y siguiendo de Marte el exercicio,
Con el ardiente sol, y el crudo yelo,
Se aplicó de tal suerte al duro oficio
Que en él, y en todo siempre se ha mostrado,
Sujeto á la virtud, libre de vicio.
Y con seguir este arte no ha olvidado
La de Apolo, y las Musas, ni se olvida
Del trato pastoral, ni del ganado.

Y al tiempo que era del ménos temida
Pasion de amor, y amor ménos temido.

Fileno.

Dime toda su historia por tu vida.

Tirsi.

Estandose á la sombra recogido
De un sauz en la ribera deleytosa
Del Lombardo Tesin tan conocido,
Dó quedó su zampoña tan famosa,
Que entre pastores se celebra ahora
Con la voz de su canto dolorosa.
Pasaba acaso Silvia la pastora,
Esparcidos al ayre sus cabellos,
Con cuyo resplandor el sol se dora.
Y en verla se enlazó de suerte en ellos,
De suerte se enlazó, que no apartaba
La memoria jamás ni el canto de ellos.
Su Silvia, sin cesar, siempre cantaba,
De Silvia eran sus tratos y porfias,
Y Silvano por Silvia se llamaba.
Duróle esta pasion no pocos dias,
Hasta que el tiempo y otras ocasiones,
La fuéron deshaciendo por mil vias.
Mas si perdió pasion, cobró pasiones
Presto su corazon, que son bastantes
A deshacer mil fuertes corazones.

Fileno.

¿Que aun vive el triste con mas pena que ántes?

Tirsi.

Sí, que son las pasiones diferentes,
Quando no son las causas semejantes :

Padece nunca vistos accidentes,
  Y dó quiera que está tiene consigo
  De muerte mil imágenes presentes.
En efecto está tal que yo te digo,
  Que verdaderamente me pesase
  De ver con tanto mal á un mi enemigo.

Fileno.

¿Pues cómo pudo ser que así mudase
  Tan presto voluntad y pensamiento,
  Y á su pastora Silvia así olvidase?

Tirsi.

Hubo mil cosas: es un largo cuento,
  Y hay muchas para darnos pesadumbres,
  Y pocas que nos den contentamiento.
Y en fin el tiempo obró, cuya costumbre,
  Es del monte hacer baxa llanura,
  Y del llano formar una alta cumbre.
Yo tengo para mí que fué figura
  Aquel destotro mal, ó su apariencia,
  O su demostracion, ó su pintura.
Que cierto no es menor la diferencia
  De la pasion que tuvo á la que tiene,
  Que la de la pintura á viva esencia.
Si duerme ó vela, ó está; si vá, ó si viene,
  En solo velle juzgarás Fileno,
  Que el cuerpo sin el alma se sostiene.
Ni ver el cielo estar claro y sereno,
  Ni fuente de agua clara y cristalina,
  Ni el prado de verdura y flores lleno.
Ni sombra de alto roble, ó verde encina,

Ni de zampoña el son dulce y sabroso,
A que el mas duro corazon se inclina.
Ni cercado de frutas deleytoso,
Ni de rio en llanura, ó fondo valle,
Manso correr, ó curso presuroso,
Han bastado jamás para apartalle
De la profundidad de su tristeza,
Ni á que punto menor en él se halle.

Fileno.

¿Es posible que baste la dureza
De una pastora á vello y consentillo,
Ni de una hircana tigre la fiereza?
Dígote cierto que de solo oillo
En lo poco que aquí tratado habemos,
Me duele, ¿qué hará el triste de sentillo?
Mas dime por tu fe, pues que tenemos
Tiempo oportuno que nuestro ganado
Mirando desde aquí pacer le vemos;
¿Por qué pastora vive apasionado,
Qué gracia, qué valor, ó qué hermosura
Pusieron á Damon en tal estado?

Tirsi.

Esa, Fileno, es una gran hondura,
Y es una cosa que decir tan clara
Para haber de contalla es muy escura.
Tanto que si viviera, y se hallara
Titiro el Mantuano aquí presente,
A responderte dudo que bastara.
Y dicesme tú ahora simplemente
Que de veras me ponga yo á contarte,
Cosa que aun no se alcanza con la mente.

No tiene entre cien mil ninguna parte
  La ninfa de Damon, que de contalla,
  No se tema el ingenio, y falte el arte.
Ningun otro pastor para cantalla,
  Soltar osó la voz, que Damon solo,
  Que solo se sustenta en contemplalla.
Este del uno hasta del otro polo
  Estender y ensalzar su nombre espera,
  Con divino favor del sacro Apolo.
El qual si liberal conmigo fuera,
  De un dulce estilo, y de un sonóro canto
  Para poderte dar razon entera,
Yo te pusiera admiracion y espanto,
  Contándote bellezas nunca oidas,
  Mas no es dado á mi ingenio alzarse tanto

Fileno.

No cumple que con eso te despidas,
  Pues la ocasion tenemos en la mano,
  Que de su nombre y partes tan subidas,
En nuestro pastoral estilo y llano,
  Me has de contar lo que se te ofreciere,
  Dexando el culto y ornamento vano.

Tirsi.

Pues lo porfias, como yo supiere
  Te lo diré con tal que no se crea
  Por parte de loor lo que dixere.
El nombre de la ninfa es Galatea,
  Y aquí podria acabar, aquí se encierra
  Quanto bien se procura y se desea.
Pero diré, que como se destierra

La escura niebla con furioso viento,
Y como con la paz cesa la guerra:
Así todo pesar y descontento
Se huye ante su vista y desparece,
Y queda un solo alegre sentimiento.
Y quanto mas alumbra y resplandece
El claro sol que la noturna estrella,
Quando montes y llanos esclarece;
Tanto la hermosura y gracia della,
Excede qualquier gracia y hermosura,
De la que imaginar puedes mas bella.
Cantar hoy á Damon que la natura,
Queriendola formar como tuviese,
Comenzada á pintar la alta figura;
Admirada temió que no pudiese
Dar medio y fin á la obra comenzada,
Que á principio tan alto respondiese.
Pero de tal principio enamorada
Prosiguió su labor con tal cuidado,
Que sobre perficion quedó acabada.
En la qual se la vió que habia pasado,
Al pensamiento el arte milagrosa,
Lo que en otra jamás no habia igualado.
Así con obra tan maravillosa
Ha hecho sobre todas las pasadas
Nuestra presente edad clara, y famosa.
¡O si así te pudiesen ser contadas
Sus faciones de mí como las tiene
Damon en medio el alma figuradas!
Y el gesto cuya vista le sostiene,
O le sostuvo del que ausente ahora

Morir por estos campos le conviene.
La hermosura de la bella Aurora
No se la iguala, aunque la compañia
Traya consigo de Favonio y Flora.
Y quando Febo por la usada via
Esparciendo sus rayos encendidos,
Da nuevo resplandor al claro dia.
Si acaso en aquel hora descogidos
Del blanco y sutil velo los cabellos,
Al ayre se le muestran esparcidos;
Temen sus rayos competir con ellos,
Y del vivo color de su semblante,
Mucho mas que les dan reciben dellos.
Y pasando Damon mas adelante,
Cantaba de la luz de aquellos ojos,
Que matan y dan vida en un instante.
Aquellos que destierran los enojos,
Y nunca hubieron de sus vencimientos
Menores que las almas los despojos.
No son cosa mortal sus movimientos,
Y de otra suerte que la voz humana
Resuena el dulce son de sus acentos.
En forma pastoral rústica y llana,
Te he dicho lo que alcanzo y basta en parte,
Pues pensar acaballo es cosa vana:
Que si yo me pusiese ora á contarte
Su valor y saber, cierto sería,
Meterme en confusion, y á tí cansarte.
Que el tiempo y aun la voz me faltaria,
Antes que la materia me faltase,
Y en lugar de alabar la ofenderia.

Mas puedes ver sin que adelante pase
Si en su pena Damon y en su cuidado
Tuvo tal ocasion que le bastase.

Fileno.

De todo Tirsi estoy maravillado,
Y aunque yo cierto de Damon me duelo
Oyendo quanto vive apasionado:
Pareceme que haberle dado el cielo
Tan alta la ocasion al mal que siente
Le debe ser esfuerzo y gran consuelo.

Tirsi.

Dices verdad, mas es muy diferente
Sufrir de su pastora en la presencia,
O como el triste de Damon ausente.

Fileno.

Tienes razon que cierto hay diferencia,
¿Mas quánto ha que á sus ansias lastimeras
Añadió la fortuna el mal de ausencia?

Tirsi.

Quando de Carlo Quinto las banderas
Por la fiera Germania se esparciéron
Contra sus gentes bárbaras y fieras,
Y á la empresa dificil se moviéron
De Napoles, de Roma y Lombardía,
Las gentes que has oido que viniéron.
Damon por esta honrosa y santa via
Dexó los campos y ribera amada
Del Tesin y el sosiego en que vivia.
Y del gran Cesar con la grande armada
Se vino en estas partes por hallarse
En tan gloriosa empresa y tal jornada.

Pero su ausencia no podia escusarse,
  Que aunque acá no viniera se apartaba
  De quien nunca jamás pudo apartarse:
Que en aquel propio tiempo se quedaba
  La hermosa Galatea aparejando
  Para un largo camino que esperaba:
Desde entonces en llanto y sospirando
  Por el ausente bien, á su fortuna
  Y á su siniestro hado anda culpando.

Fileno.

Quantas cosas me cuentas de una en una,
  Me tienen espantado, y me parece
  Extraña y memorable cada una.
Y pues agora la ocasion se ofrece
  Haz Tirsi que de mí sea conocido
  Pastor que tanto por amor padece.
Que aunque otras veces de Damon he oido,
  Y de su canto no creia que fuese
  Del extremo que cuentas tan subido;
Pero lo que deseo, si ser pudiese,
  Es verle cantar solo sus amores,
  Y poderle escuchar sin que él me viese.

Tirsi.

Si le oyes, tú veras que entre pastores,
  No sin causa su canto es estimado,
  Si no fuese tan lleno de dolores.
Mas no miras, Fileno, qual se ha estado
  Tendido tan gran rato de aquel arte,
  Que parece estar muerto ó encantado.
Extraño caso es cierto que se aparte
  Tan del todo de sí un amante triste,

Y entero se transporte en otra parte.
Esto deseo saber en que consiste,
Y esto en Damon es lo que mas me espanta,
Que nunca tal extremo en pastor viste.
Ora se mueve, creo que se levanta,
Mas no que al otro cabo se rodea,
Ya templa la zampoña, él cierto canta.

Fileno.

Pues lleguemonos, mas sin que él nos vea,
Porque se cumpla agora mi deseo,
Y oyendole cantar de Galatea
Quiero darme á entender que allí la veo.

Damon solo.

Espesos montes, espaciosos campos,
Desiertas para mí y extrañas tierras,
Tan léjos del mayor bien de mi vida,
Quan apartado ya de Galatea;
Forzado me teneis donde con llanto.
La llamo ora en sospiros, ora en versos.
Y si esperase triste que mis versos
Tanto se alzasen que desde estos campos,
Acompañados de mi triste llanto,
Bastasen á llegar á aquellas tierras
Dó está mi corazon con Galatea,
Cuya memoria me sostiene en vida.
Tantos escribiria que la vida
En parte se aliviase con los versos,
Y truxesen quizá de Galatea,
Algun su pensamiento en estos campos,
Donde dexando en medio tantas tierras
Sin hora de reposo vivo en llanto.

Así con triste y doloroso llanto
Contando voy las horas de la vida,
Que ausente paso en tan extrañas tierras,
Donde no espero que mis baxos versos
Jamás puedan llevar desde estos campos
Las pasiones que sufro á Galatea.

¿Cómo es posible que sin Galatea
Pueda dexar de consumirme en llanto:
Cómo es posible, que por estos campos
Ya no se acabe de dolor la vida:
Cómo es posible que yo cante versos
Della apartado en tan extrañas tierras?

Para mí los desiertos y las tierras,
Todo es igual no viendo á Galatea,
Por ella me agradaron ya los versos,
Y por ella me agrada ahora el llanto;
Por ella pasaré mi triste vida
Contento como fiera por los campos.

Asi como á las fieras dió los campos,
Y á los hombres el cielo dió las tierras
Donde pasen el curso de su vida,
Asi la vista á mí de Galatea,
Me ha dado por consuelo de mi llanto
Amor y por sugeto de mis versos.

Tiempo fué ya que de amorosos versos
Hice yo resonar algunos campos,
Como estos baño agora con mi llanto:
Agora que hay en medio cien mil tierras
Desde mis ojos hasta Galatea,
En cuya sola vista está mi vida.

Mas mientra el cielo me concede vida

Y á mi canto la voz, siempre en mis versos
El nombre sonará de Galatea
Por montes, por riberas, y por campos;
Y llegará á las mas extrañas tierras
La alta ocasion de mi continuo llanto.
  No me es tan grave mi cóntinuo llanto,
Ni tan grave el dolor con que la vida
Voy consumiendo por extrañas tierras,
Como ser baxo estilo el de mis versos,
Para alzarse á cantar por estos campos
Tu nombre y hermosura, ó Galatea.
  Mas mi rústica lira, ó Galatea,
Asi bañada, y humida del llanto,
Procura levantarse por los campos,
Tanto que pueda dar eterna vida
A tu precioso nombre y á mis versos,
Por todo lo poblado de las tierras.
  Si quisiese llevar á aquellas tierras,
Que gozan de mirar á Galatea
Este ayre un son de dolorosos versos,
Y con ellos llevase un triste llanto,
Quizá algun tiempo no seria mi vida
Tan triste y dolorosa por los campos.
  Ni flor de tal belleza por los campos,
Ni bien ninguno en estas, ó otras tierras,
Concedió el cielo á nuestra mortal vida,
Que pueda compararse á Galatea
Por quien sospiros y continuo llanto
Hacen de dulces ásperos mis versos.
  Bien ásperos son ya mis dulces versos,
Y voces son perdidas por los campos,

Vano es mi triste, y doloroso llanto,
Pues en él apartado de las tierras,
Que alegra con su vista Galatea,
Consumiendose vá mi triste vida.
Mas si por bien de mi penosa vida
Fuera á escuchar mis dolorosos versos
Presente (como un tiempo) Galatea,
No me fueran extraños estos campos,
Naturales me fueran estas tierras,
Y extremo placer fuera el triste llanto.
Que asi el placer que tuve es vuelto en llanto,
Y vuelta ya mi alegre en triste vida
En tan extrañas y apartadas tierras,
Y muy otro el estilo de mis versos
De aquel que en el Tesin, y que en sus campos
Resonaba presente Galatea.
Dó hicieron partiendo Galatea,
Las ninfas de Tesin extremo llanto,
Y alegróse Sebeto con sus campos;
Allí causa su vista alegre vida,
Allí se ven cantarse eternos versos,
Que el sol solas alumbra aquellas tierras.
No hay distancia de tiempo, ni de tierras,
Que esta alma aparte ya de Galatea;
Y aunque poco se cure de mis versos,
Y aunque ménos se cure de mi llanto,
Veala yo, y acabese mi vida,
Ribera del Sebeto, y en sus campos.
Que para mí no hay campos ya ni tierras,
Ni vida, sino ver á Galatea,
Y no viendola son llanto mis versos.

Acaba Damon.

Fileno.

Dígote, Tirsi, que si yo no oyera
 El canto de Damon como le he oido,
 Jamás pudiera ser que lo creyera:
Mas agora conozco que no ha sido
 El loor que le das demasiado,
 Ni sobre la verdad encarecido.
Y verdaderamente su cuidado
 Es gran razon que entre pastores sea,
 Dolido como propio, y aun llorado.
Y que de su pastora Galatea
 Pasion de amor tan grande se agradezca,
 Pues en tal voluntad mal no se emplea,
Y debe consentille que padezca,
 Pues que de padecer él se contenta,
 Mas no tan sin alivio, que perezca.

Tirsi.

En este punto se me representa
 Un paso entre los otros señalado,
 Con que la compasion se me acrecienta;
Y es, que habiendo ya Damon pasado
 Pasion gran tiempo por esta pastora,
 Como en suma, Fileno, te he contado:
Llegando el crudo término de la hora,
 En que le era forzoso ya el venirse
 Aquí dó vive como ves agora,
Quiso vella Damon para partirse,
 Y venido con ella al postrer punto,
 Al postrero y mortal del despedirse:
El della, y del el alma todo junto

Se iba apartando tal, que en un instante
Vió al pastor ante sí vivo y difunto.
Aquí mostró piedad en el semblante,
Y en ver que del dolor de la partida
El peligro iba ya tan adelante.
Tocó á Damon la mano ya la vida,
Con que se alzaron, y pudo esforzarse,
La virtud ya del alma enflaquecida.
Así pudo partir, y así salvarse
De aqueste duro trance, y peligroso,
Harto mas en efeto, que en contarse.

Fileno.

Tienesme, Tirsi, ya tan deseoso
De ver á ese pastor y de hablalle,
Que hasta cumplillo no tendré reposo.

Tirsi.

Pues lleguemos, que es tiempo, á no dexalle
Entrar tan hondo en su melancolía,
Que despues no podamos despertalle.
¿Es posible, Damon, que noche y dia,
Sin reposar jamás del triste llanto
Sigas la usada y dolorosa via?
¿Y que estés al dolor sujeto tanto
Que de querellas siempre y de clamores,
Hinchan los campos tu zampoña y canto?
Ya tu mal es comun, que entre pastores,
A muchos tiene tristes tu tristeza,
Y dan dolor á muchos tus dolores.
Esfuérzate que en parte es ya vileza,
Y aquel es el honrado y entendido,
Que muestra en caso adverso fortaleza.

Damon.

Tirsi, la voluntad que he conocido
En tí de tanto tiempo, me asegura
Que te duele mi mal y te ha dolido.
Mas el esfuerzo, hermano, y la cordura,
Suelen aprovechar en la dolencia,
Dó se puede esperar remedio ó cura.
Desta hay á mi pasion gran diferencia,
Tal diferencia, Tirsi, que yo muero
De amor sin esperanza y en ausencia.

Tirsi.

Con todo no desmayes, que yo espero
Ver convertidas tus desconfianzas
En un esperar firme y verdadero.
En todo lo mortal hay mil mudanzas,
Y cierto quando ménos lo pensares,
Verás resucitar tus esperanzas.
No tienen tanta fuerza los pesares,
Que siendo tan mudables los placeres,
No muden tambien ellos sus lugares.
Y ahora hay mas razon de que lo esperes,
Con la ayuda y consuelo de Fileno,
Que es qual verás quando le conocieres.

Fileno.

Tras un dia, Damon, cargado y lleno
De ñublado, granizo, de agua y viento,
Vemos otro venir claro y sereno.
Sujeta es toda cosa á movimiento,
Y no debes dudar que se te siga
Placer tras tanto descontentamiento.

Damon.

Pastor, sin conocerte á tí me obliga
Verte tan inclinado á mi consuelo,
Aunque ya no le tenga mi fatiga:
Mas cómo le tendrá si quiere el cielo
Que sienta en el mas vivo fuego helarme,
Y arderme siempre en el mas crudo hielo.
Y ver entre contrarios acabarme
Dó puedan todos y ninguno quiera,
Ni dexarme que viva ni matarme.
En esta vida amor quiere que muera,
Y en esta muerte quiere amor que viva,
Dó el morir, porque es bien, aun no se espera.

Fileno.

En pena que es tan grande y excesiva,
Tambien es fuerza que muy grande sea
La causa de dó nace y se deriva.
Y esto me hace que del todo crea
Ser cierto, qual es, Tirsi me ha contado
Las partes y el valor de Galatea.
Y debes vivir ménos congojado,
Que pues tal ocasion de pena tienes,
Qual nunca á otro pastor el cielo ha dado:
Tus quejas es muy justo que refrenes,
Que contra el mal, aunque es tan congojoso,
Su causa te da alivio con mil bienes.
Aquel hijo de Amilcar tan famoso
Enemigo mortal, y tan temido
Del imperio romano poderoso,
En Pulla fué de baxo amor vencido,

Y no pudo, ni supo defenderse,
Quien tanto á la gran Roma habia ofendido:
Pues quanto debe ménos de dolerse,
Si á vil amor, tal hombre fué sujeto,
Pastor que en tal estado alcanza á verse.
Juzgar he visto siempre por defeto
El dexarse vencer de adversa suerte,
Y mas quanto es el hombre mas discreto.

Damon.

Resístese Fileno á un caso fuerte
Con animo viril y entendimiento,
Mas no al siniestro hado, ni á la muerte.
Vosotros comparais el mal que siento
Al comun que en amor suele sentirse,
Y va muy diferente deste cuento.
Que no solo no puede el mio decirse
Con torpe ingenio, ó lengua, mas no puede
Con juicio muy alto presumirse:
Porque tanto mi mal todo otro excede,
Quanto todo valor es excedido
De aquella alta ocasion de dó procede.

Fin desta Egloga.

EGLOGA Y CONTIENDA

Entre dos pastores enamorados, sobre qual dellos padece mas pena: SILVANO, que habiendo dicho la suya es maltratado, ó DAMON que no la osa decir.

Silvano.

Huid, mis ovejuelas, de este pasto,
Y desta yerba que mi llanto baña;
Huid bien léjos, porque no es posible,
Que el triste humor que de mis ojos llueve
No dexe emponzoñado quanto toca:
Id por donde os guiare vuestra suerte,
Pues nunca podrá seros tan contraria,
Que no os lleve á mas sana y mejor parte,
Que el triste pastor vuestro á quien su hado
No le lleva jamás sino por donde
Mas sin flor, ni verdura están los campos,
Mas sin hoja los bosques y las selvas,
Y por donde mas turbias son las fuentes,
Solo porque jamás pueda ofrecerse
Vista alegre á estos ojos, desde aquella
Que, mudando mi ser de todo punto,
Al libre corazon pasó por ellos.
Y tras ella mil falsas esperanzas,
Con que, engañado el triste, entregó luego
Toda su libertad á quien agora
En vivo fuego le sostiene ardiendo

Sin poder acabar de consumirse:
Y amor lo quiere así, porque se muestre
En mí su mayor fuerza, y porque aquellos
Que por él mas padecen, con mirarme
Viendo lo que padezco, se consuelen.

Damon.

¿Quién será aquel pastor que por lo seco,
Y por donde jamás Abril, ni Mayo,
Diéron señal de alegre primavera,
Lleva el ganado, y en acentos tristes
De amor, si no me engaño, se querella,
Y dice que su mal es el consuelo
De los mayores que en amor se sienten?
Yo que no pienso que pastor ninguno
Padeciese jamás lo que padezco,
Saber quiero la causa si pudiere
Porque tanto se duele, y serme ha cierto
No poco alivio, si entender me hace
Que pueda ser su mal mayor que el mio,
O que pueda igualarse, ó que no sea
Su fuego cabe el mio una centella.
Pues ea, triste ganado, vamos luego
A contar y entender las ocasiones
De mi mal, y del suyo, que no puede
Dañarnos esto, quando no aproveche:
Mas, si con la razon no me ha quitado
Tambien amor la vista y estoy ciego,
Silvano es el pastor, de quien ha poco
Que en este lugar mesmo yo y Fileno
Tratamos largamente que le vimos
El pastor mas contento deste valle;

Mas léjos de pasion, y mas alegre,
Y agora veisle triste, y doloroso,
Llorando y arrimado á un árbol seco.
Derrámase el ganado por dó quiere,
Sin concierto, sin órden, y sin guia,
Y él, sin moverse, como dura piedra,
O tronco de aquel arbol dó se arrima,
Apenas muestra la figura de hombre:
Dime, Silvano, así el amargo llanto
Y esos sospiros que del alma salen,
Puedan, tan presto como tú deseas,
Mover y enternecer á tu pastora,
¿Qué suerte, ó qué desgracia te ha traido
Por parte tan esteril y tan sola,
Llorando y sospirando tal que haces
Mover á compasion las duras piedras.
Donde te vimos tan alegre siempre,
Que nunca ví pastor entre nosotros
Tan libre, ó tan contento de su suerte,
Que de la tuya no tuviese envidia?

Silvano.

Huye, Damon, el son de mis querellas
Si tristeza y lamentos no te agradan:
Apártate de mí pues no ha nacido
Tan cruda fiera en monte ni aspereza,
Que oyendo mi dolor no se apartase.

Damon.

Mas ántes huye tú si de tus males
Algun alivio esperas con el tiempo,
Que yo estoy bien seguro, que la pena
Que está en lo mas oculto de mi pecho,

Oyendola contar, hará que digas
Que es la tuya descanso verdadero,
Porque, si al son de su famosa cetra,
Las piedras y los árboles movia,
Y tras sí los llevaba el Tracio Orfeo,
No dudo yo, que oyendome se muevan,
Y los traya tras mí ni mas ni menos,
La fuerza de mi mal, no de mi canto.

Silvano.

Para oir mis acentos yo no he visto
Las piedras ni los árboles moverse,
Mas podellos oir sin apartarse,
Es caso para mí mas admirable,
Que si al sonoro canto y la zampoña
De Titiro pastor se refrenaba
El presuroso curso de los rios:
Y si olvidadas de pacer las vacas
Al canto de Damon, y Alfesibeo,
Se quedaban suspensas por los campos:
Bien que mi canto no se iguale al suyo,
Mi llanto, mi dolor, y mi tristeza,
A mayores efetos bastarian.
Y con todo no quiere amor que basten
A mover con su fuerza una pastora,
Mas no pastora, sino tigre Hircana,
Dó se juntó no vista hermosura
Con extrema fiereza nunca oída,
Tal que no solo mi pasion no estima,
Pero ni oirla, ni entenderla quiere;
Esto me trae qual me ves agora
Por esta parte esteril y desierta

Huyendo el trato humano, y huiria
Mucho mas de mí mesmo si pudiese.

Damon.

Dichoso tú pues alcanzaste en suerte
Mover un corazon con justas quejas
De amorosa pasion, que ser tan duro
No puede al fin que con un luengo llanto
Y continos sospiros no se venza;
Pues vemos siempre la señal que hace
Una gota continua en una piedra.
Mas cómo esperaré jamás yo triste,
Que se venza ni mueva mi pastora,
Si temo mas que al fuego descubrille,
Aquel en que por ella vivo ardiendo.

Silvano.

¿Y es esa la ocasion por dó pretendes
Fundar que ningun mal se iguale al tuyo?
Triste de mí, que tú á lo menos puedes
Miralla y contemplalla cada hora,
Y aliviar tu pasion de mil maneras,
Gozando ora del son de sus palabras,
Ora del resplandor de aquellos ojos,
Que mirados alivian, y mirando
No solo dan alivio, mas consuelo,
Pero yo de qué gozo? de qué vivo?
O de qué me sustento? pues aquella
A cuya voluntad rendí la mia,
Quanto mas puede en mí mas desdeñosa,
Sin quererme escuchar huye y desprecia
Todo quanto padezco y quanto digo.

Damon.

¿Qué me aprovecha á mí, que cien mil ve- [ces
Pueda ver y mirar á mi pastora,
Si amor no me asegura, que quando ella
Venga á saber que de mirarla vivo
Se satisfaga dello y se contente?
Demás de que este bien no satisface,
Por ser tan solo y general á todos:
Mas tú que ya conoces que la tuya
Huelga de tus pasiones y las sabe,
¿Cómo dexas de dar á amor mil gracias
De verla estar alegre, y ver que gusta
De tu mal, de tu llanto, y tus sospiros?

Silvano.

De todo eso no cura ni lo estima
Esta, que con su gracia y hermosura,
Va tan soberbia, que despreciaria
Al hermoso Narciso, y Ganimedes,
Y quando fuese así, que ella gustase
De verme padecer quanto padezco,
Este cómo podrá llamarse alivio,
Siendo cosa tan áspera y terrible
Servir sin galardon, quien sirve y muere:
Mas tú te quejas sin razon ninguna
Teniendo, como tienes, cada hora
Lugar de descubrir el mal que sientes,
Y pedir tu remedio, ó tu consuelo:
Lo qual si por tí queda y no lo haces
Tuya es toda la culpa de tu pena.

Damon.

No ha probado lo que es morir viviendo,
Ni penas quales son las del infierno,
Quien no ha sentido en sí como combaten
A un triste corazon enamorado,
De una parte temor, de otra esperanza,
Que le ponen los dos en mas peligro,
Que dos vientos contrarios á una nave:
Yo que lo pruebo sé que no podria
Probar mayor dolor que el uno quiere,
Que yo diga mi mal, y me promete
No poco galardon por lo que sufro,
Hiélame el otro dentro de mis venas
Toda la sangre, y el hermoso gesto
De mas claro que el sol me hace escuro,
Amenazando enojos y desgracias,
Y de quitarme el bien con el qual solo
Quieres que pueda yo vivir alegre;
Y el alivio que tiene el que se queja,
De quien le da pasion, y el que tú tienes,
Aun ese se me niega, porque della,
Aunque cause mi mal, yo no podria
Quejarme, sino sé que lo consiente:
Esto de tu pastora tú lo sabes,
Que consiente tu mal, y así tú puedes
Quejarte cada hora con gran causa,
Haciendo resonar valles y montes,
De su gran crueldad y de tus penas:
Lo qual al ménos es un intermedio
Con que sus corazones afligidos
Suelen desahogar los miserables.

Silvano.

No por eso es menor mi desventura,
Ni pienses que oso yo tan sueltamente
Quejarme á cada paso como dices,
Porque, demás del ofenderla, temo
Que mis justas querellas en el cielo
Vengan á ser oidas, y decienda
Justo castigo sobre mi pastora;
El qual no puede ser sino muy grande
Si con su gran dureza se conforma,
Así yo, que mil veces al momento
Me arriscaria á morir por escusalle
Un pesar ó disgusto muy ligero,
No siempre digo la pasion que siento,
Mas ella dice tanto con ser tanta,
Que vendrá á declarar, aunque yo calle,
Mi fe y su crueldad ya brevemente,
Dó se verá que destos dos extremos
Ninguno tiene igual, sino es el otro.

Damon.

Yo en fin muero callando, y tú te quejas,
Y el quejarte es alivio, y quando callas
Tambien de ese callar recibes gusto,
Pues que con él entiendes que aseguras
De tan justo castigo á tu pastora.

Silvano.

¿Qué gusto puede dar lo que se hace
Por otro, no sabiendo, ni esperando,
Que aquel á quien le toca agradecello
Lo sepa, ni lo entienda, ni lo crea?

Damon.

Con esa razon mesma te convences,
Y viene á quedar claro, que el que calla
Padece mucho mas que el que se queja,
Y tambien muestra voluntad muy tibia
El que, no por tenella puramente
Sino por algun fin, hace por otro,
O dexa de hacer alguna cosa.

Silvano.

Antes ama muy poco, el que no quiere,
Y junto con querello no procura,
Que la que causa su pasion entienda
Quanto hace por ella, y quanto sufre;
Mas tú, como no sientes en efeto
La pena que encareces con palabras,
Puedes así encubrir lo que dirias
Bien ó mal como yo, ó como pudieses,
Si fuese tu dolor qual es el mio.

Damon.

Si poco amase, poco estimaria
Su enojo y su desden, y así la pena
Que por ella me aflige y me atormenta
Se la diria sin temor ninguno,
Pero porque amo tanto, que no puede
Igualarse mi amor ni encarecerse,
Antes escojo de morir callando,
Que ponerme á peligro de que viese
Enojo, ó turbacion en aquel gesto,
Cuya serenidad amansaria
La furia y tempestad del mar ayrado:

Y así no iguala con mi amor el tuyo,
Porque, si tanto amases quanto muestras,
No te seria el padecer por ella
Cosa tan grave, ni con tus razones
Desgusto y pesadumbre le darias,
Conociendo por prueba que decirte,
Con razon ó sin ella, en fin se enoja.

Silvano.

Antes porque mi amor al tuyo excede,
Quanto el sol en lo claro á las estrellas,
Sufrir no puedo, y tengo por tan duro,
Que me falte la gracia que deseo.

Damon.

Muy claro está que el porfiar pidiendo
A qualquiera persona lo que niega,
Da nombre de importuno al que lo pide,
Y el que ha de dar se cansa, y se endurece.

Silvano.

Mas no pedir lo justo, diran todos
Que arguye cortedad y gran torpeza,
Y pedirlo con miedo es claro indicio
De no se merecer lo que se pide:
Por donde yo que por amor merezco
Quanto amor puede dar, pido y procuro
El justo galardon de mis servicios,
Y, aunque este se me niega, y yo lo veo,
No lo puedo creer, segun es grande
La razon que á pedirlo me asegura:
Mas tú que por tu amor entiendes claro
Tu poco merecer, casi adivinas
Lo que podrá en razon acaecerte;
Y así tienes empacho y te embarazas,

Y dexas de tratar de tu remedio;
Lo que debe bastar para otorgarme,
Que en amor y pasion yo te precedo.

Damon.

Entónces diré yó que me precedes
Quando de mas amor, y de mas pena
Proceda, como dices, la soltura,
Y la importunidad á que te atreves:
Mas esto es al reves que el temor siempre
Del verdadero amor fué compañía,
Y así es notorio indicio y manifiesto
De pasion verdadera, y de amor puro,
El miedo y embarazo que condenas:
Como es cierta señal la lengua suelta
De suelto corazon, y no de atado,
Y como del osar ser importuno
Se infiere libertad mas que cadena.

Silvano.

Yo veo dos pastores que cantando
Parece que á nosotros se enderezan,
Por donde convendrá que por agora
Cese nuestra contienda, y que esperemos
Para determinarla á mejor tiempo,
Y pidamos los dos al cielo juntos
Que ántes que estos collados y estos montes,
Esta verde color en blanca muden,
Haga en nosotros nuestro mal mudanza,
Y como ora en dolor el uno al otro
Exceder procuramos: de descanso
Y de contentamiento solo sea,
Nuestro razonamiento, y nuestro trato.

Fin de la contienda.

LA CONTIENDA DE AYAX TELAMONIO Y DE ULISES,

SOBRE LAS ARMAS DE ACHÎLES.

EN VERSO SUELTO.

Despues que el fuerte y animoso Achîles,
Terror de Troya, y de su Grecia escudo,
Fué muerto por el arco y por la mano
De Páris, que robó la griega Elena,
Luego se mueve en todo el campo griego
Rumor y disension sobre sus armas,
Que de los mas famosos capitanes
Cada qual por su parte las desea;
Y no por la riqueza, aunque eran ricas,
Ni por la fortaleza, aunque eran fuertes;
Sino, porque el varon á quien se diesen,
Con ellas alcanzaba preeminencia
Sobre todos los griegos, pues le daban
Por justo sucesor del grande Achîles.
En todos los Señores principales
General y muy grande era el deseo
De tanto grado, y de tan alto nombre;
Mas la misma grandeza del negocio,
Y ser tan importante la demanda,
Les ponen tal temor, que todos callan,

Sin osar declarar, que lo pretenden:
No lo declara Ayace el Oyléo;
Ni quiere declarallo Diomedes,
Ni muchos otros; y aun los mismos reyes
Tuvieron por mejor no declararse.
Solos dos caballeros, uno el hijo
De Telamon, y el otro el de Laerte
Muestran en su valor gran confianza,
De merecer tal honra, anteponiendo
Sus méritos y partes cada uno.
Mas el rey Agaménon que no quiere
Determinar por causas muy bastantes
Cosa de tanta envidia y pesadumbre,
Mandó juntar los capitanes griegos
En medio de su campo, donde á todos
Les cometió el juicio y la sentencia
De la contienda que los dos trataban.
Los capitanes griegos se juntáron,
Y en pie la vulgar gente los cercaba,
Quando de enmedio se levanta Ayace,
Y, mostrando en el rostro la fiereza
De un ánimo impaciente arrebatado,
La ribera del mar mira y la armada;
A la qual señalando con las manos:
¡Cómo sufres, ó Júpiter, comienza,
Que tratando esta causa ante estas naves
Ose conmigo compararse Ulises!
Ulises, que huyó en el punto que Hector
Acometió á quemallas con su gente;
Lo qual le sucediera, si el esfuerzo
Y el valor de este pecho y deste brazo

No se lo defendiera y apartara
De nuestras naves el cercano incendio:
Pero mas facilmente se sustenta
Con fingido hablar una contienda,
Que con armada mano una batalla;
Y tanto me es á mí dificultoso
El decir con el arte que este dice,
Como á él el hacer lo que yo hago:
Porque quanto yo valgo en los peligros,
Y en los grandes efectos de la guerra,
Tanto presume de valer hablando,
Sin medir la distancia y largo trecho,
Que hay desde sus palabras á mis obras.
No pienso, ó griegos, que convenga agora
Recontaros mis hechos pues los visteis:
Cuente el facundo Ulises sus hazañas,
Que por facundamente que las cuente,
Vereis en ellas la verdad envuelta
Entre dos mil ficciones que la encubren.
Ya de los casos donde él mas se alaba
En ninguno jamás hubo testigos,
Sino sola la noche y sus tinieblas;
Porque la claridad nunca acompaña
Tal hombre, tales obras, ni tal vida:
No dexo yo de ver, que claro veo,
De quan gran importancia es lo que pido;
Mas el competidor que se me opone
Disminuye esta gloria en muy gran parte:
Por donde, aunque de sí la cosa es grande,
Ni en mí ha sido soberbia el pretendella,
Ni será demasía el alcanzalla,

Pues la ha pedido y esperado Ulises.
El no puede perder ya en este caso:
El premio tiene ya desta contienda;
Pues quando bien la pierda, dirá el vulgo,
Que en fin ha osado competir conmigo;
Y de que esto se diga puede honrarse,
Quanto yo por razon sentirme dello.
En mí, si la virtud dudosa fuese,
Y no tan clara como ya se ha visto,
Es tan alta mi sangre y mi nobleza,
Que, sin las otras partes, á esta sola
No pueden igualar todas las suyas.
Telamon el famoso fué mi padre,
El qual tomó con Hércules los muros
De Troya, y con Jasson navegó en Colcos,
Eaco fué su padre, abuelo mio,
Que es severo juez de aquella parte,
Donde Sisifo con la grave piedra
Por sus maldades vive atormentado;
Y Eaco confesó Júpiter mesmo
Ser su progenie; y así dél agora
Vengo yo á ser tercero decendiente;
Y no quiero que en esto me aproveche
Ser de tan alta sangre como he dicho,
Si de la mesma no deciende Achîles:
Todos sabeis, que era mi primo hermano,
Ved, si debe heredar ántes sus armas
El que era su pariente tan estrecho,
Que Ulises, decendiente de Sisifo,
Al qual en los engaños, y en los hurtos,
Es tan conforme quan cercano en sangre,

Yo no puedo pensar, como, ó por donde
Una razon tan clara se me niegue,
Si venir yo primero á esta jornada,
Y en ella pelear, como se sabe,
No viniese á dañarme por ventura,
Ni sé en que pueda Ulises confiarse,
Si ser venido aquí de los postreros
A mostrar su vileza y cobardía,
No viniese, por caso, á aprovechalle,
O haber fingido, por quedarse en Grecia,
Que estaba loco, quando Palamedes
Con gran destreza descubrió el engaño,
Y le traxo por fuerza en esta empresa.
No puedo yo creer, ni ha de creerse,
Que el valor y prudencia de los griegos
Quiera que en tales armas tenga parte
El que nunca jamás tuvo ninguna
En cosa que con armas se hiciese.
A Júpiter pluguiera, y á los Dioses,
Que la locura que él fingió de miedo,
Fuera verdad, ó al ménos se creyera,
Y con nosotros no viniera á Troya,
Que Filotetes, hijo de Peante,
A quien él fué á llamar como á heredero
De las saetas de Hércules, fatales,
Y necesarias en la empresa nuestra,
No viviera muriendo agora en Lemnos,
Donde deste quedó desamparado,
Y á dó cuentan que come y que se viste
De las aves que mata y de las fieras;
Usando en esto, no sin nuestra afrenta,

De aquel arco divino, y las saetas,
Que solo contra Troya habian de usarse,
Como estaba dispuesto por los hados.
Allí, de las cavernas donde habita,
Gimiendo y sospirando, pide al cielo
Del hijo de Laertes la venganza,
Y ha de esperarse, si en el cielo hay Dioses,
Que no la pedirá gran tiempo en vano;
Mas con todo su mal y desventura,
Aun vive por no haber seguido á Ulises,
Y si lo mesmo, por su bien, hiciera
El miserable y triste Palamedes;
O bien no fuera muerto, ó á lo ménos
Lo fuera sin la infamia y el mal nombre,
Que le vino de Ulises falsamente,
No por otra razon que por el odio
De habelle Palamedes descubierto
En Grecia la ficion de su locura;
Por esto le acusó de que trataba
Contra los griegos con el rey troyano,
Y fingió los presentes y las cartas,
Que al triste diéron miserable muerte,
Con nombre de traidor mas convenible,
Cierto al acusador, que al acusado.
Que así con cruda muerte, ó con destierro
Procura de quitarnos tales hombres:
Así muestra su esfuerzo, así pelea,
Y así puede temerse el sabio Ulises;
El qual, aunque en palabras y eloqüencia
Pase y exceda al Venerable Nestor,
No negará que en el desamparalle

No mostrase vileza manifiesta;
Quando el buen viejo por su edad cansado,
Y el caballo herido, le llamaba
Pidiendole socorro en su peligro;
Donde él de miedo, sin verguenza alguna,
Desamparó, huyendo, al compañero.
No finjo nada yo ni lo encarezco:
Diomedes será desto buen testigo,
Que le llamó mil veces por su nombre,
Para que á Nestor se le diese ayuda:
Y no pudiendo al cabo detenelle
Con ásperas palabras, ni con blandas,
El dio el socorro y remedió su falta.
Pero los Dioses miran justamente
Del cielo nuestras obras, porque luego
Se vió necesitado de socorro,
Este, que no lo dió, siendo llamado;
Y fuera bien dexalle, como él dexa
A los que van con él, y que probara
Con su daño la ley que él mismo puso:
Mas yo, que me hallé presente acaso,
Y perdido le ví del puro miedo,
Pasé, sin esperar que me llamase,
Delante dél, y con mi fuerte escudo
Le defendí oponiendome á la furia
De las armas troyanas, de las quales
En fin salvé la temerosa vida,
Y él que mostró quando llegué á ayudalle
No poderse mover de muy herido.
Como libre se vió huyó volando
Sin que le detuviesen las heridas.

Pues veis donde Hector entra en la batalla,
Y los Dioses con él que le acompañan,
Y por dó pasa no tan solo Ulises,
Pero los fuertes temen y se apartan.
Yo, que sufrir no puedo ver teñida
La espada de Hector en la sangre griega,
Me le pongo delante, y hago tanto,
Que en fin por esta mano vino á tierra;
Y quando uno llamó de entre los griegos,
Que con él combatiese solo á solo,
Y á mí como sabeis tocó la suerte,
Yo combatí con él, y me sostuve
En singular batalla todo un dia;
Y si me preguntais qual fué el suceso,
Diré que no vencí; mas que tampoco
Perdí de mi valor tan solo un punto;
Y es de estimarse el no perder con Hector,
No ménos que ganar con qualquier otro.
Pues, quando en multitud con hierro y fuego,
No sin favor de Júpiter eterno,
Saliéron á quemarnos nuestra armada
Con ímpetu tan grande los troyanos,
¿Dó estaba entonces el facundo Ulises?
¿Dó estaba su eloqüencia, ó de qué fruto
Nos fueron sus razones bien compuestas?
Su lengua y el decir artificioso
Mal nos valieran, donde convenia
Otro remedio que el de sus palabras.
Pues tal le dí yo luego, y no encubierto,
Sino á vista de todos peleando;
Yo resistí á los fuertes enemigos:

Yo defendí estas naves, y con ellas
La esperanza salvé de nuestra vuelta;
Y no pueden valer las armas tanto,
Quando á la cantidad deba mirarse,
Que mucho mas no valgan tantas naves:
Pues si la calidad solo se estima,
No le falta ninguna al que esto hizo,
Para pedir y aun merecer las armas;
Antes, si la verdad decirse sufre,
Mas les conviene que las traiga Ayace,
Que á mí puede el traellas convenirme;
Porque, faltando aquel famoso Achîles,
De sus armas Ayace es demandado,
Sin que en esta contienda él las demande.
Compare agora el Itaco con esto
La muerte de Dolon, y la de Rheso,
Y á Eleno el de Priamo cautivo
Con el Paladion, por él robado:
Hechos muy dignos verdaderamente
De aquella escuridad con que los hace;
Como sola tambien la escura noche
Es propio y digno tiempo de sus hechos;
Entre los quales, si, por caso, alguno
Se merece estimar, ha de contarse
Por obra de Diomedes mas que suya;
Al qual debe tocarle justamente
De las armas tambien la mayor parte,
Quando por yerro á Ulises se le diesen.
Mas ni aun por yerro pueden darse á Ulises,
A quien nunca vió el rostro un enemigo;
Y quando hace mas, los acomete

Desarmado de noche y con engaño.
Y así pretendes cosa bien contraria
Ulises, de tu intento y tu costumbre;
Porque del yelmo el resplandor, y el oro,
Te manifestarán quando te escondas;
Y podrás con el tuyo, ó sin ninguno,
Huirte y esconderte como sueles:
Y es grave y no conviene á tu cabeza
El peso que en la suya traxo Achîles;
Ni á tu débil siniestra y temerosa
El escudo en que el mundo está esculpido.
Y así te baste el tuyo, pues le tienes,
Sin golpe de enemigo, entero y sano,
Mas yo he menester otro, que está el mio
Roto de pelear por muchas partes.
Pues lanza de tal peso y tal grandeza
Tambien es trabajosa para un brazo
Tan diverso de aquel que la traia:
Y hay otro muy mayor inconveniente,
Que, siendo el peso de las armas grande
Por fuerza te hará de muy ligero,
No poderlo ser tanto en la huida.
No sé lo que te mueve á demandallas,
Pues, si tú mesmo conocerte sabes,
Claramente verás, que en tí serian
Mas cierta presa de los enemigos,
Que espanto ni temor al menor dellos.
En fin, si ante los griegos, como es cierto,
Obras han de valer mas que palabras;
Si al bien decir el bien hacer precede,
Pongan las armas del famoso Achîles,

A las puertas de Troya, ó dó se viere
El esquadron mas fuerte de troyanos,
Y aquel que por su esfuerzo las cobrare,
Por todos se le den; y así se acabe,
Sin réplica ninguna esta contienda.
    Acabó Ayace, y de la postrer parte
Donde su causa remitió á la prueba,
En general trataba todo el vulgo,
Quando el prudente hijo de Laërte
Se levantó, y habiendo ya tenido
Los ojos algun tanto en tierra baxos,
Alzandolos, miró á los capitanes,
Y tan graciosa quan facundamente,
Soltó la voz de todos ya esperada.
    Si mis ruegos, señores, y los vuestros
Valieran con los Dioses inmortales,
No hubiera duda ni contienda agora;
Porque gozara Achîles de sus armas,
Y dél nosotros; pero pues los hados
A vosotros y a mí negaron esto:
Aquí mostró llorar, y con la mano
Limpió como de lagrimas los ojos,
Y luego prosiguió, ¿quién mejor puede,
O debe suceder al grande Achîles,
Que por quien sucedió, que en favor vuestro
Pudiesedes tener al mesmo Achîles?
Y como aprovechar no debe á Ayace
Aquel poco saber que tiene y muestra;
Así no ha de dañarme á mí el ingenio,
Que tanto aprovechó siempre á los griegos:
Ni debe mi eloqüencia, si es alguna,

Perder de su valor ninguna parte
Por la simpleza, y por la envidia deste:
A cada uno es justo que le valgan
Los méritos y partes que tuviere;
Porque el alto linage, los abuelos,
Las famosas hazañas que hicieron,
Y quanto no depende de nosotros,
Apenas osaré llamarlo nuestro.
Mas pues Ayace por jactancia cuenta
Que del muy alto Júpiter deciende,
No desconviene que tambien yo diga,
Que de Júpiter vengo al mismo grado:
Laertes fué mi padre, Acrisio abuelo,
Que fué hijo de Júpiter; y entre estos
Ninguno fué por muerte de su hermano
Condenado como otros, ni en destierro.
Pues por mi madre no menor nobleza
Puedo mostrar, que vengo de Mercurio;
Y así deciendo por entrambas partes
De Júpiter inmenso y poderoso.
Pero que yo por la materna sangre
Mas generoso sea, y que mi padre
No matase á su hermano no me importa,
Ni quiero que me valga en mi demanda;
Solo á los propios méritos se atienda,
Y este no espere que ayudarle pueda,
Que Péleo, y Telamon fuesen hermanos,
Ni que las armas del famoso Achîles
Se deban heredar por parentesco:
Que así no las habrá, pues han de darse
Por premio de virtud, no por herencia:

Y, quando á solo el deudo se mirase,
Ménos causa tendrá de demandallas,
Pues las debe heredar el mas propinqüo.
Péleo es padre de Achîles, Pirro es hijo,
Y primo hermano, como Ayace, es Teucro,
Mas no las piden, ni tampoco esperan
De poderlas haber por esta via:
Ved que lugar tendrá quien las pretende
Tan fuera de razon por esto solo.
Mas pues nuestra contienda no consiste
Sino en las propias obras, y estas solas
Han de dar, ó quitar merecimiento;
Siéndome fuerza recontar las mias
Donde tambien se saben, digo cierto,
Que excede en muy gran parte lo que he hecho,
A lo que decir puedo prontamente:
Mas contaré por órden cada cosa
De las que la memoria me ofreciere.
La Diosa Tetis, hija de Nereo,
Que con divino espíritu antevía
Del hijo Achîles la futura muerte,
Y procuraba, con amor de madre,
Encubrille á los griegos, hasta tanto
Que sin él se hiciese esta jornada:
Por mas disimular le adorna y viste
De hábito femenil, y engaña á todos,
Y á Ayace entre ellos, que era facil cosa;
Mas yo que de buscalle tomé el cargo,
Por ser tan importante su venida,
Quanto se sabe para nuestra empresa,
Entre otras femeniles mercancias,

Con que á buscarle entraba en toda parte,
Poner hice una espada y ciertas armas,
Las quales, en entrando, no tan presto
Las vió delante el animoso mozo,
Que los ojos, el ánimo, y las manos
Dexando lo demás, que le era impropio,
A la espada y las armas acudieron;
Yo, como ví de la naturaleza
Vencido y descubierto el artificio,
Díxele: ó Achîles, hijo de la diosa,
Cuyo esfuerzo y valor tanto difieren
De la apariencia y hábito que muestras,
Sabe que para tí guardan los dioses
Inmortales, vitorias imposibles
A todo hombre mortal, y entre las otras
Se verá por tu mano la caída,
La ruïna y el fin de la alta Troya;
¿Pues qué dudas agora? en qué te tardas,
Si te llama tu hado á tanta gloria?
Así animé con esto al animoso,
E incitáron al fuerte mis palabras,
Para los fuertes hechos que hemos visto.
Pues, si es clara verdad en que no hay duda,
Que vienen de la causa los efetos,
Sus obras puedo yo nombrar por mias:
Diré, por mí fué Télefo domado,
Por mí se tomó Tebas, por mí Lesbos,
Por mí cayéron Ténedo, y Lerneso:
Y por mi mano fueron expugnadas
Las ciudades de Apolo, Crise y Cila:
Y en fin, dexando aparte muchos otros,

Por mí puedo decir que es Hector muerto,
Pues os dí quien matase á Hector, que era
Estrago y sepultura de los griegos.
El primero fué yo, que puse á Achíles
En la mano las armas, y si en vida
Yo se las dí, razon es que en su muerte
Las pida y se me den, que es cosa mia.
Pues quando por el mal y afrenta de uno,
Que á toda Grecia en general tocaba,
En el gran puerto de Aulis se juntáron
Mil naves nuestras, ya sabeis que entónces,
Por mas que se esperó, fué siempre el viento
O ninguno, ó contrario á nuestra armada,
Dó fué en el caso trabajoso y triste
Tambien triste el remedio y miserable,
Porque de pura fuerza nos convino
Aplacar á Diana con la sangre
De la inocente hija de Agaménon:
Niégalo el padre, que es terrible cosa
Para otorgalla, y con los mesmos dioses
Se enoja, que aunque es rey justo y severo,
Tambien es tierno padre de su hija:
Mas fué mi exhortacion de tanta fuerza,
Que movió el duro pecho, y al fin hice,
Que el bien comun y general de todos
A su dolor inmenso y entrañable,
Y al amor paternal se antepusiese.
Ya veis en esto si tomé y sostuve
Dificil causa; pues el ser tan propia
Era disculpa al padre de mudarse
En injusto juez de un rey tan justo;

Mas el cetro real, el sumo Imperio,
La causa del hermano, el bien del pueblo,
Y todo aquello que conforme al caso
Le dixe, siendo del considerado,
Le hizo que á sí mismo se venciese,
Y otorgase su sangre al sacrificio.
Tras esto fuí á la madre Clitemnestra
A pedille la triste Ifigenia,
Que al crudo sacrificio se esperaba,
Con quien no me valiendo exhortaciones,
En fin me valió el arte y el engaño,
Donde si acaso el Telamonio fuera,
Aun se estuviera nuestra armada agora
Sin viento y sin remedio en aquel puerto.
Pues, quando con el cargo me enviasteis
De vuestro embaxador al rey troyano,
No hice allí este oficio solamente
Sino el de capitan astuto y diestro
Porque miré muy bien entrando en Troya
Los muros, los reparos, y la gente;
Y llegado despues al alto alcazar
Dó tan grandes varones se ayuntáron,
Declaré largamente mi embaxada,
Qual se me encomendó por Grecia toda;
Y declaréla al rey, presentes todos,
No solo sin temor, mas sin respeto
Acúso á Páris, y demando á Elena
Con todo lo demás que fué robado:
Y tratélo de suerte, que ya tuve
Con mis palabras y razon movidos
A Priamo, y á Antenor juntamente,

Dó Páris, sus hermanos, y los otros,
Que fuéron en el robo compañeros,
Las manos detuviéron á gran pena
Con el enojo que de oirme hubieron.
Sábelo Menalao, que está presente,
Y lo estuvo tambien á quanto digo;
Y el de aquel dia fué el primer peligro
Que hubimos juntos, aunque no el postrero.
Muy larga cosa de contar sería
Lo que por mi consejo y por mi mano
Hice en el largo tiempo desta guerra:
En el discurso de la qual sabemos,
Que desde los primeros esquadrones,
Con que al principio della peleamos
Los enemigos se encerraron luego,
Y se estuviéron dentro de sus muros,
Casi sin parecer por luengos dias.
Pues Ayace me diga: ¿en este medio,
Que no se peleaba en qué entendia,
O de qué aprovechaba el que no sabe,
Fuera de pelear, cosa ninguna?
Que si á mí me preguntan en qué entiendo,
Diré que busco formas para el daño
De nuestros enemigos, y que cerco
De fosos y reparos nuestro campo:
Que consuelo y esfuerzo á los soldados,
Para que con buen ánimo y alegre
Sufran la luenga guerra y sus trabajos:
Doy órden como el campo se provea
De vituallas y armas, y de quanto
Al vivir, y á la guerra es necesario:

Voy con gran diligencia á quanto cumple,
Y á todo tambien cumple que yo vaya.
Pues veis dó nuestro rey (amonestado
En sueños del gran Júpiter) acuerda,
Y acordandolo manda y determina,
Que al viento para Grecia demos vela,
Y se dexe la empresa comenzada.
Bien tuvo en esto su opinion disculpa,
Pues Júpiter lo manda y lo revela.
Pero digan á Ayace, que lo estorbe
Por fuerza, pues se tiene por tan fuerte;
O con su parecer y buen consejo,
Que persuada lo contrario á todos:
Muéstreles quánto yerro es el que hacen
En irse sin dexar deshecha á Troya:
Quite la confusion del pueblo griego,
Y dé resolucion en tanta duda;
Que acabar esto no será gran cosa,
Para aquel que de tantas y tan grandes,
Alabandose, trata en toda parte:
¿Mas cómo lo hiciera? pues ninguno
De todos con mas furia y mayor priesa,
Solicitando andaba la huida.
Yo cuento lo que ví por estos ojos;
Y tuve cierto en verlo mas vergüenza,
Que él tuvo de hacer cosa tan fea.
Movíme entónces de pasion forzado,
Diciendo: ó griegos, ¿qué locura os mueve
A quereros partir con tal oprobio?
Cómo se olvida así nuestra venganza?
Cómo dexais vitoria que es tan cierta?

¿Cómo lo posponeis todo por iros,
Quando casi teneis ganada á Troya?
De qué provecho fué vuestra venida?
De qué efeto habrá sido vuestra estada?
Y el mundo qué dirá de vuestra vuelta?
¿Qué llevaréis al cabo de diez años,
Sino mengua y afrenta á vuestras tierras?
Con estos y otros dichos semejantes,
Que me hizo acertar el dolor mesmo,
Basté á mudar en todos el acuerdo,
Y los hice volver desde las naves.
Torna á llamar el rey la gente toda,
Que de este caso está atemorizada;
Mas ni dice á todo esto una palabra,
Ni sabe el Telamonio que se diga.
Yo á nuestros compañeros temerosos
Voy quitando el temor, y los esfuerzo,
E infundo con mi voz dentro en sus pechos
La virtud y el valor casi perdido.
Desde entónces acá quanto este ha hecho,
En que animoso ó fuerte se mostrase,
A mí puede y aun debe atribuirse,
Pues queriendo él huirse le detuve.
Digame, ¿entre los griegos principales,
Quién le estima, ó le llama á grandes hechos?
A mí me estima y llama Diomédes:
Conmigo comunica quanto hace,
Y en todo, con muy firme confianza,
Me procura tener por compañero;
Y no se debe de tener en poco
Ser solo de Diomedes escogido,

Donde de griegos hay tantos millares.
Yo, sin tocarme, como á él por suerte,
Ni mirar al peligro de la noche,
Ni al de los enemigos, tomé á cargo
Entender y mirar quanto hacian,
Donde maté á Dolón, que al mesmo oficio
De Troya á nuestro campo era enviado;
Pero no le maté sin saber ántes
Lo público de Troya y lo secreto.
Todo lo habia sabido, y ya tenia
Mi obligacion cumplida y mi promesa:
Ya pudiera volverme honradamente,
Mas aun con esto no me satisfago,
Y voy dó estaba el rey de Tracia Reso,
Que á Troya por su mal traxo socorro,
Al qual y á muchos suyos dí la muerte,
En su mesmo real, y aun en sus tiendas.
Así, habiendo acabado quanto he dicho,
Como yo mesmo desear pudiera
En el carro de Reso volví al campo
En señal de vitoria y de trïunfo.
¿Pues qué diré de quando por mi espada,
Como ya todos saben, fué deshecha
La gente de Sárpedon, rey de Licia?
Yo maté á Cromio y Hálio, con Alastor:
Maté á Noemon, á Ceranon, á Alcandro,
A Caropetoon, Chersidamante,
Y á Eunomon con estos, y otros muchos
De ménos fama, que tambien muriéron
A los muros de Troya por mi mano.
Desto hay claras señales, pues que tengo

En honrado lugar tantas heridas:
Quien lo duda las mire: (y él entónces
Con presta mano abriendose el vestido).
Este, señores, dixo, es aquel pecho,
Donde nunca faltó para serviros
Constancia, prontitud, ni fortaleza;
Y al que nunca trabajos ni peligros
Pudiéron impedir, que por vosotros
En qualquier ocasion no se emplease:
Y no se hallará que el Telamonio
Aun haya derramado en esta guerra
Una gota de sangre en tantos años,
Que tiene sano y sin herida el cuerpo.
Y si por defender la armada griega
Dice que peleó, yo lo confieso:
Que reprobar el bien no es mi costumbre,
Sino siempre alabar lo que es bien hecho;
Mas no consiento que se usurpe él solo
Toda la honra, ni que della os niegue
La parte que tuvisteis del peligro.
Ni se debe olvidar así Patroclo,
Que con las armas del famoso Achîles
A Hector resistió y á los Troyanos,
Y libró del incendio nuestras naves.
Tambien haber osado él solo piensa
Acometer á Hector, olvidando
Al rey Menelao, y á mí con ellos;
Y olvidando que él fué de nueve el uno,
Que para aquel efeto se nombraron,
Y que sola la suerte le antepuso.
Mas ya que por su suerte fué antepuesto,

Si lo fué en la batalla me responda;
Mas calle que no debe tratar della
El que con no perder se satisfizo.
¡O con quánto dolor y pena agora
Me viene á la memoria el dia que Achîles,
Amparo y fuerte muro de los griegos,
Perdió la vida! qué dolor: ni llanto,
Ni temor, ni otra cosa fueron parte
Para estorbarme, que no alzase el cuerpo
De tierra, y le llevase en estos hombros:
En estos hombros digo que sostuve
El gran cuerpo de Achîles, con las armas
Que pido, y que merezco justamente;
Que no me falta para tanto peso
La fuerza que conviene, ni á esta fuerza
Dexa de ser el ánimo conforme;
Ni me puede faltar conocimiento,
Ni el saber estimar y agradeceros
La honra y bien que espero de vosotros,
Y que pretendo con tan justas causas.
¿Quién creerá que fué la diosa Tetis
Solícita en haber para su hijo
Las armas por Vulcano fabricadas,
Y que él las fabricó con divina arte,
Para que, muerto Achîles, las vistiese
Un hombre sin ingenio, rudo y torpe,
Que aun lo que es el escudo no conoce?
Donde se muestra en aquel breve espacio
La tierra, el mar, el cielo, y las estrellas,
El sol, la luna, y los planetas todos;
La espada de Orion resplandeciente,

Y cosas que ni darselas á Ayace
Debeis, ni aun el pedir lo que no entiende.
Dice que desta guerra y del trabajo
Yo procuré escusarme y vine tarde;
Y él es tan bien mirado, que no mira,
Que dice en esto contra el grande Achîles;
Si en el disimular hubo algun yerro
Sábese que los dos disimulamos:
Si se pone la culpa en la tardanza,
Primero vine yo, y él fué postrero.
Penelope mi esposa me detuvo,
Y la diosa su madre al grande Achîles:
Y así quando no tenga otra respuesta
En esta acusacion debe bastarme,
Que con tan gran varon soy acusado:
Y quando condenado, ó salvo fuere,
Serélo por quien tenga entendimiento,
Que no puede caber en el de Ayace
La culpa, ó la disculpa, que hay en esto.
Mas porque no os parezca nueva cosa,
Que con tanta torpeza y tan sin rienda
Moviese contra mí su torpe lengua,
Ved de lo que os imputa á todos juntos,
Que es mayor desacato, y mas injuria;
Pues si fué el acusar á Palamedes
Tamaña falsedad como él la hace,
Decidme qué habrá sido el condenalle.
Mas ni pudo encubrir sus malos tratos,
Ni por informacion le condenasteis,
Sino por haber visto y ser tan clara
A todos la maldad y el precio della.

Pues de quedarse en Lemnos Filotetes
Tampoco tengo yo culpa ninguna:
Disculpad á vosotros pues es vuestra,
Que allá le consentisteis que quedase.
Yo no quiero negar, que fué mi voto,
Que el triste se excusase del trabajo
De tan luengo viage y de la guerra,
Y aplacar procurase con descanso
La furia de su mal, y los dolores;
No fué mi parecer malo, pues vive;
Ni hay por donde se juzgue á mala parte.
Mas, si para acabar del todo á Troya,
Filotetes sabeis que es necesario,
No me mandeis á mí, que yo os le traya;
Antes debeis encomendarlo á Ayace,
Que con su discrecion, y gran prudencia
Le ablandará por mas que esté furioso
Con la grave dolencia, y con la ira;
O como hombre sagaz, astuto, y diestro,
Le sabrá reducir con algun arte.
El Simois volverá contra su curso,
Sin árbol se verán los valles de Yda,
Y de Grecia vendrá socorro á Troya
Primero que el saber, ingenio, ó maña,
Os pueda aprovechar del simple Ayace;
Y primero tambien que dexe el mio
De seros provechoso en vuestras cosas:
Que, aunque esté Filotetes qual se dice
Por su mal intratable, y por su enojo,
Con el rey, con los griegos, y conmigo;
Aunque mas me maldiga, y mas desee

Verter mi sangre, y aunque mas se muestre
Obstinado en el odio contra todos,
Basta ser cosa que á los griegos cumple,
Para que yo sin intervalo alguno
La tiente, la procure, y aun la acabe.
Con esto todo de ir por él me ofrezco,
Y tratarlo de suerte, que no sea
En vano mi trabajo y mi jornada;
Y así tener espero sus saetas,
Como á Eleno tuve el adivino,
Y como descubrí todos los hados
De Troya, y las respuestas de los Dioses,
Y como en medio de los enemigos
Tomé el paladion dentro de Troya:
Cosas tan grandes que ninguna dellas
Se pudiera esperar jamás de Ayace.
¿Mas dó estaban entónces sus bravezas?
Sus tan grandes palabras donde estaban?
¿Por qué muestra temer donde osa Ulises,
Pasar á media noche por las guardas,
Que eran número grande de Troyanos,
Y entrar tan sin temor, no solamente
Por los muros de Troya; mas entrado,
Por ella penetrar al alto alcazar,
Y allí del templo donde estaba puesta,
Tomar la sacra imagen de la diosa;
Y no solo tomalla, mas traella
Por medio de las armas enemigas?
Lo que sino hiciera era imposible
(Segun lo que los hados declaraban)
Que pudiese jamás Troya ganarse;

Y hubieran sido en vano las hazañas,
La sangre, las batallas, y las muertes,
Que hizo y venció solo el fuerte Ayace:
Mas yo hube la victoria aquella noche:
A Troya vencí yo desde aquel punto,
Que os hice que pudiesedes vencerla.
Y no traygais, Ayace, á Diomedes
En consecuencia agora, ni nos cuentes
Lo que en armas ha hecho y lo que vale:
Dél han dado sus obras testimonio,
Y en todas las que juntos acabamos
No hay quien le niegue, ni negarle pueda,
La parte del loor que se le debe.
Mas tú si por la armada peleaste,
Sabráse que tuviste compañía,
Qual fué para el efeto necesaria.
Yo tuve siempre solo á Diomedes;
Al qual, si la razon que á tí ha movido
Le debiera mover, tambien pidiera
Las armas como tú del grande Achîles;
Pidiéralas tambien el otro Ayace
Mas moderado, pues que no las pide,
Pidiéranlas Eurípilo y Toante,
Pidiéralas el fuerte Idomenéo,
No ménos Merion; y con los otros
Ya vés si Menelao podrá pedillas:
Probado tienen estos que son fuertes,
Y que ninguno dellos te es segundo;
Mas hanse moderado en la demanda,
Mirando á que en los casos de importancia
Se sometieron siempre á mi consejo.

No quiero yo negarte que no sea
Provechosa tu espada en la batalla;
Pero tu corto ingenio ha de regirse
Por mi moderacion y mi gobierno:
Tú exercitas las fuerzas, mas no sabes
Exercitallas con ningun juicio;
Y yo con él provéo en lo presente,
Y prevengo asimesmo á lo futuro;
Tú puedes pelear como peleas,
Y no se ha de esperar de tí otra cosa;
Pero conmigo el rey escoge el tiempo,
El quándo, y cómo debe pelearse:
Tú con el cuerpo solamente vales;
Yo valgo con el ánimo y el cuerpo:
Tú tienes sola fuerza con el uno;
Yo el consejo y la fuerza con entrambos.
En fin quanto precede en el navio
Al que sirve de remo el que gobierna,
Y quanto, por razon, és en la guerra
Mayor el capitan que no el soldado;
Es muy claro, que tanto y nada ménos
Debo yo ser mayor y precederte;
Y como todos tú lo entenderias
Si tuvieses bastante entendimiento.
Mas vosotros, ó griegos, que entendidas
Teneis no solamente, pero vistas
Las causas y razon con que me muevo,
Dad esta recompensa y premio justo
Por servicios y méritos tan grandes
A aquel que tuvo siempre en vuestras cosas
Los muy grandes trabajos por descanso,

Los mayores cuidados por sosiego,
Y por seguridad qualquier peligro,
A acabar se va ya vuestro trabajo:
Vuestra felicidad se va acercando,
Y el deseado fin de vuestra empresa:
Los hados os quité que lo estorbaban:
No hay cosa ya ninguna que lo estorbe:
Ya por mi mano es facil lo imposible,
Y he hecho que tomar se pueda Troya.
Pues por esta esperanza que ya todos
Teneis en vuestros ánimos tan cierta:
Por los troyanos muros, que deshechos
Vereis con la gran Troya en breves dias:
Por los Dioses, que yo de enmedio de ella
Saqué á pesar de vuestros enemigos:
Por qualquier otra cosa, que ora falte
Para glorioso fin desta jornada,
La qual deba guiarse con prudencia,
O executarse con peligro extremo:
Y por quanto sabeis, y quanto he dicho,
Os pido que tengais, como lo espero,
Mis méritos presentes, y por ellos
La justa pretension de vuestro Ulises:
Y quando no querais darme las armas,
A esta se las dad, y con la mano
Les señaló la imagen de Minerva,
Que tomó en Troya de su mesmo templo.
No fué acabada la oracion de Ulises
Quando los capitanes, que por ella
Fuéron movidos sin quedar ninguno,
Unánimes pronuncian por sentencia,

Que se le debe á Ulises justamente
El honor y las armas que pretende:
Manifiesta señal, y clara muestra
De quanto la eloqüencia puede y vale.
Y aquel Ayace que contra Hector solo,
Contra el hierro, y el fuego, y tantas veces
Contra Júpiter mesmo se sostuvó,
No puede sostenerse á tan gran ira;
Mas ella y el dolor con ella junto,
Vencieron al varon nunca vencido:
Y con este furor la espada arranca,
Diciendo: Claro saben Grecia, y Troya
Quan diferente fuera este juïcio,
Si con esta en la mano se hiciera.
Y pues lo que ella y este brazo han hecho
Ante los griegos mereció tan poco,
Vuelvase contra mí que lo merezco;
Y la que tantas veces fué bañada
En la sangre Troyana, serlo ha agora
Sola una vez, que bastará, en la mia:
Porque agora ni nunca pueda á Ayace
Vencer, ni preceder otro que Ayace.
Tras esto al no herido y fuerte pecho
Dió la primera y última herida,
Tal que en él escondió la espada toda.
Ni bastaron las manos á sacalla,
Y bastó solo el golpe de la sangre;
La qual saliendo en abundante vena,
Volvió la verde yerba en colorada,
Quedando alrededor tinta la tierra.

Fin de la contienda de Ayax y Ulises.

ELEGIA A UNA PARTIDA.

Si el dolor de la muerte es tan crecido,
Que pueda compararse al que yo siento,
Duélase el que nació de ser nacido.
Mas nunca pudo muerte al mas contento
Parecerle jamás tan cruda y fiera,
Que iguale á mi dolor su sentimiento.
Muerte puede hacer que el cuerpo muera,
Mas quando el amador de su bien parte,
El alma se divide que era entera.
Antes la mas perfeta y mejor parte,
Es la que en el poder ageno queda,
Que con su propia mano amor la parte,
Pues ved como de vos partirme pueda
Que sois parte mayor del alma mia
Sin que el dolor al del morir preceda.
Ya se me representa el triste dia
Tan lleno de tiniebla, horror y espanto,
Quan ageno de luz y de alegría.
Y pues de agora se comienza el llanto
¿Ved qué será en efeto la partida,
Si solo el esperalla duele tanto?
Será gran bien en pena tan crecida,
Que pues partiendo de mi bien me alejo,
Antes que parta el pié parta la vida.
Mas el injusto amor, de quien me quejo,
Permite, para daño mas notable,
Que dexe, sin morir, el bien que dexo.

¡O fortuna envidiosa, y variable!
  Que apénas vi mi bien, ya desparece,
  Tanto te precias de tu ser mudable.
Aun bien no amaneció, quando anochece,
  Que en el bien que he tenido, ser primero
  Su fin que su principio me parece.
Mas mi sustentamiento verdadero,
  Partiendome de vos (por quien vivía)
  Es la esperanza de volver dó espero.
Ni aunque me vaya donde nace el dia
  Tendrá el sol rayo tan resplandeciente,
  Que alumbre en su tiniebla el alma mia.
Otra Alba han menester, otro Oriente
  Mis ojos, que sin vos hallan escuro
  Del cielo el resplandor mas excelente.
Y el bien que mas deseo y mas procuro,
  Casi me ofende que es dexarme veros,
  Visto á lo que partiendo me aventuro.
Y amenázame amor con el perderos,
  Aunque mi corazon no lo consiente,
  Que de esto se asegura con quereros.
Pero, Señora, quien os ve presente,
  ¿Qué corazon tendrá para acordarse,
  Que de esos ojos se ha de ver ausente?
Y para ver la triste hora llegarse
  En que los mios hayan de partirse
  Del bien de que no saben apartarse.
Si la pasion que desto ha de sentirse,
  Es cierto que ha de ser conforme al daño,
  Harto se manifiesta sin decirse.
No digo lo que siento en el engaño

De ser mi voluntad desconocida,
Que este es otro dolor nuevo y estraño.
Ver que cosa de vos ya tan sabida,
No querais por su nombre confesalla,
Por no la agradecer siendo creida.
Que aûnque jamás yo supe declaralla,
Sé, que de vos, por un igual se entiende
Esto que digo, y lo que el alma calla.
Mas lo que en mi partida ella pretende,
Y en pago de su fé por ella os pido,
Si el pedillo, Señora, no os ofende,
Es solo, que á un querer tan conocido,
Le deis su nombre, y que no sea pagado
El jamás olvidaros con olvido,
Ni con ese descuido mi cuidado.

Á UNA DAMA DOLIENTE

DE HUMOR MELANCÓLICO,

que pidió á Don Hernando escritos suyos, y se enojó porque no se los daba.

De diversas ocasiones
Nacen diversos efetos,
Y así de muchas pasiones
No se alcanzan los secretos,
Ni se entienden las razones:
Hasta ahora yo tenia
Por cierto, Señora mia,
Que solo del mal de amor
Procediese el triste humor,
Que llaman melancolía.

Y aunque ser esto ordinario
Lo puedo probar conmigo,
Agora lo contradigo,
Viendo que de lo contrario
Es vuestra merced testigo:
Que de ver en tal sugeto
Tal humor, el que es discreto
Conoce que ni en fortuna,
Ni en amor hay causa alguna,
Que baste á tan gran efeto.

Pero ya que éstas no son
Causa de ese mal extraño,
Qual podrá ser la ocasion
De un humor que hace daño
En tan libre corazon:
En caso tan encubierto
Es qualquier juicio incierto,
Y por ser tan corto el mio,
Es del que yo ménos fio,
Que pueda juzgar lo cierto.

Mas si alguno me dixera,
Que por haberos mirado
Quedó en extrema manera
De ese humor apasionado,
Fácilmente lo creyera:
Aunque al mas libre de amor
Tocándole tal humor
Por causa tan justa y buena,
No da lástima su pena,
Sino envidia su dolor.

Y así es para mí estrañeza,
Que pueda y quiera sufrir
Ese humor y su tristeza
Quien puede dallo á sentir,
Y escusar tanta graveza:
Pues es cierto que el mas sano
Corazon, y el mas ufano,
Darán salud y alegria
Por esa melancolia
Venida de vuestra mano.

No dudo, si quereis dalla,
Que quedaréis libre della,
Ni se dude del querella,
Pues mil querran acetalla,
Antes que vos ofrecella:
Esto es cierto en general,
Y en particular hay tal,
No osaré deciros quien,
Su salud, y el propio bien
Trocára por vuestro mal.

Mas podeisme responder,
Lo que el simple y entendido
Confesáran entender,
Que aun el mal de vos venido
No se puede merecer:
Y que por esto teneis
El humor que padeceis,
Y que á ninguno le dais,
Porque lugar no hallais
Adonde bien le empleeis.

Lugar donde se merezca
No le pretendais hallar,
Mas vuestro humor se ha de dar
Donde, Señora, os parezca
Que lo sabrán estimar:
Y adonde sea recibido,
Como de donde ha salido,
Y á dó, como vuestro, tenga
El lugar que mas convenga
Con el que en vos ha tenido.

Aunque pues tuvo su asiento
Junto á vuestro corazon,
En ninguno por razon
Tendrá tanto cumplimiento
De toda satisfaccion:
Y si en muchos se reparte
Sé, que vereis de tal arte
A todo hombre codicioso,
Que ha de quedar mas quejoso
Quien hubiere ménos parte.

De qualquier suerte conviene,
Señora, ser liberal
De la tristeza y del mal,
Que por venir de dó viene,
Nadie lo tendrá por tal:
Mas de esa melancolía,
Aquella parte querria,
Si yo escogerla pudiese,
Que mas nuevas me dixese
Del lugar donde vivia.

Y me dixese en secreto
Lo que con ella pensastes,
Y el enojo que mostrastes
Si fué burla, ó si en efeto
De veras os enojastes:
Y mil cosas que sentirse
Pueden mejor que decirse;
Y que llegando á sabellas,
El gusto que es entendellas
Acierta mal á escribirse.

Y acertar mal á escribiros
Vos mesma lo disculpastes,
Al punto que lo mandastes,
Yo no me engañé en serviros,
Pero vos os engañastes:
Y de veros engañada
Quedaréis escarmentada,
Yo muy disculpado quedo
Con esto, y mas con el miedo
De haberos visto enojada.

OTRAS.

Nadie de su libertad
Tuvo tal satisfacion,
Qual yo de la sujecion
En que está mi voluntad,
Viendo qual es la ocasion.
Y estoy desto tan ufano,
Que aunque fuese ya en mi mano
A mi libertad volverme,
Quiero perdella, y perderme,
Por lo que perdiendo gano.

Y sé que en amor no ha habido
Tan justo contentamiento,
Porque el bien que en mi mal siento
No pudiera haber nacido
Sino de tal pensamiento:

Y el mio en haberme dado
En algun tiempo pasado
Por otra causa pasion,
Conoce su sinrazon
Viendose dó está empleado.

Así conozco, Señora,
Como debo conocer,
Que en mí pena pudo haber,
Mas con las veras de agora
Por burla se ha de tener:
Que quanto mayores son
Las partes desta ocasion,
Tanto la pena presente
Será mayor que la ausente,
Que sufrió ya el corazon.

Y aunque no me puedo ver
Con mas de la que me veo,
Sé, que, si mas puede ser,
Cabe todo en el deseo
Que tengo de padecer:
Porque en quanto mal se ofrece
Al alma que lo padece,
Es satisfacion notoria
La que le da la memoria
Del bien que no se merece.

Y el que supiere miraros
Verá este bien solo en veros,
Que el que se atrevió á quereros,
Si presume de alabaros,
Es no saber conoceros:

Porque el buen conocimiento
Condena el atrevimiento
Del que alabaros pensase,
Si en ello no se emplease
Vuestro mesmo entendimiento.

Asi no osaré decir
Esto, ni mal que padezca,
Pues, quando á muerte me ofrezca,
Es gran paga el consentir
Que por vos yo la merezca:
Y aunque consentir negais,
La que mil veces me dais,
Su causa sois, y seréis,
Y no serlo no podreis,
Aunque todo lo podais.

Mas porque lo ménos muestro,
Esto solo diré aquí,
Que en perdiéndome de mí
Me ví como agora vuestro
Al primer punto que os ví:
Y queriendome cobrar,
En fin me vine á hallar
Contento en vuestro poder,
Dó perdí con tal perder
La codicia de ganar.

Lo demas no sé tratallo,
Aunque lo trato conmigo,
Mas vos del alma testigo
Hallaréis en lo que callo
Quanto falta á lo que digo:

Y veréis en mi verdad
Tan cierta seguridad,
Que si del querer mas cierto
Se espera que llegue á puerto,
No temo la tempestad.

Mas si en ella peligrar
Acaso vieren mi vida,
Yo la dí por bien perdida,
Yo la quise aventurar,
Mas cuenta no se me pida:
Que con todo su rigor
No puede causar amor
Tan graves penas y enojos,
Que un volver de vuestros ojos
No me cause bien mayor.

GLOSA

DE ESTE VERSO

Quiero lo que no ha de ser.

Si medir yo mi deseo
Con lo posible pudiera,
Tan libre ahora no me viera,
Quan sin libertad me veo:
Pero pasó mi querer
Sin podello detener,
Tanto de lo que se espera,
Que dexando lo que fuera,
Quiero lo que no ha de ser.

El bien que basta querelle,
Para poder alcanzalle,
El que para en desealle
Aun no llega á merecelle:
Así me lo dió á entender
Amor, que pudo hacer
Poco todo lo posible,
Por donde con fe inmovible,
Quiero lo que no ha de ser.

Merece ser condenado
Por grosero el amador,
Que quiere cerrar á amor
En término limitado:

Y pues para su poder
Mil exemplos hacen ver,
Que es corto, y estrecho el mundo,
Yo que en su valor me fundo,
Quiero lo que no ha de ser.

Claro está que perderia
Gran parte de su valor,
Si se sujetase amor,
Solo á lo que ser podria;
Y no alcanzando á saber
Adonde llega un querer
Ni fuera vida el vivir,
Ni pudiera yo decir,
Quiero lo que no ha de ser.

Encierra un nuevo esperar
En sí la desconfianza,
Y así no falta esperanza
Quando mas viene á faltar:
Y pues podella tener
Disminuye el merecer,
Y la fe pierde su grado,
Satisfecho de mi estado,
Quiero lo que no ha de ser.

OTRAS.

Si al sospechoso acrecientan
Las sospechas que le dan,
Certezas se le harán.

Es cosa en amor muy hecha,
Donde no hay hora segura,
El venir siempre en figura
De verdad qualquier sospecha;
Pero si el dolor estrecha
A quien sospechas le dan,
Certezas se le harán.

Vienen con tal desatino,
Y es tal su naturaleza,
Que de sospecha á certeza
No hay un hora de camino,
Que al corazon adivino
Males que nunca vendrán,
Certezas se le harán.

A la mas adversa suerte
Resiste un buen amador,
Mas la fuerza de un temor
Enflaquece lo mas fuerte:
No le busquen otra muerte,
Que si sospechas le dan,
Aquellas le acabarán.

No se levantan del suelo
Un dedo en su nacimiento,
Y llegan en un momento
Con las cabezas al cielo:
Nacen de fuego y de yelo,
Y en fin del lugar dó estan
Muy tarde, ó nunca se van.

Fuerzan á creer de hecho
Qualquier manifiesto engaño,
Y antes la mentira en daño,
Que la verdad en provecho:
Al entrar rompen el pecho,
Si la entrada no les dan
Para el corazon dó van.

De qualquier ligero viento
Suelen nacer y formarse,
Y vienen luego á fundarse
Sin tener mas fundamento:
En llegando al pensamiento
Al corazon llegarán,
Y allí permanecerán.

Y para que no se sientan,
Nunca es parte la razon,
Porque ellas el todo son
En el lugar donde asientan:
Y si despues se acrecientan
Por mano de quien se dan,
Juzgad el mal que harán.

OTRAS.

Pues que no se ha de hacer
Lo que mi querer desea,
Quiero lo que no ha de ser,
Quizá con no lo querer
Posible será que sea.

GLOSA.

Pues por derecho camino
Pierdo siempre lo que espero,
Ya, Señora, lo que quiero
No querello determino:
Orden nueva ha de tener
El alma en lo que desea,
Quiera lo que no ha de ser,
Quizá con no lo querer,
Posible será que sea.
No hay bien que para alcanzalle
Me haya bastado querelle,
Y para luego perdelle
Basta solo el deseaile:
Y á quien ha de suceder
Al reves quanto desea,
Quiera lo que no ha de ser,
Quiza con no lo querer,
Posible será que sea.
Así porque mi servicio
Ante vos algo merezca,

Procuraré que os parezca
El serviros deservicio:
Y que mi estremo querer
No se reciba ni crea,
Sino por aborrecer,
Por ver si podrá valer,
Para que lo que es no sea.
De lo que no os acordais
Será el olvido el remedio,
Y el callar tendré por medio
Para que mi mal sepais:
Apartaréme de os ver
Para que mejor os vea,
Y así probaré á hacer
Que sepais lo que es querer,
Y que lo imposible sea.
De hoy mas sirva la esperanza
Solo de desconfiar,
Porque ya para esperar
Quiero la desconfianza:
Esta es la que ha de traer
Al alma el bien que desea,
Pues esperar y querer
Qualquier bien que pueda ser
Hacen que cierto no sea.
Para mas presto llegar
Alargaré mi camino,
Usando del desatino
Para poder atinar:
Así quiero pretender,
Que alguna señal se vea

Del bien que no puedo haber,
Y que lo que no ha de ser
Por razon sin ella sea.
    Para apartarme del daño
Procuraré de dañarme
Y para desengañarme
entraré en mayor engaño:
    No veré ni quiero ver
Lo que mas claro se vea,
Ni querré lo que ha de ser,
Pues que hace mi querer,
Que lo que ha de ser no sea.
    Quando viere en este mar
Mayor peligro y mas cierto,
Apartaréme del puerto
Para podelle tomar:
    Y pues es claro de ver,
Que en atajar se rodea,
Quiero lo que no ha de ser,
Quizá con no lo querer,
Posible sera que sea.
    Así en figura mudado
Será quanto digo ahora,
Mas mi voluntad, Señora,
No tiene mudable estado:
    Que dexaros de querer
No es posible que se vea,
Ni nadie lo espere ver,
Porque nunca vendrá á ser,
Sino quando yo no sea.

OTRAS.

Zagala, ¿di qué harás
Quando me verás partido?
Carillo, quererte mas
Que en mi vida te he querido.

Dime, pues fortuna ordena
Mi pasion y mi partida,
Si será de tí sentida
Parte alguna de mi pena:
O sinó siendo partido,
Zagala, di qué harás?
Carillo, quererte mas
Que en mi vida te he querido.

¡O si viéndome yo ausente
Destos campos y ribera,
Te fuese siempre, qual era,
Mi pena y amor presente!
Mas temo que con ser ido
Desto te disculparás,
No, sinó quererte he mas
Que en mi vida te he querido.

Fortuna tendrá poder
Para apartarme de verte,
Pero del bien de quererte
Jamás lo podrá hacer:
Mas tú viéndome partido,
Zagala, qué sentirás?
Carillo, quererte mas
Que en mi vida te he querido.

Dóblame el dolor que siento
De verme apartar de tí,
El pensar que solo en mí
Se halla este sentimiento:
Y que de verme partido
Por ventura holgarás,
No, sinó quererte he mas
Que en mi vida te he querido.

Como estará asegurado
De tanto bien en ausencia,
El que muriendo en presencia
Temió de ser olvidado:
Temo que en siendo partido
Por muerto me juzgarás.
No, sinó quererte he mas
Que en mi vida te he querido.

Mira que es grave el dolor,
Que me causa esta mudanza,
Y que á débil esperanza,
Siempre la vence el temor:
Y, siendo así, de tu olvido,
Qué seguridad me das?
Carillo, quererte mas
Que en mi vida te he querido.

RESPUESTA.

Si confesar yo quererte
No te quita de fatiga,
Carillo, no sé que diga
Que baste á satisfacerte.

Mas por ser tú endurecido
Desto no me mudarás,
Porque he de quererte mas
Que en mi vida te he querido.
    Partiendo no lleves miedo,
Carillo, solo de tí,
Pues si tú partes sin mí,
Tambien yo sin tí me quedo:
Y quando fueres partido,
Mira que dexas atrás
La que ha de quererte mas
Que en su vida te ha querido.
    ¡Qué mayor seguridad
Quieres de lo que te toca,
Que verme á mí por mi boca
Descubrir tan gran verdad!
Si hasta aquí no me has creido,
Sé que en fin me creerás,
Porque he de quererte mas
Que en mi vida te he querido.
    Si lo que digo no fuese
Verdad en el alma mia,
Carillo, ¿quién me podria
Forzar á que lo dixese?
Bien podrás tú ser partido,
Mas de mí nunca sabrás
Sino que te quiero mas
Que en mi vida te he querido.

A UN CABALLERO,

Que yendo de Flandes á Portugal por Embaxador, llevaba de camino un sayo de chamelote verde aforrado en conejos de Inglaterra, hizo la corte estas coplas.

UN CABALLERO.

Si se nos pasa sin mote
La gala deste Señor,
No se verá Embaxador
Sin sayo de chamelote:
Conviene que se provea,
Y el sayo aprenda á sufrir,
Que á quien nos dió que reir,
Hemosle de dar que lea.

OTRO CABALLERO.

Así á mozos, como viejos,
Quantos en la corte veo,
Habeis convidado á ojeo,
Señor, con vuestros conejos;
No hay quien dude de acertar
Ni tema perder virote,
Porque qual ciego ha de errar
Conejos en chamelote.

OTRO.

No sé yo mayor señal
De estar seguros de guerra,
Que ir desde Flandes por tierra
Conejos á Portugal:
Pero temo que alborote,
Y en Francia mueva rumor
El cruxir del chamelote
Del Señor Embaxador.

OTRO.

Aquellas calzas que fueron
En coplas tan celebradas,
Desde hoy quedan olvidadas
Por mucha risa que dieron:
Porque si una gran hazaña
Se olvida con la mayor,
Tal sayo de Embaxador
Inmortal será en España.

OTRO.

Mucho se le debe al sayo,
Y agráviale qualquier mote,
Pues con ser de chamelote,
Nos hizo á Noviembre Mayo:
Y ser verde en tiempo tal,
Fué provision y cordura,
Que conejos sin verdura
No fueran á Portugal.

OTRO.

Si por Africa á Cipion
Llamaron el Africano,
Llamar se puede el Romano,
Pues que fué á Roma el sayon:
Y llamaráse Aleman,
Porque atravesó á Alemaña;
Pues Flandes, Francia, y España,
Ved quanto nombre le dan.

OTRO.

Quien dice que no convino
El sayo, es bien que se acuerde,
Que es el chamelote verde,
Buenas aguas, y muy fino:
Y dicen que de camino
Conejos en chamelote
Los traxera Lanzarote
Quando de Bretaña vino.

OTRO.

Si es esperanza lo verde,
Tenedla, y con gran razon,
De que de tal invencion
Siempre la corte se acuerde:
Aquí dice un coronista,
Que no fué por esperanza,
Pues si ha sido confianza,
Pagaréislo á copla vista.

OTRO.

Como si fuese sayal
Se burlan deste vestido,
No deben de haber oido,
Que só el chamelote hay al:
Y no martas de la tierra,
Ni qualesquiera pellejos,
Sino muy finos conejos
Venidos de Inglaterra.

OTRO.

Con sayo de chamelote,
A mi parecer debia
Por consuelo y compañía
Ser de lo mesmo el capote:
O por ser el tiempo fresco,
Ya que la jornada es larga,
Que al ménos fuera de sarga
Pues se tienen parentesco.

OTRO.

Dicen que escribe Galeno,
Con otros de su valía,
Que contra la melarchía
Chamelote verde es bueno:
Y siendo el sayo bien hecho,
El galan se ha de loar,
Pues supo tan bien juntar
La gala con el provecho.

OTRO.

Si el peligro fuera en mar,
O á él fuérades forzado,
Como otros que habreis pasado
Le pudierades pasar:
Mas de tanta copla y mote,
De grado, y sin fuerza alguna,
Nadie corrió tal fortuna
Por aguas de chamelote.

AL MESMO CABALLERO

Hizo tambien la corte las que siguen; porque habiendo venido de Alemania á España á visitar á la Reyna de Bohemia, cantó una noche en el terrero, viniendo con un Señor en un coche.

DON PEDRO DE TOLEDO.

Descubierta es la celada,
Aunque se hizo de noche,
Que cantastes en un coche.

EL DUQUE DE ALBA.

La nueva nos es llegada,
Y aprobamos la cancion,
Aunque cortesanos son
Los que no perdonan nada:
Pero hecha su embaxada,
Bien puede cantar de noche
Un Embaxador en coche.

EL COMENDADOR MAYOR DE ALCANTARA.

La cancion que fué cantada,
Engáñase el caballero,
Si piensa que en el terrero
Ha de quedar enterrada:

Porque ha de ser celebrada
Cada año en la mesma noche
La remembranza del coche.

DON HERNANDO DE TOLEDO.

Cancion que siendo cantada
Se nos ha puesto al terrero,
Será bien ruin ballestero
Del que no fuere acertada:
Buena ha sido la jornada,
Bueno fué cantar de noche,
Y mejor dentro de un coche.

DON JUAN PIMENTEL.

La cancion no pudo ser
Que no contentase allá,
Pues fué tal que hasta acá
Ha llegado á dar placer;
Débese de proveer,
Que no haya de hoy mas de noche
Música sino es en coche.

DON HERNANDO DE LA CERDA.

Digasme tú el mensagero
Si viste un Embaxador,
Que se nos volvió cantor
Una noche en el terrero:
El qual ha sido el primero,

Que cantó jamás de noche,
Cancion á damas en coche.

DON JUAN DE FIGUEROA.

Ya que os habeis arriscado
A tan peligrosa prueba,
Cierto en la segunda nueva
Nos vendrá que habeis baylado:
Y seréis bien disculpado,
Pues es el baylar de noche
Ménos que cantar en coche.

HERNANDO DE VEGA.

Pues en un coche fué oido
Vuestro canto en el terrero,
Nunca fuera caballero
De damas tan bien querido:
A todos ha parecido
Que para cantar de noche
Fué sana invencion el coche.

DON ALONSO DE ARAGON.

Toda la corte se espanta,
Y estamos en confusion,
Por saber si en la cancion
Hubo pasos de garganta:
Mas la culpa no fué tanta,
Porque cantar mal de noche
Bien se sufre siendo en coche.

DON HERNANDO DE ACUÑA.

Si os preguntan como os fué,
Señor, con vuestra embaxada,
Diréis, hecha la jornada,
Llegué, visité, y canté:
Y si os pidieren, porque,
Direis que cubre la noche
El gesto, la voz, y el coche.

OTRO CABALLERO.

La corte busca ocasion
Para tener que tratar,
Y alguna vez murmurar,
Mas en esto no hay razon:
Pues fué buena prevencion
Para mala voz la noche,
Y para el sereno el coche.

QUEJAS DE AUSENCIA,

ENVIADAS A SU MUGER.

No sé porque culpa, ó yerro,
Señora, me desterraron,
Mas sé que me condenaron
Mas á muerte que á destierro,
Quando de vos me apartaron:
Que en ser de vos apartado,
Mi temor, y mi cuidado,
Mi tristeza y mi pasion,
Serán sin limitacion,
Aunque el tiempo es limitado.

No me puede el tiempo dar
Alivio con limitarse,
Pues el mal que ha de pasarse,
Puede tambien acabar
La vida como acabarse:
Ni sin vos podré tener,
Sino siempre que temer
Entretanto que no os viere,
Porque aunque veros espere,
En fin esperar no es ver.

Bien sé que algunos dixeron,
Que nuestra imaginacion
Hace caso, y lo escribieron;
Mas no entiendo en que razon
Se fundan, si lo creyeron:

Pues, si pudiera traeros
A mis ojos el quereros
Con el siempre imaginaros,
Ni me faltára el miraros,
Ni me matára el no veros.

Verdad es, que en esta ausencia,
Puesto que el alma sospira,
Siempre os tiene en su presencia,
Y los ojos con que os mira
Son de mayor excelencia:
Porque os miran siendo ausente
Tan firme y seguramente,
Que de poderos mirar
Jamás los podrá apartar
Ausencia, ni otro accidente.

Mas los mios que os miraban,
Y mirando os conocian,
El regalo en que vivian,
El bien que en veros gozaban,
Y el que partiendo perdian,
No tienen mas que perder,
Pues no veros es no ver:
Solo les queda esperar,
Que volviendoos á mirar
Vuelvan á cobrar su ser.

Y si fuere del temor
Esta esperanza vencida,
Mi memoria que no olvida
Defenderá del dolor
En vuestra ausencia la vida:

Que aunque el continuo acordarme
No puede ni basta á darme
Consuelo ni bien entero
(En falta del verdadero)
Este no puede faltarme.

Porque tan aceto ha sido
En el alma este cuidado,
Que fué en habiendoos mirado
De mi memoria el olvido
Para siempre desterrado:
La qual del bien que tenia
Dió al juicio en aquel dia
La parte que en él cupiese,
Para que lo mas creyese,
Pues lo ménos entendia.

Así en esto convinieron
Memoria y entendimiento,
Uno y otro, tan contento,
Que con vos sola tuvieron
Cumplido contentamiento:
Y su acordar y entender
Pudieron luego mover
A la voluntad que fuera
Sola en esto, y la primera
Quando lo pudiera ser.

No es dudosa esta verdad,
Ni flaco su fundamento,
Pues os dan seguridad
Memoria y entendimiento,
Juntos con la voluntad:

Los quales de tal manera
Se conforman en que os quiera
Que (segun todos declaran)
A quereros me forzaran
Si de grado no os quisiera.

Aunque no fuera el forzarme
Por el usado camino
Por donde solian llevarme
Amor, y mi desatino,
Sin poder yo remediarme:
Dó si tuve algun poder,
Faltóme en ello el saber;
Pero sé que, aunque supiera
Valerme, no lo hiciera,
Ni lo quisiera hacer.

Mas ya sé, ya puedo, y quiero
Seguir la mas sana via,
Pues, por la que ántes seguia,
He visto el despeñadero
Con la claridad del dia:
Ya me espinan los abrojos,
Ya el sol alumbra mis ojos,
Que estuvieron deslumbrados,
Y pasaron mis cuidados,
Que no fueron sino antojos.

Amo ya seguramente
Sin duda de ser pagado,
Imagino el mal pasado,
Considero el bien presente,
Y así es el gusto doblado:

Con aquel sentí tormento,
Con este en contentamiento
Me voy siempre mejorando,
Del uno quedo burlando,
Y del otro mas contento.

Hizo amor del yelo y fuego
Suave y dulce templanza,
De mi temor esperanza,
De mi cuidado sosiego,
De su tempestad bonanza:
Ya, no solo me aseguro
De amor, pero dél procuro
Llegar á mayor extremo,
Como quien á vela y remo,
Navega su mar seguro.

Y, si otro tiempo aprobaba
Cosas dél, que agora niego,
Ya vió por milagro el ciego,
Pues yo, de donde llegaba,
Pude volver donde llego:
Que es adonde he descubierto
El pasado desconcierto,
Y me ha dado el desengaño
De tanta fortuna y daño
Seguridad en su puerto.

Vos, Señora, sois y fuistes
De todo este bien la guia,
Y al peligro en que me via,
Quando vos me socorristes,
Tal socorro convenia:

Así , en quanto digo y hago ,
Soy tan corto que no os pago ,
Que , aunque basta y aprovecha ,
Para estar vos satisfecha
A mí no me satisfago.

Esto solo os debe dar
Alguna satisfacion ,
Que en el alma y corazon
Teneis , Señora , el lugar
Que se os debe por razon :
Aunque , por la parte humana
Que es tambien sincéra y sana ,
Pierden y estan mis sentidos
En esta ausencia perdidos
Donde sola el alma gana.

Estas dos partes , Señora ,
Que el alma y sentidos fueron ,
Aunque siempre difirieron ,
En quereros , nunca un hora
Discordes jamás se vieron :
Y , si estarlo parecia
Sobre qual mas os queria ,
Quedaban , hecha su cuenta ,
Cada qual dellas contenta
Con el bien que le cabia.

Mas las dos han ya venido
En caso tan desigual ,
Que tiene la principal
El bien que siempre ha tenido ,
Y la otra solo el mal :

Porque el destierro y ausencia
No quitan su preeminencia
De veros á la mayor,
Y hay de vos á la menor
Mil leguas de diferencia.

Y así me aparta el remedio
Fortuna, que me destierra
De la paz á tanta guerra,
Do mi vista tenga en medio
Tanta distancia de tierra:
Que aunque el tiempo da y consiente
Esperanzas al doliente,
Hace el temor no sentir,
Del bien que está por venir,
Alivio en el mal presente.

Y aunque es alguno pensar
En volveros presto á ver,
He ya llegado á saber
Que no es fuerza el esperar
Quanto desmaya el temer:
Y en ausencia este consuelo
Llega elado mas que el yelo,
Y deshácese en un hora,
Que en este estado, Señora,
Mucho mas puede el recelo.

Y así parte tan caida
Nunca mejora, aunque espere,
Que (si el bien se le difiere)
Resiste poco la vida
A mal que tan recio hiere:

Mas haga el cielo que os vea
Quien tanto veros desea,
Pues sin esto no hay consuelo,
Ni sin vos en este suelo
Para mí bien que lo sea.

Vuele el tiempo como puede,
Y con tal fuerza lo haga,
Que en esto me satisfaga,
Pues de su tardar procede
Todo el dolor de la llaga:
Porque estos ojos y oidos,
Privados y distraidos
De todo el bien que desean,
Hasta que os oyan y vean
No se llamaran sentidos.

CARTA DE DIDO
A ENEAS.

Qual suele de Meandro en la ribera
El blanco cisne ya cercano á muerte,
Soltar la dolorosa voz postrera;
Así te escribo y no para moverte,
Que ser tú por mis lástimas movido,
Ni el cielo lo consiente, ni mi suerte.
Mas bien liviana pérdida habrá sido
Perder estas palabras, quien su fama,
Que es tanto de estimar, por tí ha perdido.
A Dido dexarás que tanto te ama,
Y la vela y la fe darás al viento,
Siguiendo el crudo hado que te llama.
Del puerto al alto mar saldrás contento,
Y para Italia por incierta via
En efeto pondrás tu crudo intento.
Pero ya que tu fe y la pasion mia
No puedan resistir á tu dureza,
Ni mi justa razon á mi porfia,
Mira los edificios, y la alteza
De la nueva Cartago, que ofrecida
Está, si quieres, para tu grandeza.
Huyes tu propia tierra conocida,
Vas á buscar la agena, que en hallarla
Gastar podrás gran tiempo, y aun la vida.
Mas ya que el cielo te conceda hallarla,
¿A gente peregrina y extrangera,
Y á señor nuevo quién querrá entregarla?

Otro amor y otra fe tan verdadera
  Ofrecerás de nuevo á alguna Dido,
  Que esperes engañar qual la primera.
Dime: ¿dó llegarás de aquí partido,
  Que tengas ó edifiques otra alguna,
  Nueva Cartago, qual la habrás perdido?
Pues muger, que así te ame, la fortuna
  No te dará, si acaso lo deseas,
  Que Dido es en amarte sola una.
Segunda nunca esperes que la veas,
  Porque como de Elisa, de otra amado,
  Jamás lo podrá ser el crudo Eneas.
Esto por tí de suerte me es pagado,
  Que mereces que mas que justamente
  Holgase de te ver de mí apartado;
Pero mi voluntad no lo consiente
  Ni me consiente amor mas de quejarme
  De la fe que me diste falsamente.
A tí, Venus, invoco, que ampararme
  Debes del crudo hijo con tu mano;
  Y me dexas morir sin remediarme.
Dexa mover el arco al niño hermano,
  Y pierda aquí la sangre su derecho,
  Hiera aquel cruel fiero inhumano:
¿Quando se ha visto que en humano pecho,
  Sino solo en el tuyo haya cabido
  Quedar de injusta muerte satisfecho?
Mas yo, cruel, no dudo que nacido,
  Y en las mas duras rocas engendrado,
  De piedras, ó de robles hayas sido:
O del mar proceloso y alterado,

De tigre, ó de leona en la aspereza,
Del alto monte Cáucaso criado.
Mira pues en el mar la gran braveza,
Y á las ávidas hondas con sus vientos
Dó no resistirás con fortaleza.
El tiempo, la razon, los movimientos,
Todos han claramente amenazado
A tus determinados pensamientos.
En el viento, en las hondas he hallado
Razon, que entrambos muestran ayudarme,
Y en tí que la conoces me ha faltado.
Pues no quiero en tan poco yo estimarme,
Que presumir no pueda que perezcas
Por el cargo que llevas en dexarme.
Mas dime, ¿podrá ser que me aborrezcas
En tanto extremo, que por alejarte
De mí, en las hondas á morir te ofrezcas?
El mar se amansará por contentarte,
El tiempo mudará, pues es mudable,
Así pudieses tú tambien mudarte.
Mas como sabes que es fortuna instable,
Tambien por experiencia sabes cierto,
Que tampoco bonanza no es durable.
Naves se vieron ya salir del puerto,
Y en el golfo seguro á la salida
Halláron luego el daño descubierto.
Allí se da la pena merecida
A los que la fe dada no cumplieron;
Allí Venus tu madre fué nacida:
Y si es justa dará á los que la dieron
En las cosas de amor, no la cumpliendo,

Igual la pena al mal que merecieron.
De perder lo perdido estoy temiendo,
Pero tu crueldad puede ofenderte,
Que yo que la padezco no te ofendo.
Que vivas así quiero yo, y perderte
Antes ido que muerto, y permanezca
La injusta causa de mi triste suerte.
Finge ahora que el mar se te embravezca
Con tanta alteracion, que ser llegada
La vida al postrer punto te parezca.
Verás luego ante tí representada
La prometida fe, que se debiera
guardar, y fué por tí tan mal guardada.
Verás la imagen viva y verdadera
De Dido tu muger, qual la dexaste
Forzada con mil causas á que muera.
Verás la triste Dido que engañaste,
Hacer tal sentimiento del engaño,
Qual tú que eres la causa deseaste.
Y viendo por tu causa mal tamaño,
Por tí conocerás quan bien se emplea
En quien causa el engaño el propio daño.
No quieras á lo ménos que se vea
En tí la crueldad tan rigurosa,
Ya que por fuerza tu partida sea.
Sosiega un poco, y quando de tu esposa
No tengas compasion, tenerla debes
Del niño Ascanio, que es mas cara cosa.
Si contra el cielo, y contra el mar te mueves,
Y en tierra haces lo que aquí hiciste,
¿En qué vas confiado, en qué te atreves?

Ahora no creo quanto me dixiste,
Ni en tus hombros Anchîses fué escapado
Del fuego por dó cuentas que saliste.
Quanto has dicho de Troya has inventado,
Y no he sido yo sola la burlada,
Ni en mí primeramente has comenzado.
Que en el Troyano incendio la cuitada
Madre del niño Julio quedó muerta,
Del marido cruel desamparada.
Esto de tí lo sé, y es cosa cierta,
Y justo fuera habiéndotelo oido
Estar en mi peligro mas despierta.
Los hados dan el pago merecido,
Que por tierra y por mar, tiempo tan largo
En continuos trabajos te han traido:
Hasta que aquel llegar, triste y amargo,
Con tus naves al puerto de Cartago,
Me dió de tus fatigas todo el cargo.
Que no esperando verme en lo que ahora
En mi reyno te hice acogimiento,
Mas ya de lo que hice tengo el pago.
Y aun desto triste yo no me arrepiento,
Si la fama despues no divulgara
Otra cosa mas grave que ahora siento.
Aquella hora cruel me costó cara:
No la encarezco para que te mueva,
Mas ántes yo muriera que llegara.
Quando la tempestad súbita y nueva,
Venida para el mal de que ahora muero,
Fué causa de juntarnos en la cueva.
Tristes voces oí allí al agüero,

Que en un son me anunciaba doloroso
La triste muerte que á tu causa espero.
Desto puedes holgar y haber reposo,
Que si con ella cumples tu deseo,
No vivirás gran tiempo deseoso.
Que siempre las mas veces que me veo
En el templo dó tengo venerada
La sacra sepultura de Sicheo,
Con una triste voz, y desmayada,
En un sonido baxo temeroso,
Me siento de la tumba ser llamada.
Presto le seguiré, y es justa cosa,
Y si justa será seguille presto,
Ahora será justa y provechosa.
Pues no niego, Sicheo, que manifiesto
Error contra tí haya cometido,
Mas mi sana intencion le hace honesto.
No solo el crudo Eneas me ha movido,
Mas Venus Diosa, el niño y el abuelo
En decrépita edad envegecido.
Tuve por cierto que les daba el cielo,
De su fortuna en colmo la bonanza,
Así pude acogerlos sin recelo.
Así me aseguré de la mudanza
Del cruel que la hace, y no se cura
De faltar á su fe, y á mi esperanza.
Tu venida juzgué por gran ventura,
Y en ella confié que consistia
En vivir en mi reyno yo segura.
Yarbas y mi hermano, á quien temia,
No pequeño temor á qualquier dellos
Con sola tu presencia les ponia.

Ahora de nuevo volveré á temellos,
 Y encerrada en Cartago á contentarme
 Con solo defenderme y nó ofendellos.
Mas al que procurare de acabarme
 Tú se lo cumplirás sin que él lo pida,
 Que bien claro lo cumples con dexarme.
Si los Dioses ordenan tu partida,
 Quanto mejor á entrambos estuviera
 Que hubieran estorbado tu venida.
Que tu trabajo entónces ménos fuera,
 Y la infelice y miserable Dido,
 Que por tí morirá, sin tí viviera.
No pienses que es el Simois conocido
 El que vas á buscar, sino el incierto
 Tiber, tan apartado y escondido.
Al qual, primero que hayas descubierto,
 La débil senetud podrá ocuparte,
 Segun se esconde á tu fortuna el puerto.
Pues si las armas y el furor de Marte
 Te encienden y levantan con su gloria,
 ¿A qué vas á buscallas á otra parte?
Que aquí podrán con inmortal memoria
 De famosas hazañas señalarse
 De padre é hijo la troyana historia.
Enemigos tendrás donde mostrarse
 Pueda siempre tu esfuerzo valeroso,
 Y Ascanio quando crezca señalarse.
Mas tú, cruel troyano, el ser famoso
 Solo lo pones en mi triste muerte,
 Y en ella tu descanso y tu reposo.
Comienza ya de hoy mas á conocerte,
 Y el nombre de piadoso que te llamas,

En nombre de inhumano le convierte.
Pues no fuí yo en el dicho, ni en las tramas
Del malvado Sinon, por cuyo engaño
Se abrasó la gran Troya en vivas llamas.
Ni la gente que hizo mal tamaño
Fué de mí en mi reyno recogida,
Como lo fuiste tú para mi daño.
Ni entre tus enemigos fuí nacida,
Ni me pesó de ver salva tu armada,
Ni me alegré de Troya destruida.
Deserté injustamente aficionada,
Desto me culpo, y tú podrás culparme,
Que en lo demas no debo ser culpada.
Mira que causas con desampararme,
Que vida, fama y reyno se destruye,
Y no podrás ausente remediarme.
De tu querer jamas temas que huya,
Que si de tu muger no me das nombre,
Tomaré el que me dieres por ser tuya.
Pues mira quanto mas que á mortal hombre,
A un hijo de una diosa desconviene
Cobrar de crueldad fama y renombre.
Ya ves que el tiempo ahora se detiene,
Y en breve espacio que hayas esperado
La bonanza vendrá qual te conviene.
Debes considerar que no han tomado,
Los que vinieron en tu compañía,
Restauro del trabajo que han pasado.
Acuérdate tu armada qual venia,
Que aun bien no ha podido repararse
Con tu cuidado y con la ayuda mia.
Esto al ménos de tí pueda alcanzarse,

Quando mas concederme no quisieres,
Que esperes á que el mar muestre amansarse.
Con este breve termino que esperes,
Muy gran parte serás para esforzarme
A no morir al tiempo que partieres.
Comenzaré de hoy mas á acostumbrarme
Al extremo dolor de tu partida,
Quiza podrá la usanza aprovecharme.
Si esto me niegas, da por bien cumplida
Tu cruda voluntad ingrata y fiera,
Con el fin desastrado de mi vida.
O si quisieses ver de la manera
Con que te escribo carta tan en vano,
Quan salida del alma y verdadera,
La pluma tiene mi derecha mano,
Y la siniestra para el triste oficio,
Tiene la espada del cruel Troyano:
Que en pago del ageno maleficio
Hará para cumplir lo que he propuesto
Desta vida inocente sacrificio.
Mis lágrimas la bañan, y tras esto,
Pues lo permite así mi desventura,
La bañaré en mi sangre presto, presto.
En el gran mármol de mi sepultura
No seré Elisa de Sicheo nombrada,
Mas habrá solamente esta escritura:
La causa desta muerte dió, y la espada,
El cruel capitan de los Troyanos:
La triste Dido de vivir cansada,
Buscó descanso con sus propias manos.

Fin de la carta de Dido á Eneas.

SONETO.

Amor, y un gran desden que le guerrea,
Han ya venido á singular combate.
No hay quien entre ellos de concierto trate,
Por dó fuerza será que el fin se vea:
Mas mi razon vencida, que desea
Que el fiero vencedor se desbárate,
Para que tanto mal no se dilate,
De nuevo armada en mi favor pelea:
Ya amor con dos contrarios se congoja,
Y en su poder, dó tanto confiaba,
No se asegura ya, ni se confia:
Del arco tiene ya la cuerda floxa,
Ya vuelve las saëtas á su aljaba,
Ya de mi libertad se acerca el dia.

ESTANCIAS.

Por sosegado mar, con manso viento,
Fué de mi nave amor un tiempo guia,
Dó si tuve de males sentimiento,
No ménos de esperanza le tenia;
De todo ví mudanza en un momento,
Mudándose tambien quien lo regia,
Que es un vario Señor, cuya fortuna
Jamas supo estar firme, ni ser una.

Alzóse luego el mar, turbóse el cielo,
Y unos vientos con otros combatian:
Desto en mi corazon entró el recelo,
Que tan tristes señales le ofrecian:
Y viendo mi remedio y mi consuelo
En mano dó esperarse no podian,
Vine ya á desear y contentarme,
Que acabase mi mal con acabarme.

Mas el crudo Señor, en quien tan poca
Fué siempre la piedad, quanto ha mostrado,
Guió derecho á un mal que al alma toca,
Y en ella es inmortal quando ha tocado;
Y fué al triste recelo, en cuya roca
Dió con mi nave, y con cien mil ha dado;
Y rota allí dó tanto mal se encierra,
Yo escapé por milagro, y vine á tierra.

En este duro trance mis sentidos,
Con furia sus prisiones quebrantaron,
Y dellas, á gran fuerza, desasidos,
Conmigo del naufragio se escaparon:
Mis ojos al instante y mis oidos
Oyeron como libres y miraron,
Y, como en libertad todos se vieron,
A su natural uso se volvieron.

Luego á la libertad fué consagrada,
En desprecio de amor y de su pena,
La tabla del milagro, y declarada
Brevemente mi suerte, mala y buena:
Dó con ella tambien quedó colgada,
Por memoria del caso, la cadena,
Que para mi prision de amor fué hecha,
Y de un justo desden rota y deshecha.

Así porque probeis en vos, Señora,
Que puede no vencer, quien ha vencido,
Y por mí conozcais tambien agora,
Que se puede cobrar lo mas perdido:
Sabed que me he salvado, y que la hora
Que he esperado mil años, ha venido:
Y en fin, aunque tardó, no llegó tarde,
Pues ya no tendré mas porque la aguarde.

Horas pasaron de contentamiento,
Que falso ó verdadero le he tenido,
Mientras el nuevo mal que pruebo y siento
De mí no fué probado ni sentido:

Mas ya de lo pasado me arrepiento,
Y de mi ceguedad estoy corrido,
De que nunca pensé que me corriera,
Ni con causa jamas me arrepintiera.

Mas fué tal, que lo dicho con lo hecho
Hace que se desdiga y se deshaga,
Que vino á dar salud, y á ser provecho
La cura mas contraria de la llaga:
Tan firme como justo es mi despecho,
Y á vuestra ingratitud da justa paga,
Que para no sufrir tanta aspereza,
Mi desden ha esforzado á mi flaqueza.

Este y razon me esfuerzan de tal arte,
Que hacen que, de mas de arrepentirme,
De serviros tambien ora me aparte,
Que solo con morir pensé partirme:
Y, si llegando á tan estrecha parte
Faltan palabras para el despedirme,
Con obra verdadera se despida
Mi fe, nunca de vos bien conocida.

Despídanse mis ojos de miraros,
Mirando al daño que hació de veros,
Y el alma dexe ya de contemplaros,
Y el corazon con ella de quereros:
No se alcé ya el deseó á desearos,
Déxe el entendimiento de entenderos,
Y baste que á la fin haya entendido
Lo que á paso tan duro me ha traido.

Tenga sosiego ya mi pensamiento,
Sepúltese en olvido mi memoria,
Ni en él ni en ella se renueve el cuento
En bien ni mal de la pasada historia:
De suerte se endurezca el sentimiento,
Que ni sienta de amor pena ni gloria,
Ni tome ya de vos, como solía
Tristeza para el alma, ni alegría.

Y como el veros quitaré á mis ojos,
Vos quitad á los vuestros el mirarme,
Que pues yo dexo á amor y sus enojos,
Por la mesma razon deben dexarme:
Vuestra fué la victoria y los despojos,
Yo tuve á gran ventura el escaparme,
Que de tal fuerza y mano una herida
Bien pudiera acabar mas fuerte vida.

Y si la mia del todo no acabastes,
Tomando tanto gusto en acaballa,
La causa debió ser, porque aguardastes
A poderos hartar de atormentalla:
Y en fin con tal rigor la atormentastes,
Que por aquí venistes á salvalla,
Que el mas ligero golpe de acertarse,
Por dalle con mas fuerza suele errarse.

Ya yo me ví penando tan ufano,
Que me llamé mil veces venturoso,
Y que por vos se me mostraba llano
Todo áspero camino y peligroso:

Nunca á pensar en vos llegué temprano
Segun lo comenzaba deseoso,
Ni vi que tanto el dia se detuviese
Que siempre para mí corto no fuese.

Y si mil veces os miraba al dia,
Mil causas nuevas mi razon me daba,
Para quereros mas si ser podia,
Que en sola vuestra vista las hallaba:
Mas si de la belleza que en vos via,
A vuestras partes y valor pasaba,
Era la hermosura, y era el veros,
La menor ocasion para quereros.

Así solo juzgué por bien gastado
El tiempo que en vos sola me ocupaba,
De todo lo demas siempre cansado,
Con esto solamente descansaba:
Y, quando yo de vos mas apartado
Por distancia de tierra y mar estaba,
Jamas nueva ocasion, tiempo ó fortuna
Hicieron en mi fe mudanza alguna.

Ni ví belleza extraña donde hubiese
Puesto cuidado y fuerza la natura,
Que con la vuestra para mí no fuese,
Ante el Sol claro una tiniebla escura:
Ni presente os miré, que yo no diese
Cien mil gracias á amor y á mi ventura,
Que á veros y quereros me guiaron,
Y el dolor con la causa me aliviaron.

Esto en mi baxo estilo se mostraba:
  El qual, si nunca os dió lo que debia,
  Fué tanto lo que daros deseaba,
  Que el no podello dar le detenia:
  Mas, de vos ayudado, él esperaba
  Con vuestro nombre levantarse un dia
  Hasta el lugar, á pocos concedido,
  Donde el tiempo no alcanza, ni el olvido.

Deste deseo jamas cosa ninguna
  Me pudiera apartar, ni fueran parte,
  Con sus varias mudanzas la fortuna,
  Ni con sus armas el sangriento Marte:
  Mas de todas las causas sola una
  Hizo rudo mi ingenio, y torpe el arte,
  Y apartó de mi intento, pluma y mano,
  Que fué vuestro rigor mas que inhumano.

Quanto aquí digo y callo, conocistes
  Un tiempo, que quisistes conocerme,
  Y el conocerlo fué porque lo vistes,
  Como quien en el alma pudo verme:
  Donde por largas pruebas entendistes,
  Que, pasando en quereros de quererme,
  Aun esta voluntad nunca llegaba
  Al grado en que quereros deseaba.

En esto estuvo siempre sin mudarse
  Mi voluntad, que para ser mudada
  En muy justa razon podia fundarse
  Siendo mal conocida y mal tratada:

Mas fué tan léjos siempre de apartarse
Quanto della la vuestra fué apartada; [tro
Que aquel extremo amor que ya no os mues-
No tuvo igual, sino fué el odio vuestro.

Así aquel nombre, que yo en tanto tuve,
De servidor, durezas le acabaron,
Contra las quales tanto le sostuve,
Quanto mis fuerzas y poder bastaron:
Y con las vuestras contrastando anduve,
Que en fin, como mayores, me forzaron;
Y por mi bien, pues con perder tal nombre
Cobré mi ser perdido y forma de hombre.

Y aunque de servidor, como ora digo
El nombre se perdió que os fué enojoso;
No quiero que me quede el de enemigo,
Porque le tuve en tiempo mas dichoso:
Si hubiere de ser algo, seré amigo
Tan llano, que ni haga temeroso
A ninguno de mí, ni mas yo tema
Del pasado temor la fuerza extremá.

Y ora huelga de ser entre mil uno,
Quien fué en quereros solo por ventura,
Y tendrá tal lugar por dicha alguno,
Que no os le mereció ni le procura:
Mas el que con no seros importuno,
De ser importunado se asegura,
No tendrá que tomar, ni dar mas cuenta,
Pues está satisfecho, y vos contenta.

Ni habrá porque mas lágrimas derrame,
Por quien fué tan en vano el derramallas,
Ni razon sufre que en mis voces llame
A quien siempre fué sorda al escuchallas:
En fin que un alma os ame, ó que os desame,
Son cosas que quisistes igualallas,
Hasta que en voluntad tan obstinada
Se engendró desamor del ser amada.

Tanto que aquello que bastar podia
A ablandar en un mármol la dureza,
En vos, por desusada y nueva via,
Acrecentó el rigor y la aspereza:
Y en fin fué tal en vos la demasia
De crueldad, que vino á ser fiereza,
Cosa muy diferente por natura
De tanta discrecion y hermosura.

Y cosa que tambien harto difiere
De lo mucho que vale, y que merece
La fe y amor del què pretende y quiere
Solo que se reciba lo que ofrece:
Y que, si bien ó mal de vos viniere,
No venga como caso que acaece,
Ni basten nuevos dichos ó señales,
Para igualar las cosas desiguales.

Que no se han de mirar de una manera,
Ni igualarse el valor ni la baxeza,
La voluntad fingida y verdadera,
La mucha discrecion y la simpleza:

Esto en quien vuestras partes no tuviera,
No fuera gran milagro ni extrañeza;
Pero de haberlo visto en vos, Señora,
Con no sentirlo ya me corro ahora.

Y sé que es tan vano el escribillo
Para con vos, como lo fué el tratallo,
Que nunca fuí tan presto yo en decillo
Quanto lo fuistes vos en olvidallo:
No os faltó el conocello ni el sentillo,
Pero faltó, Señora, el emendallo;
Y es la culpa mayor que un mal se entienda,
Y que con entendelle no haya emienda.

Yo de vuestro valor y entendimiento,
Que tanto ya estimé y he publicado,
No quisiera quedar con ningun cuento,
Que os pudiese culpar siendo contado:
Pero, pues de mi parte estoy contento,
Y á vuestra voluntad quedo pagado,
Ni vos trateis de qual por vos me vistes,
Ni yo de como vos lo agradecistes.

Mas todo lo olvidad, pues lo olvidastes,
Quando por sola vos yo me olvidaba,
Y de mí no trateis, pues no tratastes,
Quando sola de vos siempre trataba:
Jamás en mí penseis, pues no pensastes,
Quando en vos mucho mas que en mí pensa-
Que todo lo haréis sin pesadumbre, [ba,
Con solo no mudar vuestra costumbre.

Que si la piedad, que verdadera
Un tiempo en vuestro gesto se mostraba,
Así en el corazon cierta estuviera,
Como fingida y engañosa estaba:
O si mas presto en él se conociera
La extrema crueldad que se encerraba;
Ni me engañara yo tan en mi daño,
Ni sintiera el dolor del desengaño.

Mas ordenastes vos que todo fuese
De la suerte que á mí mas me dañase,
Y que el engaño tarde se sintiese
Para que el mal al alma penetrase:
Así nunca quisistes que temiese,
Sin dexarme tambien en que esperase,
Hasta que en fin, la cosa descubierta,
Fué el temor cierto y la esperanza incierta.

Con esto el blando estilo y amoroso,
Que de vos se estimó, quando le oistes
En duro se mudó y en doloroso,
Conforme á la ocasion que vos le distes:
Y vine yo á quedar de mí quejoso
Por la culpa que vos sòla tuvistes;
Y así mis versos en tan triste suerte,
Trataron de dolor, de ira y de muerte.

Mas con irme sin causa atormentando,
Se fué mi sentimiento endureciendo,
Y el mal de grado en grado fué baxando,
Con mi justo desden que iba subiendo;

Bástame, sin tratar del como y quando,
Que el luengo error, y por dó anduve en-
Y el entendello me forzó á dexallo [tiendo;
Y me truxo al estado en que me hallo.

Escríbese, y en parte está probado,
Que el que es acaso de escorpion mordido,
Quedando mortalmente emponzoñado,
Con veneno mas fuerte es socorrido:
Que el acónito mata en ser tocado,
Y remedia este mal siendo bebido;
Así de mi pasion que era sin medio,
En su extremo mayor hallé el remedio.

Y esta nueva á mi alma fué tan buena
Como al cautivo verse libre y suelto,
O al que anduvo perdido en tierra agena,
Ser en su patria, y en descanso vuelto:
Yo conozco la red y la cadena,
Donde me tuvo amor preso y envuelto;
Y con aviso de mi mal pasado,
Sabréme ya guardar de escarmentado.

Y el guardarme será, no solamente
De la cruda prision y males de antes,
Mas de toda ocasion que me presente
La sombra de peligros semejantes:
Seré ya del que fui tan diferente,
Que un desden me dará fuerzas bastantes,
A que amor no me pueda, en lo que niego,
Forzar con mando, ni mover con ruego.

Pues no podrá faltarme aquel sentido,
Que á una simple avecilla se concede,
Que escapa del lugar dó presa ha sido,
Y huye de volver donde se quede:
De lo mucho que amor en mí ha podido
Me vengo con lo poco que ora puede,
Y con ver que he dexado qual merece,
Al que nunca dió nada, y tanto ofrece.

Y dexandole así, queda en mi mano
Lo que en la agena mucho tiempo ha sido,
Y podréme alegrar con lo que gano,
Viendo lo mucho que tenia perdido:
Ya no andaré con el favor ufano,
Ni con el disfavor triste y caido,
Ni mostrará mi gesto claro y cierto,
Lo que quiero tener mas encubierto.

No sentiré lo que es verme en ausencia
Lleno de sobresaltos y temores,
Ni me veré cercado en la presencia
De miserables cuitas y dolores:
Sabré que en fin se cura la dolencia,
Que se llama incurable entre amadores,
Y que al poder de amor, que tanto puede,
El de un justo desden pasa y excede.

No habrá en mi corazon ya la contienda,
Que entre el temor y la esperanza habia,
Ni habrá que defender, ni quien me ofenda,
Ni quien corto me haga, ó largo el dia:

Podré yo solo detener la rienda,
O darla al pensamiento y fantasía,
Sin temer que en el fuego pueda elarme,
Ni en medio de los yelos abrasarme.

No seré ya un sugeto á dos contrarios,
Que en el triste amador solo se juntan,
Ni sentiré disgustos ordinarios
Por cosas que sin causa se barruntan:
Librarme he de apetitos temerarios,
Que solo á perdicion y á mengua apuntan;
Aunque estos, si algun hora se movieron,
Siempre de mi razon vencidos fueron.

Tendré una voz con un dolor contino,
No habiendo ya que tema ni que espere,
Y sin hallar estorbo en el camino
Irá mi voluntad por dó quisiere:
Conoceré lo que es un desatino,
Y veré que es verdad, la que lo fuere;
Mostrarse me ha lo claro entre lo escuro,
Y entre lo peligroso lo seguro.

No me hará el furor desavenirme,
Ni luego la miseria concertarme,
Ni disimularé con un reirme
Mil causas de llorar y de quejarme:
No me veré ya mas arrepentirme
De lo en que quiero mas determinarme;
Todo se volverá al primer estado
Como si no pasara lo pasado.

En fin será regida y gobernada
Por sí mi voluntad, no por la agena,
Sin que la turbe ni la altere nada
De quanto amor ordena, ó desordena:
Mi gloria, vana ó cierta, es ya pasada,
Y así pasó mi verdadera pena,
Por quien la vana con la verdadera
Fuera mucho mejor que nunca fuera.

Y así la extrema gracia y hermosura,
Los graciosos meneos, el semblante,
El ayre, el ademan, y la postura,
Con el mirar que mata en un instante;
Y en fin el bien en que paró natura,
No pudiendo pasar mas adelante,
Serán de aquel valor que siempre fueron,
Solo en mí no podrán lo que pudieron.

Por dó, tirano amor, de hoy mas no temo
Tus fuerzas, que razon guarda mi muro;
De tus extremos ya ningun extremo
En mí tiene lugar, ni del me curo:
Ni diré que me yelo ó que me quemo,
Que de tu yelo y fuego estoy seguro;
Muestra ya tu poder en otra parte,
Que en mí tú perderás fatiga y arte.

Por destruirme mas me libertaste,
Que á veces tarda mas quien se apresura:
Solo fuiste Señor, solo mandaste
En alma, en corazon y en mi ventura:

Y en tanto extremo te desordenaste
A quererme dañar, que fué mi cura;
Pues ya contra tu mal desordenado
De desden y razon me hallo armado.

De la qual, vuestra paz, ni vuestra guerra,
No bastan ya, Señora, á desviarme;
Así como otro tiempo acá en la tierra
No pudiera sin vos cosa alegrarme:
Lo que encubierto vuestro pecho encierra
Descubrió el tiempo, y yo por remediarme
Hice, no sin trabajo, esta mudanza,
Que descanso será sino es venganza.

SONETO.

En extrema pasion vivia contento
Por vos, Señora, y quando mas sentia,
Solo un mirarme ó veros deshacia,
O al ménos aliviaba mi tormento:
Ora quisistes que de fundamento
Cayese en tierra la esperanza mia,
Con declararme lo que no entendia,
De torpe, hasta aquí mi entendimiento:
Desto nació un desden por cuya mano
En término muy corto se ha deshecho
La fábrica, que amor hizo en mil años;
Yo miro y aseguro desde el llano
El risco en que me ví; y el paso estrecho,
Quedando ya seguro de mis daños.

SONETOS

EN LA MUERTE DEL MARQUES DEL BASTO, Y ESTE PRIMERO HABLA CON LA MARQUESA.

Alta Señora, que en la edad presente,
Divina mas que humana hermosura,
Y mil dotes del cielo y de ventura
Os hacen un milagro entre la gente:
De cuyo resplandor el mundo siente,
Que en nuestra vida trabajosa y dura
Nos hace clara de la noche escura,
Como el bien mas perfecto y excelente:
Aunque causa tan justa os haya dado
Para llanto y dolor la cruda muerte,
Contra quien no hay reparo ni remedio;
El saber de que el cielo os ha dotado,
Ponga en el llanto doloroso y fuerte
Si fin no puede ser; al ménos medio.

AL MARQUES DE PESCARA.

Señor, en quien nos vive y ha quedado
El gran nombre del Basto y su memoria,
Despues que desta breve y transitoria
A la vida inmortal mudó su estado:
Donde desprecia nuestro baxo grado,
Y goza para siempre inmensa gloria,
Quedando en todo verso, en toda historia

Del mundo eternamente celebrado:
Mirad quan ancha y espaciosa via
Os muestran sus hazañas inmortales
De haceros inmortal entre la gente;
Y seguid su valor, que con tal guia
Los mas famosos no os serán iguales
Del siglo ya pasado ó del presente.

EPITAFIO

PARA LA CAMARA DONDE MURIÓ EL DICHO MARQUES.

Solo aquí se mostró quanto podia
En daño universal la cruda muerte,
Dó su fuerza valió contra el mas fuerte,
Y su valor contra el que mas valia.
Por donde á Italia quanto bien tenia
En eterno dolor se le convierte,
Y el gran Marqués ha mejorado suerte,
Aunque acá la mas alta poseia.
Sus muchas partes sobrenaturales,
Un esfuerzo, un saber nunca igualado,
Un ser no concedido á mortal hombre,
Con mil famosos hechos inmortales,
A la inmortalidad han consagrado
Este lugar, y su tan alto nombre.

EPITAFIO

PARA LA SEPULTURA DEL MESMO.

Aquella luz que á Italia esclarecia,
Y ahora con morir la ha escurecido:
Aquel alto valor que siempre ha sido
Coluna dó virtud se sostenia:
Aquel saber de donde procedia
El remedio y restauro en lo perdido:
Aquel sublime esfuerzo tan temido
Del fuerte corazon que no temia:
Aquel gran ser dó junto se hallaba
El consejo y efeto en paz y en guerra,
Para hazañas de inmortal memoria:
Y en fin á quien el mundo no bastaba,
Aquí lo cubre muerte en poca tierra,
Y lo que mereció goza en la gloria.

SONETO

SOBRE LA RED DEL AMOR.

¿Dígame quien lo sabe cómo es hecha
La red de amor, que tanta gente prende,
Y cómo habiendo tanto que la tiende
No está del tiempo ya rota ó deshecha?
¿Y cómo es hecho el arco que amor flecha,
Pues hierro ni valor se le defiende?
¿Y cómo, ó dónde halla, ó quién le vende

De plomo, plata y oro tanta flecha?
Y si dicen que es niño, ¿cómo viene
A vencer los gigantes? y si es ciego,
¿Cómo toma al tirar cierta la mira?
Y si, como se escribe, siempre tiene
En una mano el arco, en otra el fuego,
¿Cómo tiende la red, y cómo tira?

RESPUESTA.

De amor se hace, y por él mesmo es hecha
La red de amor, que tanta gente prende;
Y como la refuerza el que la tiende
No está ni puede estar rota ó deshecha:
Hermosura es el arco que amor flecha,
Del qual ninguna fuerza se defiende,
Y el gusto humano es quien le da y le vende
De diversos metales tanta flecha:
Nace niño, y por horas crece y viene
A ser mas que gigante, y siendo ciego
Vuelvese un Argos al tomar la mira:
Y un monstruo tan extraño, que aunque tiene
En una mano el arco, en otra el fuego,
Con mil tiende la red, y con mil tira.

OTRA RESPUESTA.

La red de amor, pues por amor es hecha,
No es de maravillar si á tantos prende,
Ni que pues él la coge, y él la tiende,
La guarde sin estar rota ó deshecha:

Ni que del arco que ámor hace y flecha
  Trabaje en vano aquel que se defiende,
  Ni que se engañe quien le da y le vende
  Mirando y deseando tanta flecha:
Es niño y vence, porque él solo viene
  A poder lo imposible, tal que ciego
  Muy cierta sin mirar toma la mira:
Y nos hace sentir que á un tiempo tiene
  Las manos en el arco y en el fuego,
  Y prende con la red y abrasa y tira.

OTRA RESPUESTA.

La red de amor es invisible, y hecha
  De suerte, que sin verse enlaza y prende,
  Y de valerle tanto al que la tiende
  Procede el nunca estar rota ó deshecha:
Deleyte forja el arco que amor flecha,
  Del qual nuestro valor mal se defiende,
  Y el flaco natural le da y le vende,
  Para daño del mundo, tanta flecha;
Amor es fuerza indómita, aunque viene
  En figura de niño; y aunque es ciego,
  Sola su voluntad es punto y mira:
Y así, pudiendo quanto quiere, tiene
  En una mano el arco, en otra el fuegó,
  Quando tiende la red y quando tira.

SONETO.

Quando era nuevo el mundo, y producia
Gentes, como salvages, indiscretas,
Y el cielo dió furor á los Poetas,
Y el canto con que el vulgo los seguia:
Fingieron Dios á amor, y que tenia
Por armas fuego, red, arco y saetas,
Porque las fieras gentes no sujetas
Se allanasen al trato y compañía;
Despues viniendo á mas razon los hombres,
Los que fueron mas sabios y constantes,
Al amor figuraron niño y ciego:
Para mostrar que dél, y destos nombres
Les viene por herencia á los amantes
Simpleza, ceguedad, desasosiego.

SONETO.

De oliva y verde yedra coronado,
Quando el rayo del Sol es mas caliente,
Vueltos los ojos á una clara fuente,
Y al pie de un alto pino recostado:
Sin acuerdo de sí, ni del ganado,
Que de pacer dexaba al son que siente,
Así soltó la voz suavemente,
De amores un pastor apasionado:
Las hondas cesarán del mar profundo,
Por altas cumbres subirán los rios,
Sin hoja verde nos vendrá el verano:

Y escuro hará el sol antes el mundo,
Que aunque refuerce amor los males mios
A Silvia dexe de adorar Silvano.

SONETO.

Como vemos que un rio mansamente,
Por dó no halla estorbo sin sonido,
Sigue su natural curso seguido
Tal que aun apénas murmurar se siente;
Pero si topa algun inconveniente
Rompe con fuerza, y pasa con ruido,
Tanto que de muy léjos es sentido,
El alto y gran rumor de la corriente:
Por sosegado curso semejante
Fueron un tiempo mis alegres dias,
Sin que queja ó pasion de mí se oyese:
Mas como se me puso amor delante
La gran corriente de las ansias mias,
Fué fuerza que en el mundo se sintiese.

SONETO.

Pastora, en quien mostrar quiso natura
A la miseria deste baxo suelo
La mas cierta señal del bien del cielo,
Y un claro sol en la tiniebla escura:
Si pastoral ingenio á tanta altura
Pudiese levantar su corto vuelo,
Que cantase Damon quanto consuelo
Es verte, y no te ver qual desventura;

Desde el un polo al otro se sabria,
Que no yo solo, mas qualquier que ausente
De tu presencia vive, ó Galatea,
Debe sentir la mesma pasion mia;
Pues sola en tí se halla juntamente
Quanto bien se procura y se desea.

SONETO.

Mientras amor con deleytoso engaño,
Daba color á la esperanza mia,
El seso lo mejor que él entendia
Declarar procuró mi mal extraño:
Pero ya que llegar á ser tamaño
Le vió, y que iba creciendo cada dia,
Dexó la ménos necesaria via,
Por mas considerar el propio daño:
Desde allí ya en silencio y noche escura,
Con mil acuerdos de mi bien pasado,
Y del presente mal paso mi vida:
Que en tal extremo está de desventura,
Que, si hay firmeza en miserable estado,
Ni puedo ya subir, ni dar caida.

SONETO.

Nunca me ví tan solo ni apartado,
Que lo pudiese estár de un pensamiento,
Que me renueva el doloroso cuento
De mi estado presente y del pasado:
Dó amor, por verme siempre lastimado

Con aparencias de contentamiento,
Modera su rigor, y luego siento
Con esperanza mi temor mezclado;
Entran luego los dos en su porfia,
Donde en fin el temor vence la prueba,
Y pierde la esperanza mal fundada:
En esto estoy mil veces cada dia,
Y siempre el mesmo caso me renueva
Tristes congoxas y pasion doblada.

SONETO EN AUSENCIA.

Vivir, Señora, quien os vió, sin veros,
No es por virtud ni fuerza de la vida,
Que en partiendo de vos fuera perdida,
Si el dexaros de ver fuese perderos:
Mas de tanto valor es el quereros,
Que teniendoos el alma en sí esculpida,
De su vista y memoria, que no olvida,
Ninguna novedad basta á moveros;
Así, aunque léjos de vuestra presencia,
Vos sola me estareis siempre presente,
Y no me faltaréis hora ninguna,
Sin que puedan tenerme un punto ausente,
El áspero desden, la cruda ausencia,
Nueva llaga de amor, tiempo ó fortuna.

SONETO.

Como aquel que á la muerte está presente
De su Señor á quien ponzoña ha dado,
Y ya que remediarle es excusado,
Procúralo, y del hecho se arrepiente:
Así mi voluntad ora que siente
No poder ya mi mal ser remediado,
Muestra dolerse de lo que ha causado,
Y el remedio procura vanamente:
Bien simple y vanamente lo procura,
Que aunque en algo pudiese aprovecharme,
Amor que puede lo contradiria:
Aquí pondria sus fuerzas la ventura,
Y viendo que el efeto era dañarme,
Mi Señora tambien se esforzaría.

SONETO.

Como al tiempo al llover aparejado,
Se conforman con él la tierra y viento,
Así todo dolor, todo tormento,
Halla conformidad en mi cuidado:
Que en tanto el mal de amor es extremado,
En quanto se parece al que yo siento,
Y en tanto es congoxoso el pensamiento
En quanto con el mio es comparado:
Por dó viendo en qualquiera que padece
Dolor conforme por alguna via,
Es fuerza que de entrambos sienta pena:

Así descansar nunca se me ofrece,
Que si acaso se alivia el ansia mia,
Amor me la renueva con la agena.

SONETO.

Si como de mi mal he mejorado,
Se me hubiera doblado el accidente,
Yo tengo por muy cierto que al presente
Me hallara, Señor, muy aliviado;
Que si de sus congojas y cuidado
Se alivia todo espíritu doliente,
Aliviaráse un cuerpo, mayormente
Al son de un dulce estilo delicado:
Yo conozco, Señor, doliente ó sano,
Deberos tanto que no sé en que suerte
Os me pueda mostrar agradecido;
Solo tendreis de mí como en la mano,
Que á nadie es vuestro mal tan grave y fuerte,
Ni vuestro bien de nadie es tan querido.

SONETO.

Tan hijos naturales de fortuna
Son la desigualdad y el desconcierto,
Que jamas permitió llegase á puerto,
Virtud muy rara, ni bondad ninguna:
Y si esta ha de temer en parte alguna
De mostrar disfavor tan descubierto,
Que en vos lo temerá tengo por cierto,
Aunque siempre á lo bueno es importuna:

Las virtudes en vos son principales,
Y á su despecho vemos que han sacado
De su poder y mando vuestra suerte:
Lo ménos son los bienes temporales,
Pues la desigualdad de todo estado,
Al fin viene á igualarse con la muerte.

SONETO.

¡Quál doloroso estilo bastaria,
En el comun dolor que nos atierra,
A mostrar parte, ó lamentar la guerra,
Que al mundo hizo muerte en solo un dia!
¡Quándo dispuso de quien disponia
Del mundo, con valor tal que se encierra
Muerto, mas inmortal, en poca tierra
El que toda le amaba y le temia!
Y como otro dolor no se ha igualado
Al deste triste y lamentable caso,
Así debe llorarse eternamente:
Y el nombre justamente tan nombrado
Del Basto, por las cumbres del Parnaso,
Celebrándose irá de gente en gente.

SONETO.

En quanto la materia es mas subida,
Y mas se aparta de profanidad,
En tanto, Señor, vuestra habilidad
Ha quedado de mí mas conocida:
Y pues el santo tiempo nos convida

A dexar todo vicio y vanidad,
Volvamos con amor y caridad
A Christo, que es bondad suma cumplida;
Y olvidando por él toda otra cosa,
Haga de su pasion el fundamento
Para la gloria que apetece el alma:
Que sin él nuestra vida trabajosa
Es nave rota que le falta el viento,
Y en playa de enemigos queda en calma.

SONETO.

Contra la ciega y general dolencia
De la triste ignorancia miserable,
Que de comun se ha hecho comportable,
Siendo tan insufrible pestilencia,
Quiero que valga en esto mi sentencia,
Que vuestro dulce estilo tan loable
Os hará en Helicona memorable
Sin contraste ninguno, ó diferencia:
Ya vuestro claro ingenio nos lo muestra,
Y ya el fruto gentil que dél procede
A la cumbre del monte os encamina,
Dó subis sin errar por la via diestra,
Camino que á tan pocos se concede,
Que ya por nuestro mal no se camina.

SONETO.

Cierto no puede ser sino buen hora,
 En la que yo tomé tal presupuesto,
 Como ver la hermosura de aquel gesto,
 Que con tanta razon esta alma adora:
Mas no penseis que no la veo agora,
 Qué el espíritu siempre está dispuesto
 A ver la ausente, y mi memoria en esto
 Se engrandece, se ensalza y se mejora:
Ved quanto, que no puedo ya conmigo
 Pensando que estos ojos la han de ver,
 Como con los del alma ya la veo:
Y pensando este bien, de ufano digo:
 ¡Quién pudo jamas tanto merecer!
 O qué mas alto fin tiene el deseo!

SONETO.

Atenta al gran rumor la Musa mia,
 Del armígero son de Marte fiero,
 Cesó del dulce estilo, que primero
 En sugeto amoroso se extendía:
Mas ora con la vuestra en compañía,
 Me vuelve al sacro monte, donde espero
 Levantarme mas alto, y por grosero
 Dexar con nuevo canto el que solia:
Así sus horas con la espada á Marte,
 Y los ratos del ocio con la pluma
 Pienso, Señor, enderezar á Apolo:

Dando á los dos de mí tan larga parte,
Y tomándola dellos tal, que en suma
No me cause tristeza el verme solo.

SONETO.

Si los sospiros que he esparcido al viento,
Ausente de mi bien con mil dolores,
Y con ellos mis quejas y clamores
En baxo, triste, y doloroso acento:
Si la flaca esperanza qual la siento,
Puesta en el medio de cien mil temores,
Vinieren á noticia de pastores
Dó llegue el amoroso sentimiento:
Sujeto les será mi triste llanto
Por Galatea, y mi pasion tamaña,
Y en ausencia mi fe tan verdadera:
Pesar contino y doloroso canto
Por todos estos llanos y campaña
Del famoso Danubio y su ribera.

SONETO.

DEMOCRITO Y ERACLITO.

DEMOCRITO.

¡De tu tristeza, Eráclito, me espanto,
Y de nuevo me admiro cada hora,
Que viendo el mundo y lo que pasa agora,
Ya no hayas convertido en risa el llanto!

ERACLITO.

Yo me admiro, Demócrito, que quanto
En este triste siglo que empeora,
Crecen mas las miserias de hora en hora,
Mas crece tu placer, tu risa y canto.

DEMOCRITO.

Pues quien no reirá, si en paz y en guerra,
El gobierno del mundo y el consejo
Es todo desconciertos y locura.

ERACLITO.

Lo que á tí te da risa, á mí me atierra,
Eso me tiene ya doliente y viejo,
Y eso me llevará á la sepultura.

SONETO.

Siendo por Alexandro ya ordenado,
Que Lausato, ciudad, se deshiciese,
Como venir su buen maestro viese
A suplicar por ella apresurado,
En viendole juró determinado
De no le conceder lo que pidiese;
El pidió entónces que la destruyese
Por dó el mísero pueblo fué librado:
Así siendo por vos determinada
Mi perdicion, Señora, conocida,
Estilo mudaré por mudar suerte,
Pidiendoos contra la costumbre usada,
O que para morir me deis la vida,
O que para vivir me deis la muerte.

SONETO.

En muy suave, aunque en muy gran tormento
  Vivo, y arderme siento en dulce fuego,
  Do en vivas llamas hallo un gran sosiego,
  Y en extrema pasion contentamiento:
¿Con qué manera de agradecimiento,
  Pagaré amor que en tal desasosiego,
  Y en el extremo de pasion dó llego
  Me tiene con su causa tan contento?
Solo mostrarme puedo agradecido
  En contentarme agora y en pesarme,
  Que me haya amor tal pena dilatado:
Que pues tal ocasion habia de darme,
  Con razon llamaré tiempo perdido
  El que sin padecer se me ha pasado.

CANCIONES.

El tiempo huye y vuela,
  Pasa mi juventud y alegre edad,
  Y la larga esperanza va faltando,
  Y en la gran ceguedad
  Camino de que el alma se recela,
  Si mas se puede entrar, mas voy entrando,
  Tan absoluto en mí señoreando
  Prosigue amor que ya por larga usanza,
  Pido mi mal con natural deseo,
  Y mal es quanto veo,
  Aunque amor me figura su mudanza,

Pero para acabarme
Faltaseme del todo la esperanza,
Que de mil muertes que esta suele darme
Solo desesperar basta á librarme.
Al ménos no se viese
Señal de compasion en aquel gesto,
Ni aquel reir, ni aquel hablar suave,
Y aquel mirar honesto
De mis ojos y oidos se escondiese:
Pues ni en mí tanto bien, ni en otro cabe,
Porque ni puede el alma ya, ni sabe
Huir de lo que en vida la sostiene,
O que la lleva á dolorosa muerte:
Así dudosa suerte,
Ni me dexa esperar, ni me detiene,
Por dó, Señora, pido
A amor que de esperanza me enagene,
Y en este corazon dexe imprimido
Lo cierto, no el temor de vuestro olvido.
Pues que por mi destino
La voluntad me fuerza á no callar,
Que me ha forzado á vivir en pena,
Amor que da el lugar
Sea mi guia, y muéstreme el camino
Que debo de seguir, pues él condena
A muerte, y es la vida qual ordena
De quien á fuerza ó grado le consiente,
Como conozco triste, yo por mí,
Que en todo consentí
Quanto dolor el alma triste siente,
Y aunque de escarmentado

Me debiera temer del mal presente,
No le temí, y ahora me ha mostrado,
Que era bien de temerse tal estado.
Y al comenzar creía
Hallar quejando en este gran deseo
Para aliviarme algun breve reposo,
No fué, ni el callar veo
Ser provechosa ni posible via
A quien padece mal tan congojoso;
Mostraba no temer de temeroso,
Sufriendo mal, que á qualquier otro excede;
Mas ya es tal el querer que lo concierta,
Que la razon es muerta
Que contrastaba; y pues que ya no puede,
Al ménos lo que diga
Me muestre amor, pues del todo procede,
O haga la ocasion de mi fatiga
De piedad ser ménos enemiga.
No digo piadosa,
Que donde tanto bien no se merece
El pensallo será nuevo dolor,
Que harto se agradece
Su mal al alma, pues que pensar osa,
Que nace siendo tal de bien mayor;
Conténtese la vida que el menor
Bien de tan alta parte no consiente
Merecerse del mal mas excesivo:
Y si me tiene vivo
Amor, es por mostrarme claramente
Que con este concierto
Quiere que padeciendo me contente,

Y quando padecer mas no pudiere
Con mi muerte me alegre si viniere.

CANCION.

Sin temor de venir en lo que estoy
Penaba ufanamente hasta ahora,
Que pruebo de vivir nueva manera,
Y faltandome ya de mi Señora
El bien usado, mira á lo que soy
Venido, amor, y duelate siquiera:
Bien sé que no pudiera
Contradecirte quando me perdí,
Mas porque así me dí
Sin-proballo me pesa y da dolor,
Que si hay en tí valor
Aunque contradecirte te desplace,
Debes menospreciar quien no lo hace.
Los ojos de dó suele tomar vida
La que de vida solo el nombre tiene,
Que sin ellos aun este no tendria,
No sé si por ser bien que no conviene
A la mísera humana conocida
Me niegan ya la parte que fué mia;
Por cuya sola via
Contra la fuerza de mortal pasion
Mi triste corazon
De flaco en su flaqueza á sostenerse,
Que sin dexar caerse
Con solo el bien de aquella dulce vista
Jamas volvió la cara en su conquista.

Otros mas de mil modos he buscado
Probando si sin esto en mortal cosa
Hallase solo un punto de sosiego;
Mas la alma que de otra arte no reposa,
Vuelve buscando su consuelo usado,
Y yo que soy de cera vuelvo al fuego,
Y pongo mientes luego
Donde ménos se guarda el bien que pido:
Allí soy atrevido,
Que quando ménos teme soy mas presto,
Y de su hermoso gesto,
Ora hurto una vista, ora me guardo,
Y desto juntamente vivo y ardo.
De muerte me sustento, en llama vivo;
Tal modo de vivir ved si es extraño,
Aunque es bien fácil para quien lo hace:
Dichosa vida en amoroso daño
Gocé otro tiempo y ahora la recibo
De fortuna y de amor, la que les place:
Por ellos se me hace
Gracia de la señal que della queda,
Y aun no quieren que pueda
Para destierro de cien mil enojos,
Mirar aquellos ojos
Cuya extraña riqueza lo consiente,
Pues me da de que viva y no lo siente.
Quien no sabe de que me he sustentado,
Desde que aquellos ojos ví primero,
Que me hicieron mudar vida y costumbre,
Quien hay que por morir como yo muero,
Siendo por ellos á morir guiado,

No tuviese el vivir por pesadumbre,
Pues esta servidumbre
Es libertad que debe codiciarse:
Mas tanto desearse
Su vista á quien los vió es tan duro caso,
Que si es amor escaso
Amigo deste bien, mejor manera
De acabarme, es mandar claro que muera.
Daña un secreto mal, pero si crece
En tal extremo no puede encubrirse:
Yo lo sé, amor, por prueba de tus manos,
Ya viste en mí gran mal sin descubrirse,
Y agora con mis quejas me parece
Que enojo á los ausentes y cercanos:
Mil pensamientos vanos
Y mi fuerte ventura tal me tiene,
Que si por caso viene
De bien al corazon, de sombra ó duda,
Aun esta se le muda
Que tu poder á amor se la enagena,
Y de toda tu culpa es mia la pena.
Desta soy yo Señor, esta poseo,
Tú me la distes, y siempre la sustentas;
En esto te me muestras liberal,
Y meterme en peligros y en afrentas,
Y en el rigor comigo en que me veo
Te debe parecer liviano mal,
Fuese á lo ménos tal
Tu ira que en mi vida fin pusiese,
Que sé cierto que fuese
Un modo de piedad no dilatallo,

Pues haces deseallo,
Al que de padecer se contentaba,
Bien muere, quien muriendo el mal acaba.

SONETO.

Mientra de parte en parte se abrasaba,
Y en vivas llamas la gran Roma ardia,
Al alto cielo el gran clamor subia
Del pueblo todo, que su mal lloraba:
Solo en parte Neron cantando estaba,
Do el clamor miserable escarnecia,
Y el incendio mayor mas alegría;
Y el mayor llanto mas placer le daba:
Así de en medio el alma donde estais,
Veis, Señora, mi fuego, y toda en llanto
La turba de mis tristes pensamientos;
Y tanto mas de verlo os alegrais,
Quanto mas ardo, y por vos lloro, y quanto
Me llegan mas al cabo mis tormentos.

SONETO.

Con la razon en su verdad envuelta,
Combate de atrevido mi querer,
Armado de esperanza, y sin temer
Que amor le engañe, ó pueda dar la vuelta:
Acomete animoso á rienda suelta
Mi razon débil contra tal poder,
Resiste; mas en fin viene á perder,
Y á parar en mi daño esta revuelta:

Que entónces sin sospecha, este cruel
De mí triunfa, y sin temor se extiende,
Viendo tan suya toda parte mia:
Mas no me acaba, porque está con él
Memoria de un gran bien, y me defiende
Quien por otras mil partes me ofendia.

SONETO.

Amor me dixo en la mi edad primera:
Seguirás en amar siempre el extremo,
Que en tempestoso mar sin vela ó remo,
Va salvo de peligro el que en mí espera:
Sin recelo le dí fe tan entera,
Quanto muestra la llama en que me quemo,
Y sin temor entré donde ora temo
Lo que no le creyendo no temiera:
Que ni callar me vale, ni quejarme,
Ni puede sufrimiento que es humano
Sostener tal pasion ni padecella;
Pues ni quiere que viva, ni acabarme,
Ni aprovecha dexarme ya en su mano,
Ni puedo aunque procuro salir della.

SONETO.

Despues que á Cesar, el traidor de Egipto
Dió la cabeza que el peor queria,
Encubriendo las muestras de alegría,
En público lloró como está escrito;
Y Anibal quando al Imperio aflito

Vió que fortuna desfavorecia,
Rióse entre la gente que plañia
Encubriendo un dolor que era infinito:
Así á veces el ánimo qualquiera
Pasion que siente so contrario manto
Cubre con vista alegre ó lastimera;
Por dó si alguna vez yo rio ó canto,
Es por querer con el placer de fuera
Encubrir mi secreto y triste llanto.

SONETO A UNA DAMA.

Obrando claramente la natura,
Perfeccion que parece mas que humana,
En vos sola ha mostrado, Señora Ana,
Que del bien general poco se cura,
Pues hizo que de gracia y hermosura
Vivais vos sola justamente ufana,
Y viendoos claro esta que es cosa vana
Esperar de ver otra tal pintura:
Tambien sería yo vano en alabaros
Si en vuestra hermosura hubiese parte,
Que pensase con veros igualalla:
Pero solo diré que en el formaros
Dexó natura tan vencida el arte
Que vos sola podeis menospreciallla.

SONETO.

Si amor así como extremó mi pena,
  Mi estilo en alabaros extremara,
  Vuestra fama, Señora, ya llegara
  Donde jamas llegó ninguna agena:
Y aquella Laura, cuyo nombre suena,
  Del Toscano Poëta en voz tan clara,
  En el nombre tan solo os igualara,
  Mas mi baxo decir lo desordena:
Así de no emprender obra tan alta
  Tengo justa disculpa, pues excede
  Tan claro la materia toda historia:
Pero en vuestros loores esta falta,
  De poderse igualar, hace que quede
  Para siempre de vos digna memoria.

CARTA

EN TERCIA RIMA.

Pues no ha querido la ventura mia
  Que os pudiese contar lo que he pasado
  Ausente de aquel bien que ver solía;
Los males que he sufrido y que he callado,
  O parte dellos os dirá, Señora,
  Este papel en lágrimas bañado:
Y empezaré de aquella primer hora
  Que de tanto dolor principio ha sido,
  Y desta vida donde muero agora.

Sé que os espantareis como ha podido
 Vivir un corazon tan descontento,
 Y en contino temor de vuestro olvido.
De vos partí, Señora, y tal me siento
 Desde aquel punto que dexé de veros,
 Que mil veces me falta el sufrimiento.
Y conmigo me enojo, que perderos
 Haya podido, sin perder la vida,
 Pues para mas no vive de quereros.
Mas la firme memoria, que no olvida
 Lo que vieron mis ojos, me sostiene,
 Y esfuerza toda parte enflaquecida.
Así para vivir de vos me viene
 Sin vuestra voluntad este consuelo,
 Que contrasta á mi muerte y la detiene.
¿Mas qué haré, Señora, que recelo,
 Que mi querer os cansa y os enoja,
 Y en esto se me dobla el desconsuelo?
Mil veces lo mas sano se me antoja,
 Quereros y sufrir solo comigo,
 Mas tal pasion callada mas congoja.
De todo es fuerza que seais testigo:
 Juzgad, Señora, lo que el alma siente,
 Y no me condeneis por lo que digo.
Y para ver lo que padezco ausente,
 No quiero que mireis otra señal
 Sino acordaros de que os fuí presente.
Y poned el dolor al daño igual,
 Y vereis que de todas mis pasiones
 Forzado la menor será mortal.
No digo de mil otras ocasiones

Donde son menester en cada una,
No uno, mas mil duros corazones:
Esta que sobre todas me importuna,
Esta sola juzgad que tanto pueda
En daño mio la cruel fortuna.
Y que vuelta no dé jamas su rueda,
Sino para dañarme por mil vias,
Sin estar un momento en un ser queda:
Y ahora por doblar las ansias mias,
Viendo aliviarse con vuestra presencia
Mil graves y penosas fantasías:
Puso todo su intento y diligencia,
Hasta que lo ha cumplido por traerme
Al destierro mortal de vuestra ausencia:
Donde no se contenta con traerme
Sufriendo lo posible á un hombre humano,
Que á lo imposible quiere someterme:
Su poder tuve un tiempo por liviano,
Quando el de amor tambien menospreciaba;
Mas este es el castigo de su mano.
¡O por quan imposible yo juzgaba,
Que tanto por amor se padeciese,
Y quanto en mi juicio me engañaba!
Que siempre que lo pienso yo me espanto,
Ya que vivo de vos pudo apartarme
Cómo no me ha acabado el triste llanto:
¿Y cómo puede amor sin acabarme
Sustentar vida tan apasionada,
Despues que de mi bien pudo privarme?
Pero podeisla dar por acabada
En esta triste ausencia trabajosa

Si la desamparais en tal jornada.
Y si por vuestra, y como á vuestra cosa
La tratais, vos vereis como se hace
Contra todos sus males animosa.
Que lo que mas, Señora, la deshace,
Es no ser cierta de lo que quereis,
Para hacer lo que mas os satisface.
Y pues habeis ya visto y conoceis,
Que ausente muero, y por quereros vivo,
No creais solo lo que aquí vereís,
Que lo ménos se muestra en lo que escribo.

SONETO.

Pude partirme con pensar que fuera
Por ausencia menor la pena mia,
Y ahora el verme sin el bien que via,
No sé quien me detiene que no muera;
Mas sois, Señora, vos, que tan entera
En aquel mesmo grado que solia
Os tiene esta alma, como el mesmo dia
Que me causastes la pasion primera:
Desde allí dais esfuerzo á lo vencido,
Y pueden sustentarse entre mil males
El alma y corazon con solo veros;
Yo vivo sin terror porque he sabido,
Que ya no me harán penas mortales
Perder tan alto bien como quereros.

SONETO DE ENDIMION.

En una selva al parecer del dia
Se estaba Endimion triste y lloroso,
Vuelve al rayo del sol, que presuroso
De la cumbre de un monte decendia:
Mirando el turbador de su alegría,
Contrario de su bien y su reposo,
Tras un grave sospiro doloroso,
Tales palabras contra el sol decia:
Luz clara, para mí triste y escura,
Que con furioso curso apresurado,
Mi sol con tu tiniebla escureciste:
Si te pueden mover en tanta altura
Las quejas de un pastor apasionado
No tardes en volver donde salistes.

SONETOS

EN PRISION DE FRANCESES.

Como el poderos ver, Señora mia,
Me sustentaba sin usar de otra arte,
Quando en segura y reposada parte
Fortuna tanto bien me concedia:
Así despues que por contraria via
Volvió su rueda, y con el fiero Marte,
Sin que cese su furia ni se aparte
De mí, los dos me dañan á porfia:

Ni su poder ni la prision francesa,
Dó por nuevo camino me han traido,
Privarán de su bien mi pensamiento,
Con que no solo ningun mal me pesa,
Mas aun, Señora, viéndome perdido,
Conozco que lo soy, y no lo siento.

SONETO.

Lo que es mortal padece esta prision,
Que lo inmortal, Señora, está en la vuestra:
Esta tiene de mí sola la muestra,
La vuestra tiene el alma y corazon:
Por donde yo no hallo por razon
Que á fortuna llamar deba siniestra,
Pues ella me guió con mano diestra
A veros y á sufrir por vos prision:
Así de todo el mal en que me he puesto,
Quando pienso este bien en que me puso,
No solo le perdono su mudanza;
Pero aun no estando satisfecha desto,
De qualquier otro mal tambien la excuso
Salvandose de veros mi esperanza.

OTRO.

Quando contemplo el triste estado mio,
Y se me acuerda mi dichoso estado,
Hallo mi ser en todo tan trocado,
Que pensar tuve bien es desvarío:

Con mi memoria por mi mal porfio,
  Pues si no es esperanza en bien pasado,
  Y en ella con razon muy confiado,
  Con muy mayor agora desconfio:
Ausencia, de pasiones madre y fuente,
  Junta con el temor de vuestro olvido,
  Del qual aun en presencia me tenia,
Hacen con fuerza del dolor presente
  Perecerme, segun yo estoy perdido,
  Que ni fué, ni ví entónces lo que via.

SILVANO A SU PASTORA SILVIA.

SONETO.

Quando la alegre y dulce Primavera
  A partir sus riquezas comenzaba,
  Y de los verdes campos desterraba
  Aqūella esteril sequedad primera,
Un pastor triste y solo en la ribera
  De Tesin gravemente sospiraba,
  Y ví que en un alto olmo que allí estaba
  Con un hierro escribió desta manera:
Si de amor libre por aquí pasare
  Acaso algun pastor, qualquier que fuere,
  Huya desta ribera y deste llano;
Que quando mas sin pena se hallare,
  Si á Silvia la cruel pastora viere,
  Por ella morirá como Silvano.

CANTO DE SILVANO.

A la sazon que se nos muestra llena
La tierra de cien mil varias colores,
Y comienza su llanto Filomena;
Quando partido amor en mil amores,
Produce en todo corazon humano,
Como en la tierra el tiempo nuevas flores.
Al pie de un monte en un florido llano,
Á sombra de una haya en la verdura,
Cantaba triste su dolor Silvano;
Y asegundaba voz en su tristura
El agua que baxaba con sonido
De una fuente que nace en el altura,
Pastor en todo el valle conocido,
A quien la musa pastoral ha dado
Un estilo en cantar dulce y subido.
Despues que su zampoña hubo templado,
Dixo como si viera ante sus ojos
A aquella por quien vive apasionado:
Silvia cruel, pues que de mis enojos
El número mayor mas te contenta,
Y es tuya la vitoria y los despojos,
Muevete al ménos á tomar en cuenta
Aquella voluntad tan conocida
Con que sufro el dolor que me atormenta;
No sé porque de tí ya no es creida,
Sino porque de grande es increible,
Y tu enemiga de tí poseida.
¡O si me fuese ahora tan posible

Acabar ante tí por contentarte,
Como vivir sin tí me es imposible!
En pago de aquel tiempo que en mirarte
Gastó contento quando no mostrabas
Como huelgas ahora de alejarte:
Silvia cruel, que verte me dexabas,
Porque venido el tiempo de no verte
Me viese qual tú verme procurabas:
Si del atrevimiento de quererte
Merecí pena, ya la padecia,
Que bastaba perderme sin perderte.
Acuérdome de un tiempo que solia
Contar Silvano el triste sus pasiones,
Y Silvia la cruel se las oia.
Acuérdome que mis toscas razones
Hallaban en tu pecho acogimiento
Si hallaban tambien contradiciones.
Acuérdome tambien que mi sustento
Era tu vista, y desto se holgaba
Quien huelga ahora de mi perdimiento.
¡Quién me dixera quando yo te daba
Cuenta tan larga de las ansias mias,
Que desventura tal se me guardaba!
¡Quién me dixera, Silvia, que encubrias
Só color de dolerte la crueza,
Que al fin acabará mis tristes dias!
No pienses que tendrá ya tu fiereza
Lugar en mí dó pueda executarse,
Que la fuerza que viste es ya flaqueza.
Mi vida es la que gana en acabarse,
Tú sola perderás en que se acabe,

Que yo no pierdo sino en dilatarse.
Este alto monte que mis ansias sabe,
Por mi contino canto doloroso,
Sabe la crueldad que en Silvia cabe.
Y al son que hacen triste y tan lloroso
Las Ninfas del Tesin en su ribera,
Responden las del Pó, claro y famoso.
Deste llano dó siempre primavera
Hallaban los pastores y el ganado,
Ora huye y se aparta toda fiera.
Solo Silvano el triste desdichado
A llorar su dolor y desventura
Quedó como en desierto desterrado.
Quan diferente ya en esta pastura
De aquel que ahora soy me ví cantando,
No versos de dolor, ni de tristura,
Sino de tal sugeto que en tocando
La rústica zampoña resonaba,
Mi suerte y tus bellezas alabando;
Y de las dos riberas se juntaba
La mas sentida parte de pastores,
Que estimando mi canto me escuchaba.
Allí los mas penados amadores
A cantar comenzaban dulcemente
En amoroso verso sus dolores.
De sombra en sombra, de una en otra fuente,
En loar cada qual á su pastora
Procuraba mostrarse mas valiente.
Donde no se pasó jamás un hora,
Que tu precioso nombre no se oyese,
Tu nombre, Silvia, por quien muero agora.

Ni pienso que algun olmo ó salce hubiese,
Dó escrita de mi mano por tu gloria
Parte de tu valor no se leyese.
Con esta simple pastoral historia
Procuraba dexar en estos llanos
Inmortal para siempre tu memoria.
Porque del bien de nuestra edad ufanos
Pudiesen en el tiempo venidero
Gozarse los pastores comarcanos.
Entónces tuve vida, ahora muero;
Entónces Silvia no menospreciabas
A tu pastor Silvano, aunque grosero:
Entónces ví que no te desdeñabas
De alegrar con tu vista estas riberas,
Sin mostrar que de verme te enojabas.
Gozabamos tu vista, tus maneras,
Tu habla, tus graciosos movimientos,
Para hacer mil almas prisioneras.
Y todas mis congojas y tormentos
Con tu presencia así se deshacian,
Como la niebla con furiosos vientos.
Quando estos campos tanto bien tenian,
Los árboles, las flores y los prados
De granizo, ni piedra no temian.
Todos los frutos por aquí sembrados,
Se vian de hora en hora levantarse,
Como por mano de natura alzados.
Y todas estas yerbas alegrarse,
Como se ven ahora no te viendo,
Antes de tiempo y sin sazon secarse.
Pero qual yo te ví flores cogiendo

Por estos campos, es para sentirse
Solo en el alma, y voylo yo diciendo.
Al ayre esos cabellos vi esparcirse
En mil ñudos al ayre esos cabellos,
Y luego de una nube el sol abrirse,
De corrimiento y pura envidia dellos;
Hasta que tú, porque él se descubriese
Tornabas á encubrillos y cogellos.
Si con el bien perdido se perdiese
La memoria que vive tan dañosa,
Aun pienso triste que vivir pudiese:
Pero con ella en ansia congojosa,
Pasaré con dolor lo que me queda,
Que es poco desta vida trabajosa.
Volvió fortuna su mudable rueda,
Porque en estado triste y miserable
Quejarme siempre sin valerme pueda.
Y tú, Silvia cruel, fuiste mudable
Con quien tuvo, y tendrá siempre contigo
Una fe y un amor tan entrañable.
Pues si tal crueldad usas comigo
Procurar siendo tuyo de acabarme,
¿Qué mas puede esperar un enemigo?
En comenzando tú á desampararme,
Me faltó todo bien y la esperanza,
Que en algun tiempo no solia faltarme.
Has mudado mi ser con tu mudanza,
Y sola una señal no me dexaste,
De bien en que tuviese confianza.
Y pienso que de ver que no acabaste
Esta sombra que queda de la vida,

Aun no juzgas mi mal tanto que baste.
Pues aunque tu belleza es tan subida,
No soy tal, si lo miras, que merezca
Que de mí te desprecies ser querida.
Ni tan disforme soy, que dó se ofrezca
Mostrarme con pastores mis iguales,
No pueda parecer, y no parezca.
Y tú mesma de nuestros mayorales
Siempre viste tenerse y estimarse
Silvano el que ahora muere y no le vales:
Pues de lo que un pastor debe preciarse,
En nuestro valle ningun otro veo,
Que de mí le hayas visto aventajarse.
Mi canto ya le oistes, y yo no creo
Que pudiera de tí ser mas loada
La musa de Damon y Alfesibeo.
Mas, triste, sin ventura todo es nada:
¿Qué vale fe en amor ni partes buenas,
A pastor cuya vida es mal hadada?
Antes ayudan á doblar las penas,
Que tanto mas las siente el que padece,
Quanto mas le debieran ser agenas.
Porqúe al pastor que ménos lo merece
La fortuna cruel se muestra amiga,
Y al que merece mas desfavorece.
No sé, Silvia, qué piense, ó qué me diga
Sino, que ya no espero que se amanse
Tu enojo, ni que ménos me persiga.
Mis dias hácia el fin vuelan y vanse,
Y pienso seran ántes consumidos,
Que vea un hora sola en que descanse.

¡O si ahora mis versos doloridos
Con este triste son se levantasen,
Y pudiesen llegar á tus oidos!
Que ya que tu dureza no ablandasen,
Yo sé que de mi mal alguna parte,
Que negar no pudieses, te mostrasen;
No porque vayan guarnecidos de arte,
Sino por ser el cuento simple y puro,
Del dolor que conmigo amor reparte.
Versos movieron corazon muy duro,
Mas es el tuyo duro en tal extremo,
Que ni lo espero ya ni lo procuro:
Ni busco otro remedio, antes le temo,
Pues sale de mis ojos siempre un rio,
Que pasa por la llama en que me quemo.
Y ni el gran fuego al triste llanto mio
Disminuye el humor que le sustenta,
Ni descrece el ardor por agua ó frio.
Y si pena mayor quieres que sienta,
O mayor puede ser, mándalo luego,
Que cosa no querrás que no consienta.
Mas mira el triste llanto y vivo fuego,
Que me consume y arde, y verás claro,
Que no puedo pasar de donde llego.
Que ni á Pastor jamás costó tan caro
Amar pastora, ni la quiso tanto,
Ni se vió perdicion tan sin reparo.
Aquí llegó Silvano con su canto,
Dando por fuerza de pasion tamaña
Fin á los versos y principio al llanto.
Eco del centro de la gran montaña

Resuena en su favor ya por costumbre,
Con temerosa voz, triste y extraña.
Mas como Febo con su clara lumbre
Acabó de encubrirse y esconderse,
Desamparando ya toda alta cumbre;
Y se alegraba Endimion de verse
Cercano de gozar su bien tamaño,
Comenzó el pastor triste á recogerse,
Llevando á la majada su rebaño.

SONETO.

De oliva y verde yedra coronado,
Quando el rayo del sol es mas caliente,
Vueltos los ojos á una clara fuente,
Y al pie de un alto pino recostado;
Sin acuerdo de sí, ni del ganado,
Que de pacer dexaba al son que siente,
Así soltó la voz suavemente
De amores un pastor apasionado:
Las hondas cesarán del mar profundo,
Por altas cumbres subirán los rios,
Sin hoja verde nos vendrá el verano:
Y escuro hará el sol ántes el mundo,
Que, aunque refuerce amor los males mios,
A Silvia dexe de adorar Silvano.

SONETO.

La grave enfermedad que en Silvia via,
Lloraba triste su pastor Silvano,
Quando mirando en la siniestra mano,
Le vió un agudo hierro que tenia,
Casi diciendo: de la furia mia
Guárdese todo corazon humano,
¿Y qué hará con gesto alegre y sano,
La que doliente y tal esto hacia?
Mostró que pues peligro descubierto,
Tan claro desengaña al que le viere,
Huyan todos la muerte conocida:
Porque el daño mayor está encubierto,
Que el triste que á quererla se atreviere,
Harto mas aventura que la vida.

SILVANO A SILVIA.

A Silvia la cruel salud envia
Silvano el triste, de quien él la espera,
Que habella de otra parte desconfia:
Yo quisiera hacerte, si pudiera,
Esta mi carta alegre ó ménos triste,
Mas salióme por fuerza verdadera.
En ella te verás qual siempre fuiste,
Soberbia vencedora de un vencido,
Que no se defendió ni te resiste.
Y á mí me verás tal y tan perdido,
Como tú mesma desear podrias,

Que es quanto puede ser encarecido.
Verás aquellos tan sabrosos dias,
Que con tu voluntad gocé de verte,
Vueltos en ansias y en congojas mias.
Temo contar mi dolorosa suerte,
Que sé que á cada paso deste cuento
He de topar mil veces con mi muerte.
Y aunque palabra para sentimiento
De tan crecidos males no hay ninguna,
Lo que puedo diré de lo que siento.
Bien sé que el triste canto te importuna,
Porque ya con mi suerte le ha mudado
De alegre en doloroso mi fortuna.
El doloroso verso enamorado,
Que un tiempo tus oidos deleitaba,
En triste y enojoso se ha trocado.
Entónces que mi vista te gozaba,
Con que tú me mirases, ó mirarte,
Toda amorosa queja se templaba.
Pero ya con el vano imaginarte,
De que sustentaré mi triste vida
Buscándote mis ojos sin hallarte.
Nunca sentí tal pena, que medida
Con la gloria de verte, no la viese
Menor mil veces, aunque muy crecida.
Ni tormento sufrí que amor me diese,
Que pensando en el bien de tu presencia,
Aunque fuese mortal yo le temiese.
Mas, ó dura, cruel, grave sentencia
De amor, y mi fortuna que han querido,
Que sufra un cuerpo de su alma ausencia.

Quánto mas sano, y quan mejor partido
  Me fuera el acabar que tú lo vieras,
  Mas porque fuera lo mejor no ha sido.
Entónces á lo ménos me creyeras,
  Ni hubieras visto lo que me decias,
  Que nunca fué mi mal pena de veras;
Y que eran de obstinado mis porfias,
  Y que por mi placer te importunaba,
  Buscando de enojarte nuevas vias.
Si penaba de veras ó burlaba,
  Puedeslo ver en lo que paso ahora,
  Que el fin por el principio se mostraba.
Si padecer un mal que no mejora,
  Ni espera mejorar de ningun arte,
  Ni siente de descanso sola una hora;
Si en ausencia quererte y contemplarte,
  Si tener en el alma tu figura,
  Y solo al corazon dar della parte;
Si en tan grave pasion y desventura
  Sumarse mi remedio y mi consuelo,
  En ver ó imaginar tu hermosura;
Y para mayor daño y desconsuelo,
  Tener amor en mí la entrada cierta
  Al dolor miserable del recelo.
Si haber cerrado á todo bien la puerta,
  Y abrirla á todo mal de la manera,
  Que amor por acabarme lo concierta,
No son de mi congoja lastimera,
  Para poderla ver, ciertas señales,
  Quales serán de pena verdadera.
Pero las mias, aunque son mortales,

Bien sé que no podrán satisfacerte,
Porque á tu voluntad no son iguales.
Así jamas espero de tenerte,
Por males que padezca, satisfecha,
Aunque morir me vieres por quererte:
Mas esta via he de seguir derecha,
Por no faltarme á mí de lo que debo,
Que contigo bien sé que no aprovecha.
Por presupuesto ya en mis males llevo,
Que en mí el padecer no es cosa nueva;
Ni en tí él no conocerlo es caso nuevo.
No tengo para que hacer mas prueba,
Que ya tu voluntad está probada,
Pues por ella tanto mal se aprueba.
De mi vida presente y la pasada,
Quedará para tí sabrosa historia,
Del alma por mi mano trasladada.
De mis penas tendrás dulce memoria,
Y en la diversidad de cada una
Diversamente te verás en gloria.
Holgarás con amor y con fortuna,
Que con tu voluntad se han concertado,
Y en todos tres la voluntad es una.
Verás los dos para lo que han bastado,
Verás tambien á lo que tú bastaste,
Que pudiste acabar lo comenzado.
Verás cumplido quanto procuraste,
Y mas se cumplirá si mas procuras,
Que en mí no tiene tu querer contraste.
Disparates los llamas y locuras,
Mas, ó quan diferente es el juicio

De que se halla envuelto en desventuras.
Tú en lastimarme seguirás tu oficio,
Yo en padecer seguiré siempre el mio,
Que efectos son los dos de tu servicio.
Y si mis quejas á escribir porfio,
No es ya porque yo espere de ablandarte,
Que esperallo sería un desvarío.
Ni porque piense que la menor parte,
Del mal que hasta ahora he padecido,
Pueda mi baxo estilo declararte.
Que en uno será siempre lo que ha sido,
Y en otro yo sé bien si faltaria
El más delgado estilo y mas subido.
Mas movióme á escribirte el ansia mia,
Ver que descanso en cosa no hallaba,
Probéle á buscar por esta via.
Hame salido lo que yo esperaba,
Que en tales esperanzas no me engaño,
Aunque del mal forzado lo probaba.
Mas aunque su dolor grave y extraño
Sojuzga ya del todo el sufrimiento,
Pido que crezca en mí, si puede, el daño,
Pues con él crece tu contentamiento.

SONETO.

Estas palabras de su Silvia cruda
Puso Silvano en esta haya umbrosa:
Silvia, dó vemos de cruel y hermosa
Tales extremos que el mayor se duda,
Conociendo mi mal, y que su ayuda

Es sola en mi remedio poderosa,
Mírame, y de cruel en piadosa
Muestra querer mudarse, y no se muda:
Con tales muestras me sostiene en vida,
Hasta que muerte, ó mas dichoso hado,
Me aparten del Tesin, y su ribera;
Y si esto puede una piedad fingida,
Considera, pastor enamorado,
Lo que podria hacer la verdadera.

SONETO

RESPONDIENDO A OTRO.

En leyendo, Señor, vuestro Soneto,
Acabé de saber lo que creía,
Y afirmé la opinion en que os tenia
De honrado, virtuoso, y de discreto:
Mas he hallado en él solo un defeto,
Que no es por falta vuestra sino mia,
Y es que á un alto decir se requeria
Igual con las palabras el sugeto:
Mas tanto mas ingenio en vos se muestra
Quanto cosa mas baxa habeis alzado
Con estilo delgado y eloqüente;
Y yo á la voluntad y virtud vuestra
Quedo de corazon tan obligado,
Quanto debo quedarlo justamente.

SONETO.

Cierto escogí bien peligrosa via,
  Quando primero en vos los ojos puse,
  Pues á pasar tal vida me dispuse,
  Qual vos, Señora, veis que ahora es la mia:
Para mas no vivir viví aquel dia,
  Y porque al veros todo bien pospuse,
  Ni sé á quien acusar, ni á quien excuse,
  Ni hallo parte en mí del que solia:
Mas tomar tanto gusto en muerte agena,
  Contra tanta humildad, tal aspereza,
  Y obras á muerte tan enderezadas,
Sin dar jamas alivio á tanta pena,
  Ved vuestras manos que de tal fiereza,
  Por fuerza se han de ver ensangrentadas.

SONETO.

Por apartarme un tiempo de pasiones,
  Me apartaba de amor quanto podía,
  Conociendo ya dél, que se seguia
  Con ásperas y duras condiciones;
Pero de aquellas mesmas ocasiones,
  Por dó mas á temelle me movia,
  Nacieron como os ví, Señora mia,
  Justas para seguirle mil razones;
Así fuí suyo sin sospecha alguna,
  En quanto me amparó vuestra presencia
  De los males que causa su cuidado:

Mas pesó deste bien á mi fortuna,
  Y al destierro mortal de vuestra ausencia
  Me truxo, donde moriré forzado.

SONETO A LA SOLEDAD.

Pues se conforma nuestra compañía,
  No dexes, soledad, de acompañarme,
  Que al punto que vinieses á faltarme,
  Muy mayor soledad padeceria:
Tú haces ocupar mi fantasía
  Solo en el bien que basta á contentarme,
  Y no es parte sin tí para alegrarme
  Con todo su placer el alegría:
Contigo partiré, sino me dexas,
  Los altos bienes de mi piensamento,
  Que me escapan de manos de la muerte:
Y no te daré parte de mis quejas,
  Ni del cuidado, ni de mi tormento,
  Ni dartela osaré por no perderte.

SONETO.

Cantad, pastores, este alegre dia,
  Porque en las selvas memorable sea;
  Y pues tan altamente aquí se emplea,
  De amor se canten versos á porfia:
Que hoy hinche nuestros campos de alegría
  Con su vista la bella Galatea,
  Hoy huye en parte dó jamas se vea,
  La gran tristeza, que sin ella habia:

Así dixo Damon, y los pastores,
Al son de sus zampoñas, comenzaron
A alabar aquel dia tan venturoso.
Las Ninfas del Tesin, llenas de flores,
Con suave concento acompañaron
El canto pastoral dulce y sabroso.

SONETO.

Viendo Tirsi á Damon por Galatea
En un contino llanto dolorido,
Que con ansia mortal, qual nunca ha sido,
Campos y montes sin parar rodea:
Porque el alto poder de amor se vea
Como levanta un pastoral sentido,
Seis versos en un mármol ha esculpido,
Dó pena y nombre de Damon se lea:
Contra el poder del tiempo, señalado
Quede este nombre, y alto atrevimiento;
Y permanezca aquí despues que muera
Damon, que pastor siendo de ganado,
A poner se atrevió su pensamiento
Donde por premio sola muerte espera.

SONETO

EN COLOQUIO ENTRE FILENO Y TIRSI, PASTORES.

FILENO.

Pastor, ¿es cierto que por Galatea
Vive nuestro Damon apasionado?

TIRSI.

Sí, que vive por ella en tal cuidado,
Que por salir ya dél muerte desea.

FILENO.

¿Pues es posible, dí, que della sea
Su canto y su saber menospreciado?

TIRSI.

Antes pienso que della es estimado;
Mas hay dificultad en que él lo crea.

FILENO.

Dime, ¿el saber, la gracia y hermosura
Desta pastora, es como cuenta della
La fama general en toda parte?

TIRSI.

Deso no me preguntes, que natura
Jamas se satisfizo sino en ella,
Y aquí pasó del pensamiento el arte.

SONETO

AL MARQUES DEL BASTO.

Señor, bien muestra no tener fortuna
  Empresa alguna por dificultosa,
  Pues ha osado emprender tan alta cosa,
  Como á vuestro valor ser importuna;
Que ni pudo hallar hazaña alguna,
  Que acometer pudiese tan famosa,
  Ni ménos á la fuerza poderosa
  De vuestro corazon igual ninguna:
Así todo su intento ha sido vano,
  Y su poder, al mundo tan terrible,
  Ha sido para vos poco y liviano,
Que con saber, con ánimo increible;
  Con gran constancia, y valerosa mano,
  Vencistes la que llaman invencible.

SONETO.

Un novillo feroz y un fuerte toro
  Lidian, delante su becerra amada,
  Y mirábalos Silvia descuidada,
  De gracia, y de beldad rico tesoro:
Quando por la ribera un sacro coro
  De ninfas ví venir, y en su llegada
  Fué dellas mi pastora coronada
  De flores, que eran perlas sobre el oro:
Y como el fuerte vencedor furioso

Dió alegre fin á la obstinada empresa,
Zampoña nô quedó que no tocase,
Diciendo: ¡ó bien nacido, y venturoso
Silvano, si tu llanto, que no cesa,
Con fin tan venturoso se acabase!

SONETO.

Del bien del pensamiento se sustenta
El triste corazon, entre mil males,
Que en mí se tratan como naturales,
Y el alma hace ya la misma cuenta.
El no sufrillos tiene por afrenta,
Y por honra y valor sufrillos tales,
Y págase, sintiendolos mortales,
Con solo consentille que los sienta:
Esto por bien muy grande se le niega,
Y la vida ha tomado por partido
Seguir en padecer su estilo usado;
Que llegando al extremo donde llega,
Lo que con desealło, nunca ha sido,
No puede por razon serle negado.

SONETO.

Un tiempo me sostuvo la esperanza,
Y amor lo consintió, porque sintiese
Quando al estado en que estoy viniese,
Que fué para mayor desconfianza:
En gran fortuna me mostró bonanza,
Y aseguróme porque conociese,

Quando nuevo dolor ménos temiese ,
Que en su seguridad hay mas mudanza:
Pasé con este alivio mi cuidado ,
Hasta que he conocido de hora en hora ,
Que todo fué color para mas daño ;
Y con haberme ya desengañado
Conozco que hay en mí de nuevo agora
Mas aparejo para nuevo engaño.

SONETO.

Sin temer el camino voy contando
Los pasos por dó á muerte voy derecho ;
Y como quien trabaja en su provecho ,
Me voy de paso en paso apresurando :
Vos , Señora , y amor , vais estorbando
Lo que procuro , y por mayor despecho ,
Mostraisme este descanso á poco trecho ,
Y teneisme suspenso dilatando :
Pero si bien tamaño no merece
Como acabar por vos la triste vida ,
Al ménos esforzad el sufrimiento ,
O consentid el remedio que se ofrece ,
O moderad congoja tan crecida ,
O mandad que no sienta el sentimiento.

SONETO.

Viendo su bien tan léjos mi deseo ,
Alejóseme tanto por seguille ,
Que tuve por dificil reducille

Al derecho camino sin rodeo:
Y ahora tal me tiene, que me veo
Sin fuerza con que pueda resistille;
Tan forzado me tiene á consentille,
Que soy el que de mí ménos poseo:
Ninguna novedad hay que me aparte
De tal congoja; ni que yo la crea,
Sino para mayor inconveniente;
Pues siendo yo de mí la menor parte,
Por fuerza hace amor que el todo sea,
Solo para sentir lo que él consiente.

SONETO.

En medio del placer, que el pensamiento
Me causa con mostrarseme presente,
Amor que por ser bien no lo consiente,
Le vuelve por usanza al mal que siente:
Yo al gusto del primer contentamiento
Le esfuerzo para el bien dó me contente;
Mas no me vale, que absolutamente
Amor en solo el mal le tiene atento:
Y aunque amor todo su poder me diese,
No vale contra el vuestro, en siendo mio,
Ni quiero yo que valga aunque pudiese;
Mi bien y mal podeis, de vos lo fio,
Bástame el mal si yo le mereciese,
Que pensar en el bien es desvarío.

SONETO.

Tiempo fué ya que amor no me trataba
Con tamaña aspereza como agora:
Tiempo fué ya que puso en mi Señora
Honesta compasion que no mostraba:
Tiempo fué ya que en parte mejoraba
Todo lo que mis daños empeora;
Tiempo fué ya, del qual una sola hora
Con mil veces morir no se pagaba:
Háseme vuelto escura noche el dia,
Turbóse el tiempo quando mas sereno,
El sol quando mas claro escureció;
Amor tornó á seguir lo que seguia,
Y el bien que tuve, como bien ageno,
De absoluto poder me le quitó.

SONETO.

Ageno fué, pues fué solo un momento,
Y mil años el mal, sin acabarse,
Instable fué, pues vino á comenzarse
De nuevo el mal tras su contentamiento:
Para mas daño fué pues su cimiento,
Tan sin firmeza en mí pudo fundarse;
Grave mal fué mi bien, pues en mostrarse,
Al parecer fué bien, y al ser tormento:
Bien pudieras, amor, con tantos males
Acabarme de un golpe, pues podias
Con uno, y el menor de los que pruebo,

Sin juntar con mis penas siendo tales,
El bien que tuve por tan breves dias,
Para nuevo dolor y caso nuevo.

SONETO.

Tal novedad me causa haber probado
El bien pasado, que en el mal que pruebo,
Lo mucho que me duelo, á lo que debo,
No puede ser con mucho comparado:
Y amor me tiene tan escarmentado,
Que casi á desear bien no me atrevo;
Determino moverme y no me muevo,
Voy vacilando de uno en otro estado:
De todos vengo á conocer que el mio,
Por natural razon, es apartarme
Del derecho camino que me guia;
Pero quando en seguirlo mas me fio,
Hallo que voy por tan contraria via,
Y al cabo escojo por mejor quedarme.

SONETO.

O zelos! mal de cien mil males lleno,
Interior daño, poderoso y fuerte;
Peor mil veces que rabiosa muerte,
Pues bastas á turbar lo mas sereno:
Ponzoñosa serpiente, que en el seno
Te crias, donde vienes á hacerte,
En próspero suceso adversa suerte,
Y en sabroso manjar cruel veneno;

¿De quál valle infernal fuiste salido?
  Quál furia te formó? porque natura
  Nada formó que no sirviese al hombre.
¿En qué constelacion fuiste nacido?
  Porque no solo mata tu figura,
  Pero basta á mas mal solo tu nombre.

SONETO.

Despues, amor, que me privó tu mano
  De aquella vista en que vivia seguro,
  Es vuelto en escabroso estilo y duro
  El mio que ántes era humilde y llano;
Y en tal extremo, que si el mas liviano
  Dolor que siento declarar procuro,
  Voy por áspera peña ó alto muro
  Para haber de llegar al mas cercano:
La lengua al pronunciar está turbada,
  Que en tantas tan dañosas ocasiones
  Cada qual se le ofrece por primera;
Así sale la voz flaca y cansada,
  Y tan confusa de entre mil pasiones,
  Que de ninguna dá razon entera.

SONETO.

Mientras amor con deleytoso engaño
  Daba color á la esperanza mia,
  El seso, lo mejor que él entendia,
  Declarar procuró mi mal extraño:
Pero ya que llegar á ser tamaño

Le vió, y que iba creciendo cada dia,
Dexó la ménos necesaria via
Por mas considerar el propio daño:
Desde allí ya en silencio y noche escura,
Con mil acuerdos de mi bien pasados;
Y del presente mal paso mi vida;
Que en tal extremo está de desventura,
Que si hay firmeza en miserable estado,
Ni puedo ya subir ni dar caida.

MADRIGAL.

En el tiempo, Señora, que encubria
Lo que publíco agora,
No tuve de descanso sola un hora;
Lo que sentia me forzó á quejarme,
Y quedo mas quejoso,
Porque lo que busqué para aliviarme,
Me da ménos reposo;
Y pues todo camino es tan dañoso,
Yo tomo por mejor
Dexarme en vuestra mano, y la de amor.

EPITAFIO

PUESTO EN UN RETRATO DE UNA SEÑORA.

El que ensalzar procura su sentido,
Y de toda baxeza libre verse;
El que mas sin remedio está perdido,
Y cobrarse quisiere con perderse;
Y el que busca al deseo bien cumplido,
Y extremo que no pueda merecerse,
De gracia, de valor y hermosura,
Reposen en mirando esta figura.

La fuerza de amor me lleva
Donde me tuvo forzado,
Contento y apasionado,
Donde la vista renueva
Bien, y mal en mi cuidado.
Ahora voy donde fuí,
Tan poca parte de mí,
Con la que tuvo el deseo,
Que no pienso que me veo,
Quando pienso qual me ví.

Si pensase en mi partida,
Partirme de vos, Señora,
En pensar la despedida,
Sería parte desde ahora
A mas que acabar la vida.
Mas si vivo y no muriere,
Quando de veros partiere,
Será porque es como digo,
Que en el alma ireis comigo,
Donde yo con alma fuere.

SONETO

DE DON ALONSO DE ACUÑA.

De mí agora huyendo, voy buscando
Donde pueda ocupar el pensamiento
Para aliviar en parte mi tormento,
Que el alma y corazon está abrasando:
Yo no hállo remedio sospirando,
Que suele dar alivio al descontento;
Y es tan grave el dolor del mal que siento,
Que no descansa el corazon llorando:
Y así como el que está desafiuzado,
Que le dexan comer de lo que quiere,
Aunque sea contrario á su sugeto:
Quedando con disculpa en este estado,
Tomado he por remedio, si lo fuere,
Dirigiros, Señor, este Soneto.

SONETO

EN RESPUESTA DEL PASADO.

Bien os puedo decir, considerando
Lo que pruebo del mundo, y lo que siento,
Que, siendo los trabajos dél sin cuento,
Se pueden los descansos ir contando:
Mas el fuerte varon no desmayando,
Esfuerza con valor el sufrimiento,
Y al sabio da el saber un nuevo aliento
Con que, puesto que teme, va esperando;

Y, si hay fortuna en el humano estado,
  No es justo que ninguno desespere,
  Pues todo á su mudanza está sujeto;
Mas de remedio estar desconfiado,
  No se sufre, Señor, en el que fuere,
  Qual sabemos que sois fuerte y discreto.

A UN BUEN CABALLERO
Y MAL POETA: LA LIRA DE GARCILASO CONTRAHECHA.

De vuestra torpe lira
  Ofende tanto el són, que en un momento
  Mueve al discreto á ira,
  Y á descontentamiento,
  Y vos solo, Señor, quedais contento.
Yo en ásperas montañas,
  No dudo que tal canto endureciese
  Las fieras alimañas,
  O á risa las moviese,
  Si natura el reir les concediese.
Y quanto habeis cantado
  Es para echar las aves de su nido,
  Y el fiero Marte airado
  Mirandoos se ha reido
  De veros tras Apolo andar perdido.
¡Ay de los capitanes,
  En las sublimes ruedas colocados,
  Aunque sean alemanes,
  Si para ser loados
  Fueren á vuestra musa encomendados!

Mas ¡ ay, Señor , de aquella ,
Cuya beldad de vos fuere cantada!
Que vos dareis con ella,
Dó verse sepultada
Tuviese por mejor que ser loada.
Que vuestra musa sola
Basta á secar del campo la verdura,
Y al lirio y la viola ,
Dó hay tanta hermosura ,
Estragar la color y la frescura.
Triste de aquel cautivo ,
Que á escucharos , Señor , es condenado ,
Que está muriendo vivo
De veros enfadado ,
Y á decir que son buenos es forzado.
Por vos , como solia ,
No reprehende Apolo , ni corrige
La mala poesía ,
Ni ya las plumas rige ,
Pues la vuestra anda suelta , y nos aflige.
Por vuestra cruda mano
Aquella triste traducion furiosa
No tiene hueso sano ,
Y vive sospechosa ,
Que aun vida le dareis mas trabajosa.
Por vos la docta musa
No da favor á nadie con que cante ,
Y mil querellas usa
Con un llanto abundante ,
Mas nunca escarmentais para adelante.
A vos es vuestro amigo

Grave sino os alaba y enojoso,
Y si verdad os digo,
Daisme por envidioso,
Por hombre que no entiende, ó sospechoso.
Si yo poéta fuera,
Viendo la cosa ya rota y perdida,
A Apolo le escribiera,
Pues que de sí se olvida,
Que reforme su casa ó la despida.
Que no ha sido engendrada
La poesía de la dura tierra
Para que sea tratada
Como enemigo en guerra
De quien se muestra amigo y la destierra.
Ella anda temerosa
Con sobrada razon, y tan cobarde,
Que aun quejarse no osa,
Ni halla quien la guarde
De que en vuestro poder no haga alarde.
Y estais os alegrando;
El pecho contra Apolo empedernido,
Y á su pesar cantando,
De que él está sentido,
Y el coro de las musas muy corrido.
Por ley es condenado
Qualquier que ocupa posesion agena,
Y es muy averiguado,
Que con trabajo y pena
El oro no se saca dó no hay vena.
¿Pues qué podrá decirse
De quien de versos llenos de aspereza,

No quiere arrepentirse,
Y para tal dureza
Anda sacando fuerzas de flaqueza?
Señor, unos dexaron
Fama en el mundo por lo que escribieron;
Y de otros se burlaron,
Que en obras que hicieron
Ageno parecer nunca admitieron.
Palabras aplicadas
Podrian ser estas á vuestra escritura,
Pero no señaladas,
Porque es en piedra dura,
Y ya vuestro escribir no tiene cura.
Mas digo finalmente,
Aunque decirlo ya es cosa excusada,
Que no hagais la gente,
De vos maravillada,
Juntando mal la pluma con la espada.
Mueran luego á la hora
Las públicas estancias y secretas,
Y no querais agora,
Que vuestras imperfectas
Obras, y rudo estilo á los poétas
Den inmortal materia
Para cantar en verso lamentable
Las faltas y miseria
De estilo tan culpable,
Digno, que no sin risa dél se hable.

SONETO.

De la alta torre al mar Ero miraba,
  Al mar que siempre mas se embravecia,
  Y esperando á Leandro se temia;
  Mas siempre con temerse le esperaba:
Quando la tempestad ya le acababa
  De su vida la lumbre, y de su guia,
  Y el cuerpo sin el alma á dar venia
  Dó el alma con el cuerpo deseaba:
Esclareciendo en esto, la triste Ero
  Vió muerto á su Leandro en la ribera,
  Del viento y de las hondas arrojado,
Y dexóse venir sobre él diciendo:
  Alma, pues otro bien ya no se espera,
  Este al ménos te será otorgado.

EL VIERNES SANTO AL ALMA.

SONETO.

Alma, pues hoy el que formó la vida,
  Y el que tiene poder sobre la muerte,
  Solo por remediar tu eterna muerte
  Dió el precio inestimable de su vida:
Mira que es justo que en tí tengan vida
  Los méritos y pasos de su muerte;
  Y conoce que es viento, sombra ó muerte,
  Quanto el error del mundo llama vida:
Y así podrás saliendo desta muerte,

Entrar en posesion de aquella vida,
Que no la acabará tiempo ni muerte:
Endereza el camino á mejor vida,
Dexa el siniestro que te lleva á muerte,
Que el derecho es mas llano, y va á la vida.

AL REY NUESTRO SEÑOR

SONETO.

Ya se acerca, Señor, ó es ya llegada
La edad gloriosa en que promete el cielo
Una grey, y un pastor solo en el suelo,
Por suerte á vuestros tiempos reservada:
Ya tan alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo celo,
Y anuncia al mundo para mas consuelo
Un Monarca, un Imperio y una Espada:
Ya el Orbe de la tierra siente en parte,
Y espera en todo vuestra Monarquía
Conquistada por vos en justa guerra,
Que á quien ha dado Christo su estandarte,
Dará el segundo mas dichoso dia
En que vencido el mar, venza la tierra.

SONETO.

Si á decirte verdad soy obligado,
Don Martin, pues sé bien la de tu pecho,
Y estás de mi amistad tan satisfecho,
Quando yo de la tuya confiado:

Te amonesto que dexes el errado
  Camino por dó vas, que á poco trecho,
  Si le sigues verás el mortal lecho,
  Que para el sueño eterno está guardado:
No apacientes tu hato en la ribera
  Del pequeño Sebeto, aunque te sea
  Agradable su agua y campo llano:
Mas huye de su ninfa Galatea, [y fiera,
  Que aunque es hermosa, es cruda, ingrata
  No es Silvia, no, con su pastor Silvano.

SONETO

DE DON MARTIN CORTES.

De mil cosas cansado abro los ojos,
  O Señor Don Hernando, y así veo
  La extraña ceguedad, dó cierto creo
  Se vienen á formar nuestros enojos:
Veo que caminamos sobre abrojos,
  Siguiendo la esperanza y el deseo
  Del fin de una chîmera y devaneo,
  Fundado sobre mil varios antojos:
Vamos mirando léjos tropezando,
  Por no perder de vista nuestro intento,
  Y así los pies llagamos y aun las manos:
No mjramos acerca, que es el quando
  Eternos nos harán pena y tormento,
  Las ruines obras y los pasos vanos.

RESPUESTA.

Pareciendome flores los abrojos,
  Teniendo por atajo un gran rodeo,
  Corrí tras la esperanza y el deseo,
  Dexada la razon por los antojos:
Mas la miseria humana y sus enojos
  Me mostrarán en fin mi devaneo,
  De suerte que no viendo agora veo,
  Que yendo á despeñarme abrí los ojos:
Desde entónces quedé considerando
  De quan débil materia era el cimiento
  Donde fundé mil pensamientos vanos;
Y esfuerza mi flaqueza procurando
  Seguir con obras al entendimiento,
  Mas, Señor Don Martin, somos humanos.

SONETO.

¿En qué puedo esperar contentamiento,
  Si tras todo mi mal, Señora mia,
  Consiente mi fortuna que á porfia
  Me venga ahora á dañar cada elemento?
Mis esperanzas se las lleva el viento,
  El fuego crece donde arder solia,
  Llevóme el agua quanto bien tenia,
  Y la tierra hará el apartamiento:
Vos juntaréis con esto el olvidarme,
  Pues quedar nõ merezco asegurado
  Del contino temor de vuestro olvido;

Y no me quejaré por no aliviarme,
Que no es justo que quede en otro estado
El que vivo quedo y os ha perdido.

MADRIGAL A UNA SEÑORA.

En un contino llanto,
Hasta acabar la vida,
¿Quién no murio de ver vuestra partida?
Y es muy poca señal de mal tan fuerte
Tal pérdida llorada,
Pues con el postrer daño, que es la muerte,
Aun no fuera igualada:
Solo puede igualarle mi quedada,
Pues siendo vos partida,
Quedé yo sin el alma y sin la vida.

DAMON.

Lavinio, al comenzar de mi cuidado,
Ví que á mi perdicion iba derecho;
Pero juzgué tal daño por provecho,
Y así lo hubieras tú tambien juzgado:
Por dó el amonestarme es excusado,
Que aunque me pone ausencia en gran estrecho,
Lo que piensas que sufro á mi despecho,
Contento lo padezco y de mi grado:
Que si amor deste mal quiere que muera,
No me podrá quitar que esto no sea
Remedio de mis males, y el mas sano;

Porque tras haber visto á Galatea,
  Que bien podrá igualarse al que perdiera
  En no padecer muerte de su mano.

SONETO.

Puede en amor la discrecion obrarse,
  Quando se siente amor tibio ó ligero,
  Que no teme peligro el verdadero,
  Ni puede con razones desviarse.
Es allegarse mas el apartarse,
  Y el duro corazon mas fuerte y fiero
  Viene á encenderse mas que de primero
  Con lo què mas espera remediarse:
Por donde en este mal tan congojoso
  Sufrir es el mas sano regimiento,
  Pues otro que aproveche no se halla;
Y el que en buscar remedio es presuroso,
  Sé que vendrá á sentir lo que yo siento,
  Que la salud mas cierta es no buscalla.

SONETO.

Dixo el docto Petrarca sabiamente:
  Pobre y desnuda vas filosofia,
  Lamentando su tiempo en que antevia
  Las faltas y miserias del presente:
Dó el vicio reyna ya tan sueltamente,
  Que valen poco y ménos cada dia
  La bondad, el saber, la valentía
  Del mejor, ó mas sabio, ó mas valiente:

Mas quanto el mal está mas encumbrado,
  Y el mundo aprueba mas lo que debiera
  Tenerse por infamia y maleficio,
Tanto merece ser mas estimado
  El virtuoso obrar, pues ya no espera
  La virtud premio, ni castigo el vicio.

DAMON,

AUSENTE DE GALATEA.

Si Apolo tanta gracia
  En mi rústica cítara pusiese
  Como en la del de Tracia,
  Y quando se moviese
  Desde el un Polo al otro el són se oyese:
Y á los desiertos frios
  Pudiese dar calor, y refrenase
  El curso de los rios,
  Las piedras levantase,
  Y tras el dulce canto las llevase,

Jamas le ocuparia
  En claros hechos de la antigua historia;
  Mas solo cantaria,
  Para inmortal memoria,
  El tiempo de mi pena y de mi gloria.
La gloria que he perdido,
  Hermosa Galatea, y el reposo,
  Quando por ser vencido
  De extremo tan hermoso,
  Llamado fuí el pastor mas venturoso.

Y quando se alegraban
Del Tesin, y del Pó las dos riberas
Con verte, y se inclinaban
Los montes y las fieras
A tu vista, á tu gracia y tus maneras:
Y quando se cubrian
Los prados ante tí de tiernás flores,
Y en árboles se oian
Cantar mil ruiseñores
Respondiendo en el canto á los pastores.

Dó tú los escuchabas,
Y por el campo con tu hermosura
Pasando renovabas
Al llano la verdura,
Y á la fresca ribera su frescura:
Allí de la torpeza
De mi tan rudo verso, y tan sin arte,
Juzgabas la pureza
De aquel sincéro Marte,
Digno de ser contigo alguna parte.

Mas razon, ni ventura
No iguala al menor bien de Galatea,
Dó el cielo y la natura
Permiten que se vea
Junto lo que por partes se desea.
Solo me fuese dado
No verme sin la luz de aquellos ojos,
Que de mi libre estado,
Alegre, y sin enojos,
Hubieron la victoria y los despojos.

O no pudiendo vellos,
Su resplandor llegase al alma mia,
Pues qualquier rayo dellos
La noche esclarecia
Escureciendo el sol de medio dia.
Entónces yo gustaba
De ver en sujecion mi libre suerte,
Que en tu vista hallaba,
Solo en mirarme ó verte,
Descanso en el dolor, vida en la muerte.

Mas ora no te viendo
Vivo sin esperar jamas mudanza,
En mi vivir muriendo,
Porque de tí esperanza,
Como no se merece no se alcanza.
Ya tuvo en tu presencia
Alivio mi pasion de mil consuelos,
Mas en la triste ausencia,
Son solos los recelos,
Congojas sin remedio y desconsuelos.

Pasó la gloria mia,
Que se deshizo como niebla al viento,
Huyóme el bien que via,
Que era contentamiento
Para esforzar el alma en su tormento.
Pasaron mis amores,
Que el amor no podrá jamas pasarse,
Quedáronme dolores,
Que puedan renovarse,
Y primero acabarme que acabarse.

Mi bien es ya pasado,
  El mal espera por llevar la vida,
  Y harto la ha esperado
  Desde la despedida
  Dolorosa y cruel de mi partida.
Así, pastora, el canto
  Que un tiempo tus oidos deleitaba,
  Quando en mis versos tanto
  Tu nombre resonaba,
  Que el monte, llano y selva te llamaba.

El llanto doloroso
  Le mudaron el tiempo y mi fortuna
  Con vuelo presuroso,
  Llevando de una en una
  Mis esperanzas sin dexar ninguna.
Mudóse en triste invierno
  Aquella alegre y dulce primavera,
  Por donde al llanto eterno
  De mi voz lastimera
  Resonó ya del Istro la ribera.

Y Skelt mi canto oyendo,
  Ora en la baxa parte de Alemaña,
  Con ímpetu corriendo,
  Por selvas y campaña,
  Al mar lleva la voz triste y extraña.
Con ella va la pena
  Que siento, Galatea, en no mirarte;
  Y como amor lo ordena
  Van juntas á hallarte,
  Tú juzga su verdad, pues falta el arte.

ESTANCIAS.

Tan alto es el favor, y el bien que siento
En verme qual estoy tan bien perdido,
Que nadie sufrió pena tan contento
De quantos por amor han padecido:
Y de tener ocioso el pensamiento
El tiempo que lo estuvo estoy corrido,
Porque debiera estar, Señora mia,
En vos sola ocupado noche y dia.

En vos debiera siempre de ocuparse,
Como en mas digna y excelente parte,
Dó vemos quanto puede desearse,
Y quanto bien el cielo acá reparte:
Y vemos obra que para formarse
Convino por razon que fuese el arte
Igual al pensamiento, y la natura
Al mundo lo mostró en vuestra figura.

Temor tengo, Señora, de alabaros,
Y nace del que tengo de ofenderos;
Mas el que viendoos no sabia estimaros,
Tampoco mereció, ni supo veros:
Y al entendido bastará miraros,
Para poder en parte conoceros;
En parte de aquel todo que nos muestra
El ser la hermosura gracia vuestra.

Tampoco en estos versos escribiros
Pensé, ni presumí lo que padezco,
Porque aun lo ménos no sabria deciros,
Y sé que me direis que lo encarezco:
Mas de mi voluntad para serviros,
Si es poco lo que muestro y lo que ofrezco,
Tomad lo que en el alma está mas cierto,
Y para vos es claro y descubierto.

Y claro está tambien, si considero
Vuestro valor y partes de una en una,
Hallar que si por vos mil veces muero,
No puedo merecer merced ninguna;
Pero por no esperar, como no espero,
Bien por mano de amor, ni de fortuna,
Escojo ántes por vos desconfianza,
Que por otra que vos cierta esperanza.

Y no podrá el vivir desconfiado,
Ni el tiempo de quereros apartarme,
Ni de seguir intento tan honrado
Bastará la esperanza á desviarme:
El mal que ha de venir, casi es pasado,
Pues tan apercebido ha de hallarme,
Y en tal firmeza esperará mi suerte
Al tiempo, á la ventura, ó á la muerte.

SONETO.

Como vemos que un rio mansamente,
Por dó no halla estorbo, sin sonido
Sigue su natural curso seguido,
Tal que aun apénas murmurar se siente;
Pero si topa algun inconveniente,
Rompe con fuerza y pasa con ruido,
Tanto que de muy léjos es sentido
El alto y gran rumor de la corriente:
Por sosegado curso semejante
Fueron un tiempo mis alegres dias,
Sin que queja ó pasion de mí se oyese;
Mas como se me puso amor delante,
La gran corriente de las ansias mias
Fué fuerza que en el mundo se sintiese.

OTRO.

Jamas pudo quitarme el fiero Marte,
Por mas que en su exercicio me ha ocupado,
Que en medio de su furia no haya dado
A Apolo de mi tiempo alguna parte:
Pero quiero, Lavinio, ahora avisarte,
Que ya me tiene ausencia en un estado,
Dó casi yerran el discurso usado
Mi estilo, mi razon, mi ingenio y arte:
Lo que en mí fué cantar silencio sea,
Y canten los que esperan de su canto
Que el amor baste á mejorar su suerte;

A mí me quede solo el triste llanto,
  Pues muero no mirando á Galatea,
  Y el podella mirar tambien es muerte.

ICARO.

Con Icaro de Creta se escapaba
  Dédalo, y ya las alas extendia,
  Y al hijo que volando le seguia
  Con amor paternal amonestaba:
Que si el vuelo mas alto levantaba,
  La cera con el sol se desharía,
  Y en el mismo peligro le pondria
  El agua, y suba por si mas baxaba:
Mas el soberbio mozo, y poco experto,
  Enderezóse luego al alto cielo,
  Y ablandada la cera en el altura,
Perdió las alas, y en el ayre muerto,
  Recibiendole el mar del alto vuelo,
  Por el nombre le dió la sepultura.

FAETON.

Con tal instancia siempre demandaba
  El gobierno del sol por solo un dia,
  Que aunque no convenirle conocia,
  Febo al hijo Faeton se lo otorgaba:
Ya el carro y los caballos le entregaba,
  Con que la luz al mundo repartía,
  Poniendole delante el mal que habria,
  Si en el camino, ó en el gobierno erraba:

Mas él de la Oriental casa salido,
  Fué el orbe y emisferio traspasando,
  Con furia y con desórden tan extraña,
Que el carro, los caballos y él perdido,
  Sobre el Lombardo Pó cayó abrasando
  Riberas, agua, montes y campaña.

SONETO.

En su fiera grandeza confiando,
  Los ánimos tan alto levantaban,
  Los gigantes de Flegra, que esperaban
  De vencer á los Dioses guerreando:
Y contra el alto cielo no dudando,
  Las belicosas máquinas alzaban,
  Y á comenzar el hecho ya se estaban
  Con superbo furor aparejando:
Quando Júpiter esto conociendo,
  Luego quiso que fuesen castigados
  Del bestial movimiento de su guerra;
Y con rayos el ayre escureciendo,
  Despues de todos ser despedazados,
  Con ellos abrasó toda la tierra.

SONETO.

Amor, pues me guiaste á vela y remo
  Por el dichoso mar de la esperanza,
  ¿Cómo permites que de tal bonanza
  Se levante fortuna en tal extremo?
Si el grado en mi esperar fuera supremo,

Pudierasle baxar con tal mudanza;
Mas dime ¿en qué fundaste tu venganza,
Si tanto no esperé, quanto ahora temo?
Responderseme puede de tu parte,
Que todo lo que digo y lo que siento,
Es tratar de razon, dó no hay ninguna;
Mas quiero en pago desto asegurarte,
Que nunca mudarán mi pensamiento
Tu bonanza jamas, ni tu fortuna.

VENUS QUÆRENS FILIUM.

No ponga á los mortales mi venida
Admiracion ninguna, ni recelo;
La Diosa soy que fuí en la mar nacida,
Y que gobierno y mando el tercer cielo:
De puro maternal amor movida,
Busco mi hijo con incierto vuelo;
El que supiere dél luego lo diga,
Si amando quiere á Venus por amiga.

En caza de una fiera le he perdido,
Que otras veces así suele perderse,
Y no sé como dél yo no he sabido,
Que dó quiera que esté debria saberse;
Pues si quiero pensar que esté escondido,
Con gran dificultad puede esconderse;
Que quando mas se esconde y mas se encu-
El rastro que ha dexado le descubre. [bre,

El que dél me mostrare una pisada,
O de su vuelo la dudosa via,
Por ello me tendrá tan obligada,
Que no le faltará la gracia mia;
Mas porque dél es cosa acostumbrada,
Para desconocerse cada un dia,
Mudar de forma, de hábito y razones,
Sus señas os diré y sus condiciones.

Niño hermoso, y el color de fuego,
Tal, que su rostro es una llama ardiente,
Dulce en la habla, y de muy gran sosiego,
Mas siempre variable y diferente:
Juega bien como niño, mas el juego
Convierte en dolor grave fácilmente;
En fiestas le vereis, pero sus danzas
Son siempre baxa y alta de esperanzas.

Veréisle con los ojos atapados,
Mas desto no os fieis, antes sed ciertos,
Que quando los tuviere mas cerrados,
No verán tanto los de lince abiertos:
Desde el desierto mira en los poblados,
Y del poblado alcanza á los desiertos;
Y pasa sin hallar quien le resista
A lo oculto del alma con la vista.

Desnudo va sin vestidura alguna,
Que solo el pensamiento trae cubierto;
De sus saetas basta á matar una,
Que no sale del arco tiro incierto:

La tierra, el cielo y la infernal laguna,
Todo para sus tiros está abierto;
A Júpiter hirió, y á mí apasiona,
Y es tal que aun á sí mismo no perdona.

Del hombro lo vereis colgar la aljaba,
Dó la mas débil flecha es de tal punta,
Que fuertes armas y defensa brava
Pasa de claro en claro, y no despunta:
No lleva yerba, mas sin ella traba
Del triste corazon que es donde apunta;
Y á él estas heridas y este fuego
Son burla, pasatiempo, risa y juego.

Una hacha encendida trae en la mano,
Que sobre todas su gran llama extiende,
Y como nunca tira el arco en vano,
Así con esta el mismo yelo enciende:
Lo que está mas seguro, y lo mas sano,
Es donde mas lastíma, y mas ofende;
¿Si en el cielo á los dioses hace guerra,
Qué cosa habrá segura acá en la tierra?

Febo que al mundo da luz y alegría,
De resplandor y rayos rodeado,
Al ardor deste niño y su porfia
Jamas hizo contraste, ni fué osado:
Antes errar se vió la usada via
De sus dulces engaños transportados;
Y al cabo vino á estar tan encendido,
Que el carro puso, y aun á sí, en olvido.

Trataros ha al principio blandamente,
  Que con esto asegura al recatado,
  Mostrándose no amor sino accidente,
  Que ni basta á dar pena ni cuidado:
  Y en descuidandoos absolutamente
  El alma y corazon os ha ocupado;
  Y entónces viene claro á conocerse
  Quanto en el comenzar debia temerse.

El llanto, la tristeza, y mal ageno,
  Es lo que le da gusto y le sustenta;
  Jamas concederá rato sereno
  Sin que le sigan años de tormenta:
  Pensaréis huir dél quando en el seno
  Lo mas cerca del alma se aposenta;
  Y no se partirá desta morada
  Sin ver la razon muerta y sepultada.

Ora corre, ora vuela, en un momento
  Suele dar voces, y quedarse mudo;
  Y haciendo las promesas ciento á ciento,
  Hallaréisle en efecto escaso y crudo:
  Quando se enoja, solo el sufrimiento
  Le puede resistir mas que el escudo;
  Que es la mayor salud no contrastalle,
  Y el remedio mas cierto es no buscalle.

En su trato vereis muy gran soltura,
  Y mucha cortedad por otra parte;
  Es áspero, y tras esto, su blandura
  Ablanda el hierro, y el furor de Marte.

No mas del alto, que del baxo cura,
Y el esfuerzo, valor, ingenio y arte,
Se los vereis poner con la baxeza
Iguales al temor y á la simpleza.

Muévese con extraña ligereza,
Y á veces con muy grave pesadumbre;
Acàba de espantaros con fiereza,
Y vuelveos á alhagar con mansedumbre.
A la estabilidad, y á la firmeza
Es contraria su ley y su costumbre;
Sus condiciones buenas y sus malas
Son mas que los colores de sus alas.

De lo que os dice, y que tendreis por cierto,
Lo que hace vereis, que es al contrario;
Escogerá pudiendo tomar puerto
La fortuna y peligro voluntario:
El remedio os tendrá mas encubierto,
Quando verá que os es mas necesario;
O vendráoslo à poner casi en la mano,
Dó por habelle trabajeis en vano.

SONETO.

Mil veces de tu mano me he escapado,
Y al punto de la muerte y fin venido,
Y tantas he tornado y te he seguido,
Amor, y nunca quedo escarmentado:
Mil veces he propuesto y he jurado
De no seguir tu bando y tu partido,

Viendome en tu poder triste y perdido,
Y tantas mi palabra y fe he quebrado:
Ahora en este trance y mal que siento,
Causado de tus manos crudamente,
Bien justo era cumplir el juramento;
Mas, triste, ¿qué haré que no consiente
La dura suerte, el áspero tormento,
Que el siervo del Señor se halle ausente?

EPIGRAMA

A LA MUERTE DEL EMPERADOR CARLOS QUINTO.

LA FAMA.

Yo que soy la que levanto
De la sepultura al hombre,
Y con mi voz puedo tanto,
Que hago inmortal el nombre
De los famosos que canto.
Con mil lenguas y clamores
Cantaré de los mayores
El mas famoso y mayor,
Y el monarca, Emperador
De Reyes, y Emperadores.
De quien los mas poderosos
Su poder reconocieron,
Y su nombre los famosos;
Y al que humillado rindieron
Sus armas los belicosos.
Y en cuyo valor se encierra

Quanto en la paz y en la guerra
Merece que mas se alabe
Lo que en mil lenguas no cabe,
Ni en el orbe de la tierra.
Dó justicia y fortaleza,
Y con ellas temperancia,
Con muy constante firmeza,
Vivieron en propia estancia
Unidas con su grandeza.
Y él fué en ellas tan entero,
Y amador tan verdadero,
Que en todas tres en el mundo
A ninguno fué segundo,
Y á los mayores primero.
Así se ha de anteponer
A pasados y presentes,
Pues extendió su poder,
Dó no conocidas gentes
Le vienen á conocer.
Y dó en viendo las primeras
De sus invictas banderas,
Se le dan por mil razones
Las mas bárbaras naciones,
Reynos y provincias fieras.
Triunfó de la esclarecida
Provincia que fué Señora;
Temiólo la mas temida,
Y la antigua vencedora
Fué de sus armas vencida:
Y por ellas en un dia
Vió acabada la porfia,

La conquista sin ganancia,
De todo el poder de Francia,
Y á su Rey preso en Pavía.
Puso como defensor
Del santo nombre christiano,
A su enemigo mayor
Con armada y fuerte mano
Duro freno de temor.
Tal que quando acometía
La christiandad, y venia
Con poder innumerable,
Huyó con daño notable,
Quedando segura Ungría,
Por él fueron conquistados
Para ser restituidos
Grandes reynos, y amparados,
Los reynos desposeidos,
Y en su posesion tornados.
Que la virtud mas loable,
Y el hecho mas memorable
De un poderoso, es el ser
Escudo con su poder,
Y amparo del miserable.
Los tiranos rebelados
De la fe y dél en su tierra,
Con gran liga conjurados,
Fueron dél en justa guerra
Presos y desbaratados.
Y por él en conclusion
La christiana Religion
Perseguida y trabajada,

Fué en sus tiempos amparada
De toda persecucion.
Por dó fué merecedor
Que Dios le quisiese dar
De sí tan gran sucesor,
Que le pudiese llamar
Traslado de su valor.
A quien el cielo concede,
Que con sus reynos herede
Su misma felicidad,
La qual de edad en edad
A sus sucesores quede.
Y al fin hubo otra victoria,
Que la mas clara escurece,
Y es digna de tal memoria,
Que por sí sola merece
Divina, no humana historia;
Pues fué solo él vencedor
De su grandeza y valor,
Quando del humano estado,
Despreciando el sumo grado,
Ganó el imperio mayor.

ALGUNOS CANTOS

QUE COMENZÓ A TRADUCIR EL AUTOR DE LA OBRA DEL BOYARDO.

DE ORLANDO ENAMORADO.

CANTO PRIMERO.

No los atrevimientos levantados
De Icaro y Faeton, que al fin cayeron;
Ni los fieros gigantes abrasados
Por lo que contra el cielo acometieron:
Ni casos semejantes ya cantados,
Que viven en historias y no fueron;
Mas las armas, amor, y el varon canto,
Que fué del mundo admiracion y espanto.

Y los que viva imagen van buscando
De amor y su poder en pena y gloria,
Los que van inquiriendo y procurando
Hazañas dignas de inmortal memoria,
Mírenlo junto en el famoso Orlando,
Que dél mueve mi canto dulce historia;
De su amor, de su esfuerzo, y fuerza brava,
Al tiempo que el Rey Cárlos imperaba.

Caso parecerá maravilloso
Contar que fuese Orlando enamorado;
Pero en el corazon mas orgulloso
Imprime amor su sello y su cuidado:
Y si alguno vereis tan animoso,

Que á contrastar con él haya probado,
Fué siempre para dar mayor caida
En llanto doloroso y triste vida.

Esto el mesmo Turpin, como prudente,
Gran tiempo procuró que se callase,
Pareciendole cosa conveniente
Que por el mundo no se publicase:
Que al varon mas severo y mas valiente
El amor le venciese y sojuzgase;
Digo del valeroso Conde Orlando,
Cuyo esfuerzo y amores voy cantando.

Turpin, historiador muy verdadero
En Oriente, escribe que reynaba, [mero,
De allá de la India, un Rey que era el pri-
Dó ninguno en poder se le igualaba:
Y de persona tan gallardo y fiero,
Que la tierra y el cielo despreciaba;
Gradaso se llamaba el Rey pujante,
Que tiene fuerza y miembros de gigante.

Y como los que son grandes Señores
Ponen siempre el deseo en lo imposible;
Y quando los contrastes son mayores,
Y la empresa mayor y mas terrible,
Ponen persona y reyno en mil errores
Por ver su intento fácil y posible;
Así el pagano mozo y tan gallardo
Muere por Durindana y por Bayardo.

De todos los dominios de su tierra
  Juntó la gente en armas mas usada,
  Que sin mirar si acierta ó si lo yerra,
  Quiere hacer en Francia la jornada;
  No esperando jamas, sino por guerra
  Haber el buen caballo ni la espada;
  Que cada cosa destas venderia
  Muy cara el mercader que la ténia.

Mas de ciento y cincuenta mil guerreros
  Entre toda su gente habia escogido,
  Y los mas conocidos los primeros
  Hasta que fuese el número cumplido:
  Llamó gigantes y otros caballeros,
  No por ser ayudado ó socorrido,
  Que el ánimo feroz le da arrogancia
  De vencer solo à Cárlo y toda Francia.

Déxole aquí, que por el mar indiano
  Ha de ir, y sonará bien su llegada,
  Y volvamos en Francia á Carlo Magno,
  Que gran gente tambien tiene ayuntada:
  Dó todo Rey y Príncipe christiano
  Viene con voluntad aparejada
  A una gran justa que ordenado habia
  Para Pasqua de Flores que venia.

Ninguno falta de los Paladines,
  Porque fuese la fiesta mas cumplida,
  Y de fuera de Francia y sus confines
  Vino gente á Paris nunca venida:

Y muchos moros con honrados fines
De ver su nombre y fama mas crecida;
Que alli todo hombre vino asegurado,
Si no fuese traidor ó renegado.

Así vino de España mucha gente,
Reyes, señores y otros caballeros,
El Rey Grandonio, rostro de serpiente,
Y Ferraguto de los ojos fieros:
Rey Balugante, de Cárlos pariente,
Serpentin, é Isolier los compañeros;
Sin estos otros muchos estimados,
Que en la justa despues serán nombrados.

Toda Paris resuena de instrumentos,
De clarines, trompetas y atabales;
Bordaduras se vian y paramentos,
Que no se han visto de riqueza iguales:
Mil invenciones, mil preparamentos,
Nuevas cimeras y sobreseñales;
Que cada qual procura mejorarse
Por contentar á Cárlo, y por honrarse.

Ya el deseado dia se acercaba,
Que fué para la justa señalado,
Quando el Rey Cárlos á todos convidaba
Quantos á la gran fiesta se han juntado:
Señor, ni caballero no quedaba,
Que á sus mesas no fuese convidado,
Dó llegaron á ser los asentados
Tantos, que no pudieron ser contados.

En hábito real alegremente,
Entre los Pares Cárlo se asentaba;
Mandó poner los moros á su frente,
Que con mucho cuidado los honraba:
Ellos, segun su usanza, comunmente
Sobre una alhombra cada qual se echaba,
De los asientos y los puntos vanos,
Burlándose entre sí de los christianos.

A diestra y á siniestra así ordenadas
Fueron sillas y mesas por razon,
Primero las cabezas coronadas,
Un Ingles, un Lombardo, y un Breton:
Esto por preeminencias señaladas
De Oton, y Desiderio y Salomon;
Tras ellos los demas de mano en mano,
Segun el que era, cada Rey christiano.

Segundamente Duques y Marqueses,
Luego los Condes y los caballeros;
Gran honra se hizo allí á los Maganceses,
Y mas al Conde Gano de Pontieros:
Reynaldo, que conoce sus reveses,
Vió en ellos que en estar de los primeros,
Y el mas atras, no rico, ni bordado,
Entre sí los traidores se han burlado.

Y por verse ante reyes y señores,
Disimuló mostrando alegre gesto;
Mas hablando entre sí decia: traidores,
No os ireis á alabar, si puedo, desto:

Los ruines se verán y los mejores
En la gran justa por sus obras presto;
Y el que tiene valor para la guerra,
O el que pierde la silla y queda en tierra.

Mas Balugante el Rey que le miraba,
Y fué el que desto se advirtió primero;
Y aunque Reynaldo bien disimulaba,
Casi alcanzó su pensamiento entero:
Mandóle preguntar si allí se honraba
Por hacienda ó virtud el caballero,
Que esto queria saber, porque supiese
Honrar á cada qual como debiese.

Reynaldo respondió: lo que aquí usamos,
Pues saber nuestra usanza el Rey desea,
Es honrar á la mesa, como honramos,
A qualquier hombre por muy vil que sea:
Pero que fuera desto bien mostramos
Diferencia dó cumple que se vea,
Y que donde el valor ha de mostrarse,
No suele el hombre baxo adelantarse.

Mientras el truxaman con este trato
De la una á la otra parte entre ellos anda,
Entró con un grandisimo aparato
Y músicas diversas la vianda:
Desde su mesa Cárlo y de su plato
Miraba y enviaba á cada banda,
Hasta aquel que mas léjos dél se asienta,
Por mostrar que con todos tiene cuenta.

Pues en este placer y esta alegría
  Estaba Cárlo, como agora cuento,
  Y mirando tan alta compañía
  Hizo en esta opinion su fundamento:
  Que así de todo el Paganismo haria
  Como de seca arena un fuerte viento;
  Mas la aventura que llegó entretanto
  Les puso admiracion aunque no espanto.

Que por la puerta de la sala bella
  Quatro gigantes, cada qual muy fiero,
  Entraron, y tras esto una doncella
  Seguida de tan solo un caballero:
  En contar la beldad y gracia della
  No doy principio porque el fin no espero;
  Mas digo que el que allí vió su figura
  El último poder vió de natura.

Estaba en la gran sala Galerana,
  Y Alda con ella, su muger de Orlando,
  Clarice bella, y Armelina humana,
  Y otras mil damas, por quien voy pasando,
  De virtud y belleza soberana;
  Y eranlo cierto de belleza, quando
  No habia llegado el sol, que hizo dellas
  Lo que él suele hacer de las estrellas.

Todo varon y príncipe christiano
  Se vuelven á mirar á aquella parte,
  Y en pie se levantó todo pagano,
  Que maravilla en todos se reparte:

Quien puede se le allega mas cercano,
Quando ella con un ayre y con un arte,
Que un corazon de piedra enterneciera,
Habló al Emperador desta manera.

Tus virtudes, Señor, esclarecidas,
Y las hazañas de tus paladines,
Las unas y las otras ya sabidas,
Por quanto el mar abraza y sus confines,
Me ponen confianza, que venidas
Sus fatigas verán á buenos fines
Los que á tí vienen de la fin del mundo,
Que eres dél el primero, y sin segundo.

Y por hacerte en breve manifiesta,
Ante tus caballeros, la ocasion
Que aquí nos truxo á ver tu real fiesta,
Sabrás que este es Uberto de Leon:
De gran valor y sangre, y siendo desta,
Fué echado de su reyno sin razon;
Yo que con él fuí justamente echada,
Su hermana soy Angélica nombrada.

Sobre la Tana docientas jornadas,
Donde tenemos todo nuestro estado,
Supimos de tus fiestas ordenadas,
Dó tales caballeros se han juntado:
Que serán las proezas estimadas,
Del que bien su persona habrá mostrado,
Que el valeroso, sea christiano ó moro,
Este premio procura, y no tesoro.

Así lo procuró siempre mi hermano,
Tanto que de su patria se destierra
A ganar prez y honra por su mano,
Conforme á caballero usado en guerra:
Contra qualquier que sea, moro ó christiano,
Que saliere á buscarle desta tierra,
Junto á la fuente atenderá del Pino,
Al padron que se llama de Merlino.

Mas ha de ser con estas condiciones,
Aprobadas por todos cada una,
Que el que en la justa pierda los arzones,
No pretenda probar mas su fortuna:
Y todos los caidos sean prisiones,
Sin que desto se quiebre cosa alguna;
Y el que bastare á echar á Uberto en tierra,
Me gane á mí por premio desta guerra.

Mi hermano haga libre su jornada
Con sus gigantes, si me pierde en esta.
Aquí acabó, quedando mesurada,
Y esperando de Cárlo la respuesta:
De todos por milagro era mirada;
Mas á quien el mirar mas caro cuesta
Es señaladamente al Conde Orlando,
Que de estado y color se va mudando.

Y de la novedad desta mudanza,
Temiendo ser mirado, se corria, [lanza
Que este no es trance en que de espada ó
Se pueda aprovechar como solia:

Abriendo va el temor y la esperanza,
La no usada de amor y dura via;
Abriendo poco á poco, y penetrando
El fiero corazon del fuerte Orlando.

Y en la parte que libre le quedaba
De aquel alto juicio, y tan entero,
El daño y novedad consideraba,
Y la ofensa de Dios que era primero:
Gran contraste en el ánimo pasaba,
Y dice entre sí mismo: en fin yo muero,
Y enemigo me soy cruel y extraño,
Pues viendo mi provecho, sigo el daño.

Así tácitamente se quejaba
De la nueva pasion en que se via;
Mas Naymo el viejo Duque, que allí estaba,
No era pena menor la que sentia,
Que ni la antigua edad le aseguraba,
Ni el maduro consejo le valia;
No mentiré, si en esto á todos toco,
Que aun Cárlo no quedó libre tampoco.

El que á la dama mas cercano ha sido,
Aquel es el que está mas satisfecho;
Mas Ferraguto el jóven atrevido,
Que siente nuevo ardor dentro del pecho,
Tomar quiso tres veces por partido
De quitalla á los cinco á su despecho,
Y tres veces le puso continencia
La autoridad de Cárlo y su presencia.

Entre sí mismo allí se deshacia,
Por hallarse forzado á tal respeto;
Reynaldo que tambien visto la habia,
No ménos siente el amoroso efeto:
Mas Malgesi que bien la conocia,
La amenaza consigo de secreto.
Dice: Doncella falsa encantadora,
En mal punto veniste, y en mal hora.

Pero el Rey que la vió estar atendiendo
Respuesta, se la dió graciosamente;
Ibase en el hablar entreteniendo,
Que no le pesa verla allí presente,
No negándole nada, y concediendo
Quanto le demandó graciosamente:
Ella contenta, y bien asegurada,
Se parte como vino acompañada.

Aun bien de la ciudad no fué salida,
Quando Malgesi toma su quaderno,
Y por saber la historia mas cumplida,
Quatro demonios traxo del infierno:
Mas descubrió tal cosa, que entendida,
Le provocó á tristeza y llanto eterno,
Que vió en el libro, y teme no sea cierto,
La corte sola, y al Rey Cárlo muerto.

Era la hermosísima doncella
Del Rey Galafron hija muy amada,
Falso y encantador; mas es tal ella,
Que de su padre no difiere en nada:

Aquí la envió, y quiso que con ella
El hermano hiciese esta jornada,
Cuyo derecho nombre era Argalía,
Y Uberto no, como ella lo decia.

Al hijo dió un caballo poderoso,
De que el mozo se halla muy contento;
Llámase Rabican, fuerte, animoso,
Y no le pasa en ligereza el viento:
Coraza, escudo, y yelmo muy precioso,
Y espada, todo con encantamento;
Y sobre todo una lanza dorada,
Con maravillosa arte fabricada.

Su padre le envió desta manera,
Porque en todo lugar fuese invencible;
Dióle mas un anillo, del qual era
El precio y la virtud cosa increible,
Con que pueda pasar por donde quiera,
Y por mil esquadrones invisible;
Y llega su virtud sin esto á tanto,
Que basta á deshacer qualquier encanto.

Y sobre todo quiso que llevase
Consigo el hijo á Angélica hermosa,
Porque ajustar tal premio provocase,
Que basta á provocar á mayor cosa:
Mostróle encantos, con que no bastase
A resistirle fuerza poderosa,
Y que en cruda prision quantos venciese,
Al falso Galafron se los truxese.

En esto un hecho Malgesí tenia
Con el demonio urdido extrañamente;
Pero vuelvo á decir, que ya Argalía
Al padron es llegado y á la fuente:
Un pabellon en el gran llano habia,
Rico y labrado artificiosamente,
Donde se entró á dormir, que de reposo
Necesitado estaba y deseoso.

No léjos dél Angélica su hermana
Sobre la fresca yerba reposaba,
Debaxo el pino, do la fuente mana,
Y allí por los gigantes se guardaba:
No parecia durmiendo cosa humana,
Que era divinidad quanto mostraba;
Al dedo trae el anillo del hermano,
Que hace invisible, y todo encanto vano.

Con el demonio Malgesí dispara,
Y con él por el ayre se venia;
A la fuente llegó donde se para,
Mirando la doncella que dormia:
Vió los fieros gigantes, y vió clara
La diligencia que en guardalla habia,
Viendolos Malgesí dixo: canalla,
Yo os tomaré á mi salvo y sin batalla.

Y no os valdrán las fuerzas tan bestiales,
Ni los cuchillos grandes y retuertos,
Que presto, como brutos animales,
Por mi mano sereis presos y muertos.

Esto diciendo, hizo sus señales,
Abrió su libro, hizo sus conciertos;
Y apénas una hoja hubo leido,
Quando cada gigante se ha dormido.

El se fué entónces poco á poco á ella,
Con la espada en la mano ya sacada;
Pero perdió mirando á la doncella,
El el enojo, y el cortar la espada:
Piensa gran rato, y todo para en ella,
Y entre mil dudas, lo que mas le agrada,
Es hacer que del sueño no despierte,
Y el gozar deste lance y buena suerte.

Dexa en la yerba la espada desnuda,
Y con su libro en la siniestra mano,
Comienza su conjuro, en que no duda
Hacer pesado el sueño de liviano:
Y leyendo de un cerco no se muda;
Mas es por el anillo todo en vano,
El sin recelo ya de inconveniente
Comienza de abrazalla estrechamente.

Del sobresalto Angélica, y espanto,
Gritó creyendo ser desamparada,
Y á Malgesí que fia en el encanto,
Bien al reves sucede la jornada:
Ella alzaba la voz mezclada en llanto,
Y por tenerle está bien esforzada,
Despertando á las voces Argalía,
Soñoliento y sin armas ya salia.

Salió desatinado y presuroso,
  Donde llamar su nombre habia sentido;
  Y en ver tan nuevo caso y espantoso,
  Piensa que es sueño, y que aun está dormi-
  Mas luego vuelto en sí como animoso [do:
  Con un tronco de pino muy crecido
  Corre, y dice: traidor aquí eres muerto,
  Por tan gran osadía y desconcierto.

Que le ate dice Angélica al hermano,
  Diciendole tambien que es nigromante,
  Que el anillo que trae ella en la mano,
  Le tiene, y otra fuerza no es bastante:
  Y para atalle, que era acuerdo sano,
  Procuró despertarle al un gigante;
  Mas no basta su voz ni fuerza á tanto,
  Que era fuerza mayor la del encanto.

Visto que con razon mala ni buena,
  Ni con movelle puede despertalle,
  Quita de su baston una cadena,
  Porque cumple que solo el medio halle:
  Y aunque no sin trabajo, y harta pena,
  Atiende y dase priesa á encadenalle,
  Y en fin viene á dexalle de manera,
  Que él ya de fuerza y arte desespera.

De brazos, cuerpo y piernas bien atado,
  Angélica le tiene y busca el seno,
  Y topa con el libro endiablado,
  Que no pensó su dueño verle ageno:

Y en abriendole fué con un ñublado,
De espíritus el ayre todo lleno;
Fué lleno el ayre, el mar, tambien la tierra,
Diciendo que los mande en paz ó en guerra.

Ella les dice: es lo que mando y quiero,
Que lleveis entre el India y Tartaría,
Dentro al Catay aqueste prisionero,
Al buen Rey Galafron de parte mia:
Diciendo, que este preso fué el primero,
Y aquel á quien prender mas convenia,
Que ya no hay artes que dañarnos puedan,
Y con esto no estimo á los que quedan.

Dichas estas palabras, al instante,
Malgesí por el ayre desparece,
Y presentado á Galafron delante,
Presente de importancia le parece:
Ella fué con el libro al un gigante,
Y uno tras otro los desadormece;
Ellos se levantaron, y despiertos,
Ni saben si son vivos, ni si muertos.

Mientras pasaba lo que estoy contando,
En París hay rumor muy bravo y fiero,
Porque, á tuerto ó derecho, quiere Orlando
Ser en la justa de Argalía el primero:
Mas dice Cárlo que lo va atajando,
Como padre de todos verdadero,
Que á tan altas personas no es honesto
Hacelles un agravio manifiesto.

Orlando extrañamente se temia,
Ver su dama por otro conquistada,
Porque como cayese el Argalía,
Por quien le derribase era ganada:
Y él que de sí con tanta razon fia,
De la vitoria no dudaba en nada,
Pero del esperar nacen mil daños,
Que un hora al triste que ama son mil años.

Vista la discordancia deste hecho,
Por general consejo se exâmina;
Alega cada qual de su derecho,
Y consultado al fin se determina:
Que agora salga en daño, ora en provecho,
Segun que la fortuna lo encamina,
Quien saliere primero por su suerte,
Aquel juste primero, ó flaco ó fuerte.

Luego por nombre cada paladino
Fué escrito, y se escribieron, y juntaron
Los de todo christiano, y sarracino,
Y en un cántaro de oro los echaron:
Y porque no se teman de adivino;
Toman el primer niño que hallaron,
Y como el niño allí la mano encierra,
Duque Astolfo sacó de Inglaterra.

Ferraguto tras este vino fuera,
Reynaldo el tercio, el quarto fué Dudon,
Y Grandonio despues que gigante era,
Y uno tras otro Berlingier y Oton:

Tras ellos Cárlo, y cada qual espera,
Y en-fin, por excusar la dilacion,
Salen treinta antes de que salga Orlando,
Que fuego por la boca estaba echando.

Hácia la noche declinaba el dia,
Quando el sacar las suertes fué cumplido,
Astolfo ya sus armas se vestia,
Perdiendo el ménos tiempo que ha podido:
Y aunque la escuridad venir se via,
Dice como valiente y atrevido,
Que en breve espacio acabará esta guerra
Dexando á Uberto al primer golpe en tierra.

Astolfo á quien tocó la primer suerte,
No tuvo de belleza semejante;
Fué rico, fué galan, pero de fuerte
No halló testimonio muy bastante:
La fama general, no sé si acierte,
Es que no era en la silla muy constante,
Y culpaba á la suerte, ó al caballo,
Y tornaba á caer por emendallo.

Mas volviendo á la historia, él se vestia
Un arnés que valia un gran tesoro,
Cerca el escudo tanta pedrería,
Que no le tuvo Rey christiano ó moro:
Pues apreciarse el yelmo no podía,
Dó allende de otras perlas, piedras, y oro,
Dice Turpin que hay un rubí en grandeza,
Mas que una nuez, y de muy gran fineza.

Con sus cubiertas ya el caballo estaba,
Llenas de Leopardos de oro fino,
Ya se acaba de armar, ya cavalgaba,
Ya sale de la tierra á su camino:
El dia á mas andar se le pasaba,
Quando llegó á la fuente de Merlino,
Da con el cuerno, su señal tocando,
Oyelo Argalia que le está esperando.

Al punto se levanta sin pereza,
Que cerca de la fuente estaba echado,
Y esperando mostrar su fortaleza,
Ya estaba apercebido y medio armado:
Cavalga y mueve con muy gran presteza,
Blanco lleva el adrezo bien bordado,
Y con la lanza de oro va en la mano,
Que á muchos derribó por monte y llano.

Saludóse uno á otro cortesmente,
Y fueron los contratos renovados;
Hacen venir la dama allí presente,
Y fueron luego entrambos apartados;
Vinieronse á encontrar furiosamente,
De sus fuertes escudos amparados;
Mas vino Astolfo de cabeza al suelo,
Saliendo de la silla casi á vuelo.

Tendido quedó el Duque en el arena,
Y dice en sí tornando, ó mi fortuna!
Que haces siempre que por falta agena
Venga yo en esto sin tener ninguna:

Hicisteme tráer silla no buena,
Por dar á mi desgracia causa alguna,
Y quieresme quitar lo que no gano,
Por dar honra y provecho á algun pagano.

En esto los gigantes allegaron,
Y al pabellon Astolfo fué llevado;
Mas en el punto que le desarmaron,
De la dama no fué poco mirado:
Que en él extrañamente le agradaron
La gentileza, y rostro delicado,
Por dó conforme á su merecimiento,
Mandó se le hiciese el tratamiento.

Suelto se andaba allí sin guardia alguna,
Y en torno de la fuente paseaba
Angélica á lo claro de la luna,
Disimuladamente le miraba:
Y siendo de dormir hora oportuna,
Rico lecho en que duerma se le daba;
Todos reposan ya, salvo un gigante,
Que queda en guardia al pabellon delante.

Aun no mostraba el sol su rayo eterno,
Quando ya armado Ferragut parece,
Y con son tan horrible toca el cuerno,
Que atruena la comarca, y la ensordece:
Como en gran tempestad del crudo invier-
Toda ave y animal desaparece, [no,
Solo Argalía no se espanta desto,
Salta y viste sus armas presto, presto.

El yelmo se enlazó, que era encantado,
Ya no le falta nada al caballero,
Que ceñida la espada tiene al lado,
Su escudo y lanza como buen guerrero:
Pues el buen Rabican no está cansado,
Que sale tan brioso y tan ligero,
Que no tan solo en el pisar no suena,
Mas no dexa señal en el arena.

El fuerte Ferraguto que le espera,
Como quien ama, siente la tardanza,
Y en viendole á buen trecho de carrera,
No atiende á parlamentos ni á crianza:
Jamas, viendo la presa, se moviera
Leon, qual él se mueve con su lanza,
Que deste solo encuentro se asegura,
De acabar su deseo y la aventura.

Mas como la otra lanza le ha tocado,
Perdió las riendas luego y el sentido,
Y fué de aquel vigor desamparado,
Tan famoso en el mundo y tan temido:
Y vino á tierra en fin desatinado,
Lo que dél nunca fué visto ni oido;
Mas si fuese en su acuerdo, sentiria,
Mucho mas que el caer, lo que perdia.

Natura, juventud, y los amores
Hacen ayrarse un mozo de ligero,
Y en este los efetos son mayores,
Que se viesen jamas en caballero:

El siente de Cupido los ardores,
Es mozo, y sin igual, valiente y fiero;
Del ayre que le dé se enciende luego,
Y ménos arde que él el mesmo fuego.

Vuelto ya en sí se levantó de tierra,
Y piensa su caer, si fué apearse,
Dice: caí, responde sé que yerra,
Y afirma, y niega sin determinarse:
Mas, entre el sí y el no, la espada afierra,
Con ella quiere en fin desengañarse;
Dícele el otro: tú eres prisionero,
Y no guardas la fe de caballero.

Mas él no va para escuchar razones,
Que es Ferraguto, y va determinado,
Y allende de las otras ocasiones,
Acaba de entender que es derribado:
Y, en viendole mover, como leones
Partieron los gigantes desde el prado,
Y juntos al partir dieron un grito, [to.
De que el llano tembló, Turpin lo ha escri-

El, viendolos venir, sufrir no pudo
Detenerse á esperar que hayan llegado;
Delante viene el que era mas membrudo,
Que Argesto se llamó el desmesurado:
Es el segundo Lampordó el velludo,
Que era lleno de vello enerizado,
Urgano el tercio, y es Tarlon el quarto,
Que á todos en grandeza excede harto.

Lampordó en el llegar le arroja un dardo,
Que si encantado Ferragut no fuera,
Ni bastára ser fuerte, ni gallardo,
Para que traspasado no cayera;
Onza con tal presteza, ó leopardo,
Ni torbellino en mar, ni cosa fiera
Ha visto el ojo, ni el sentido alcanza,
Qual viene Ferraguto á la venganza.

Dió al gigante en un hombro, y fué el derecho,
Baxa á la cinta el golpe como en pasta,
Cuelga del cuerpo el brazo, y medio pecho,
Que era la parte que arrojára el asta:
Con esto qualquier fuera satisfecho,
Y á no ser Ferraguto cierto basta;
Mas, siendolo, los tres que le quedaban,
Porque no le conocen le esperaban.

Mirandolo Argalía está en el llano,
Y Ferraguto ya en furor metido,
Descarga tan gran golpe sobre Urgano,
Que el yelmo y la cabeza le ha partido:
Eran sus golpes mas que de hombre humano;
Mas de una maza Argesto le ha herido,
Que le hace salir, segun le toca,
Por los oidos sangre y por la boca.

Como vemos salir viva centella
Del pedernal con eslabon tocado,
Que da luego en la yesca; y dando en ella,
Se aviva y crece el fuego comenzado:

Y junto un seco material con ella,
Salta llama y ardor demasiado,
Así al pagano fué el gran golpe luego
Eslabon á la piedra, y yesca al fuego.

No tarda en dalle el pagô verdadero,
Antes de tal manera se apresura,
Que en tierra dió con el gigante fiero,
Partido de un reves por la cintura:
Aquí se vió en peligro el caballero,
Que le abraza Tarlon, y á fuerza pura,
Por el campo se va con él de hecho,
Llevandole apretado y bien estrecho.

Mas, ó que fuese fuerza, ó buena suerte,
De entre los fuertes brazos se soltaba;
Tiene porra el gigante, herrada y fuerte,
La espada Ferragut que siempre usaba:
De nuevo mueren por llegarse á muerte,
Y cada uno un golpe descargaba,
Con el qual tienen ambos por muy cierto,
Que hubiese cada uno al otro muerto.

Ninguno de los golpes fué en vacío,
Porque le dió el gigante en la cabeza;
Y es cierto, aunque parece desvarío,
Que el yelmo le saltó de allí gran pieza:
Descolorido muestra el gesto y frio;
Mas su golpe á las piernas se endereza,
Y aunque de malla fuerte están armadas,
Quedaron de su cuerpo separadas.

Muerto así el uno, el otro amortecido,
Entrambos casi á un punto allí cayeron;
Del caballo Argalía ha decendido,
Y á Ferraguto al pabellon traxeron:
Mas esto fué por no tener sentido;
Y quando ya en su acuerdo le volvieron,
Halla que es preso, y desto le es testigo
El pabellon dó está de su enemigo.

En esto, por vencido y prisionero,
Le manda desarmar el Argalía,
Y llegando á hacello un escudero,
De una puñada con Pluton le envia:
Entónces se encendió mas que primero,
Que viva brasa el rostro parecia,
Y con furia no vista salta fuera,
Diciendole que salga, y que le espera.

Astolfo al gran rumor se ha levantado,
Que aunque estaba en el lecho no dormia,
Que fué del fiero grito despertado,
Con que el llano tembló y la pradería:
Y viniendo á saber lo que ha pasado,
Quierelos concertar, mas no podia,
Que dice Ferraguto no hay concierto,
Sino darme su hermana, ó él es muerto.

Y dice, que él, por acortar razones,
Por ella ha peleado, y que la quiere;
Y si Cárlo otorgó otras condiciones,
El las cumpla, ó las dexe si quisiere:

Que no es sujeto á ley , ni á obligaciones,
Y dél otra respuesta no se espere;
Oyendo lo que pasa el Argalía,
Contra el fiero español ya se encendia.

Díxole : ciertamente yo no dudo
Que tú debes estar desatinado,
Que yo tengo coraza, yelmo, escudo;
Tú estás de la cabeza desarmado:
Responde Ferraguto : yo desnudo,
Y tú con quanto dices, y aun doblado,
Si á combatir conmigo te atrevieres,
Conocerás quien soy, y tú quien eres.

Y mientras Ferraguto le hablaba,
Con mas ferocidad que aquí lo toco,
Argalía que ardiendo en ira estaba,
Oyendose estimar dél en tan poco,
A voces su caballo demandaba,
Diciendo: por la pena es cuerdo el loco,
Y en cabeza tan loca y desarmada,
Bien justo es el castigo de la espada.

El caballo mandó le fuese dado,
Y dícele : si basta tu pujanza,
Cavalga y vente á mí, que habrás hallado
El pago de tan loca confianza:
Y de piedad, por verte desarmado,
No tengas pensamiento, ni esperanza,
Que en mí no la verás, ni lo mereces,
Pues de loco la vida así aborreces,

Bramaba Ferragut por su caballo,
  Y salta luego en él siendo venido,
  Y dice al otro: yo no suelo usallo,
  Pero quiero hacerte este partido:
  Que tú hermana me des por acaballo,
  Con esto no serás de mí ofendido,
  Y entrégamela luego, sino á vuelo
  No te me escaparás, ni aun en el cielo.

Fué tan vencido de ira el Argalía
  De aquel hablar soberbio y arrogante,
  Que de puro corage y rabia ardia,
  Como de fuerza y ánimo bastante:
  Lo que entre sí responde no se oia;
  Piernas pone al caballo y va adelante,
  Olvidando su lanza tan preciada,
  Que al tronco del gran pino está arrimada.

Y cada qual su espada ya en la mano,
  Contra el otro arremete y se juntaron;
  No sé si Orlando, y el de Montalbano,
  En braveza jamas se aventajaron:
  Hacen sus golpes resonar el llano,
  Suena la selva, y en Paris sonaron;
  Mas porque lo que he dicho pone espanto,
  Dexaré lo que queda al otro canto.

CANTO SEGUNDO.

Qué fuerza tenga la amorosa pena,
  Y quánto amor extienda su cuidado,
  De exemplos cada historia vemos llena,
  Y á ninguno por esto escarmentado:
  Y que baste á avisar pasion agena,
  Dígalo quien por ella fué avisado;
  Yo digo, que si basta, tal me siento,
  Que aviso puedo dar y un escarmiento.

Mas el que puedo dar es tan en vano,
  Como los otros hasta agora han sido;
  En prision queda Astolfo y el pagano,
  Ved, por amor, al punto que han venido:
  Esto pudiera ser exemplo sano,
  Para los que tras ellos se han perdido;
  Mas no lo fué, que el amoroso daño
  De contraria color cubre el engaño.

Así pues como dixe, se juntaron
  El fuerte Ferraguto y Argalía,
  Y en la fiera batalla comenzaron,
  A mostrar cada qual lo que valia:
  Jamas dos bravos toros se toparon
  En apartada selva ó pradería,
  Que comenzasen á lidiar tan fieros,
  Qual comienzan entrambos caballeros.

El uno en la persona era hadado,
Que puede entrar sin armas en batalla,
Y en una parte dó le falta el hado,
De fuertes hojas acostumbra armalla:
Todo el arnés del otro era encantado,
Coraza, yelmo, toda pieza y malla,
Extremos son en fuerza y en destreza,
Y extremados en ánimo y braveza.

Con tal ferocidad se golpeaban,
Y con fuerza tan grande se herian,
Que las vivas centellas que saltaban,
De fuego muchas veces los cubrian:
Bien claro su valor manifestaban,
Que en ninguna ocasion punto perdian,
A una y otra mano revolviendo,
Los caballos saltando, ellos hiriendo.

Y con toda su fuerza el Argalía,
Lleno ya de furor y rabia cruda,
Descarga un fuerte golpe, que creia
Ser fin de la batalla, y no lo duda:
Bien en lleno acertó, como queria,
En la cabeza á Ferragut desnuda,
Mas arriba volvió la espada en vano,
Quedando el fuerte moro libre y sano.

Viendo Argalía no le haber herido,
Y sin sangre volver su espada al cielo,
Quedó de espanto tan despavorido,
Que en la cabeza se le eriza el pelo:

Mas el fiero pagano que ha creido
Hacer del fuerte arnés lo que de un velo,
Un golpe le dá y dice: aqueste es mio,
Y sentirle has de otra arte, yo lo fio.

Dióle con ira y fúerza tan pujante
A dos manos el golpe de manera,
Que si diera en un monte de diamante,
No dudo que por medio lo hendiera:
Mas el yelmo encantado le fué obstánte,
Que en dando resurtió la espada afuera;
Quanto se maravilla el moro dello,
No bastará mĩ verso á encarecello.

Atónitos entrambos se han parado,
Y mirandose cesan de herirse,
Uno como otro están maravillado,
Sin saber que hacerse, ó que decirse:
El Argalia primero ha comenzado
A declarar la cosa y descubrirse,
Dice: tus fuerzas son en mí excusadas,
Que todas son mis armas encantadas.

Y no porfies mas en la batalla,
Que á la postre tendrás lo que primero;
Ferragut dice: á tí cumple dexalla,
Que solo por mostrarme caballero
Traigo el escudo, la coraza y malla,
Y por mas no lo traigo, ni lo quiero,
Porque todo mi cuerpo es encantado,
Sino solo un lugar, que es bien guardado.

Por dó del combatir debes dexarte,
 Que te será dañosa la porfia;
 Mas tu hermana me dá en la primer parte,
 Que sin ella de aquí no partiria:
 Y no bastan tus armas á salvarte,
 Ni te puedes salvar por otra via;
 Pero si me la dieres de tu agrado,
 Por ello te seré mas obligado.

El otro le responde: ningun miedo
 Hubo, ni habrá jamas en Argalía;
 Mas haré por quien eres lo que puedo,
 Si lo pretendes por honesta via:
 Mi hermana lo sabrá, y en esto quedo,
 Que si es su voluntad será la mia,
 Porque siendo la tuya honesta y sana,
 En ello no se pierde antes se gana.

Feo era Ferraguto, y muy moreno,
 Aspero mas que blando en su manera,
 Orgulloso en la habla, de ira lleno,
 Y con enojo de una vista fiera:
 Angélica por esto no ha por bueno
 Lo que muestra el hermano que quisiera;
 Dice que para que ella se contente,
 De otra suerte ha de ser muy diferente.

Y que sin duda dexará matarse
 Primero que tomalle por marido;
 Comenzaron tras esto á concertarse
 Los dos hermanos, y el concierto ha sido,

Que vuelva la batalla á renovarse,
Y que ella en aquel medio habrá huido,
Y en la selva de Ardeña irá á esperalle
En lugar señalado á dó la halle.

Que allí le esperará al tercero dia,
Mas que él fuese tras ella, y le dexase
Al fuerte Ferraguto en su porfia,
Que solo con el viento pelease:
Y que si en aquel tiempo él no venia,
Con sus encantos ella el mar pasase
A ver su padre y patria deseada,
Y que él haga por tierra la jornada.

Vuelven á la batalla fieramente,
Luego que Ferraguto lo ha sabido,
Que piensa que el hermano no consiente,
Aunque ante él de palabra ha consentido:
De sí se queja agora y se arrepiente,
Culpandose de habersela pedido;
Ella desaparece de delante,
Y mira luego en ella el triste amante.

Y echa ménos la vista, que hacia
Tan gran efeto en él que la miraba,
Que siendo extremo, y fuerza y valentía,
La fuerza y el valor le acrecentaba:
Vuelve la rienda en esto el Argalía;
Al Rabican ligero que volaba,
Y en un momento va á perder de vista,
Desamparando el campo y la conquista.

Quedó extremadamente el caballero
  Confuso y triste del postrer engaño;
  Pero de mayor fuerza era el primero,
  Que este juzgó por insufrible daño:
  Parte tras él, mas va muy delantero,
  Y llega á un bosque solitario, extraño,
  Dó della, y dél que huye la batalla,
  Quanto mas busca, ménos rastro halla.

Tornemos ora á Astolfo, que mirando
  La batalla quedó junto á la fuente,
  Teniendo en mucho, y entre sí juzgando
  Qualquiera de los dos por muy valiente:
  Viendose libre ya, y no recelando
  Romper palabra, ni otro inconveniente,
  Usó de la ocasion de su ventura,
  Y á caballo saltó con su armadura.

Faltábale la lanza al paladino,
  Que fué la suya en el caer quebrada;
  Volvióse descuidado, y al gran pino,
  La que era de Argalía vió arrimada:
  Era toda cubierta de oro fino,
  Con labores de esmalte rodeada,
  Tómala Astolfo, porque le conviene,
  No porque sepa la virtud que tiene.

Comienza de volverse alegremente,
  Bien como aquel que de prision salía,
  Y yendose pensando en su accidente,
  Encuentra con Reynaldo que venía:

Cuéntale lo que pasa largamente,
Oyélo el triste que de amor ardia,
Y pensando justar, era salido
A ver de Ferraguto que habia sido.

Y oyendo que eran idos los hermanos,
Sin responder comienza de alegrarse,
Y atraviesa volando aquellos llanos
El buen Bayardo sin jamas pararse:
Con alas en lugar de pies y manos,
No sé si mas pudiera apresurarse;
Mas perezoso y floxo es á su intento,
No solo su caballo mas el viento.

Reynaldo á mas correr se va alargando,
Y Astolfo á la ciudad es ya llegado;
Viene luego á buscalle el Conde Orlando,
Y tanto le buscó que le ha hallado:
Estále con instancia preguntando,
De punto en punto quanto habia pasado,
Y porque no era el Duque muy secreto,
Encúbrele su amor como discreto.

Mas en sabiendo del, que habian huido
El Argalía, y antes la doncella,
Y que el moro y Reynaldos han seguido
Con tanta diligencia el rastro della:
De allí, disimulando, se ha partido,
Y váse á pasar solo su querella,
Dó le puso el pensar en tal estrecho,
Que cayó de congoja sobre un lecho.

Y siente en sí crecer el triste amante
  La amorosa pasion de tal manera,
  Que se convierte el hierro y el diamante
  Del duro corazon en blanda cera:
  Dó amor imprime, y pónele delante
  Aquella imagen viva y verdadera,
  Que pudo deshacer, y que ha deshecho,
  La fortaleza de aquel fuerte pecho.

Y en otro nuevo ser todo trocado,
  Con voz, ya no de Orlando, enflaquecida,
  Triste, decia, que el esfuerzo usado,
  Y la fuerza en el mundo tan temida,
  Agora en mi defensa me han faltado,
  Y quiere amor en daño de mi vida,
  Que bastando mis ojos á ofenderme,
  No basta mi valor para valerme.

¡Mas quién no fuera como yo ofendido,
  Si tanto bien como yo he visto viera!
  ¡O quién podrá juzgarme por perdido,
  Que con tal ocasion no se perdiera!
  Si es flaqueza no haber ya resistido,
  ¡Quál yelo, ó duro mármol resistiera!
  ¡Y quien no sabe que resiste en vano
  A hermosura divina, esfuerzo humano!

Mas, triste, que el haberseme mostrado,
  Y el desaparecer fué juntamente;
  Otros la siguen que la habrán hallado,
  Y yo sin saber della muero ausente;

Dó jamas verla me será otorgado,
O dexaráme amór verla presente,
Quando me tenga la desconfianza,
Dó en vano me socorra la esperanza.

Pero aunque tema mucho mas que espero,
No procurar salud seria torpeza;
Y acabar de morir como ora muero,
Un daño vergonzoso y gran vileza:
Tomar esta conquista debo y quiero,
Contra toda fortuna y aspereza;
Y andar buscando con trabajo eterno
La tierra, el mar, el cielo y el infierno.

Del lecho se levanta esto diciendo,
Y así, ocupado de pasion inmensa,
Mil cosas va en la mente revolviendo,
Y en todas la razon está suspensa:
Y ménos esperando y mas temiendo,
Mas halla que temer quanto mas piensa;
Pero en viendo venir la noche escura,
Vistió secretamente su armadura.

Y no lleva el quartel que acostumbraba,
Que escudo todo roxo se ponía,
En su buen Brilladoro cavalgaba,
Y por la puerta de Paris salia:
Criado ni escudero no llevaba,
Que así secreto y solo va su via,
Y toma, como quiere su destino,
A la selva de Ardeña su camino.

Tres caballeros van á la aventura,
Orlando el uno, Senador romano;
Reynaldo el otro, no de fama escura,
Y el tercio Ferragut, fuerte pagano;
Mas volvamos á Cárlo que procura
Hacer su justa, y llama al Conde Gano,
A Salomon el Rey, á Naymo el viejo,
Y á todos los demas de su consejo.

Díxoles que ordenaba y que queria
Que en la justa tal órden se tuviese,
Que, dexando la plaza el que caia,
El que le derribaba mantuviese:
Y que si al vencedor otro vencia,
Así, de mano en mano, se hiciese,
Dando mas honra á aquel que mas durase,
Hasta que la gran justa se acabase.

Esta opinion de todos fué aprobada,
Y así ordenaron para el dia siguiente,
Que en la gran plaza á un hora señalada,
Quien se estimare justador valiente,
Se halle á punto sin faltarle nada,
Y que se halle allí primeramente
Serpentin, un valiente caballero,
Que en la justa le nombran por primero.

Vino el siguiente, y fué tan claro dia,
Que excedió Febo el resplandor usado;
Sereno en toda parte parecía
El Cielo, y todo viento sosegado;

Quando el primero Cárlo ya salia
De Reyes y Señores rodeado ;
Llegado al campo con discreto modo ,
Mandó dar órden convenible en todo.

En esto Serpentin al campo viene
Tal, que era de mirar maravilloso,
Armado y adrezado qual conviene
A tan alto varon y tan famoso:
Casi toda la plaza ocupa y tiene
Revolviendo el caballo poderoso;
El caballero va fuerte en la silla ,
Y con bravo semblante á maravilla.

Y la sobreseñal de su escudo era,
Sobre azul una grande estrella de oro,
Y así conforme á esto la cimera,
Y adrezo qual jamas tuvo otro moro:
Eran vestido y armas de manera,
Que lo estimaban en un gran tesoro;
Los que le miran, solo por la vista,
El precio le dan ya de la conquista.

Entra en la plaza que parece un Marte,
Y, quando la hubo toda paseado,
Con instrumentos con gran pompa y arte,
El uno de los puestos ha tomado:
A justar vienen ya por cada parte ,
Uno mas que otro ricamente armado;
De los adrezos puede bien contarse
Que el ménos rico no podia estimarse.

El primero que viene es Paladino,
  Y de plata en morado trae una luna;
  El Señor de Bordela es Angelino,
  Que tuvo aquí contraria la fortuna:
  El ya en su puesto al otro Serpentino,
  Con gran furia los dos parten á una;
  Pone en el ristre cada qual su lanza,
  Con extraña destreza y gran pujanza.

Y dó el yelmo al escudo se confina,
  Hirió Angelino á Serpentin delante;
  No por esto él se mueve ni se inclina,
  Que está como una torre de diamante;
  Mas su lanza de suerte se encamina,
  Que á tierra fué Angelin, y en el instante
  Alza el vulgo la voz, y dice en ella:
  El precio lleva cierto el de la estrella.

En esto partió luego el buen Ricardo,
  Que señoréa toda Normandía,
  En campo roxo trae un leopardo,
  Y es de mucho valor y nombradía:
  Mas Serpentino dél, aunque es gallardo,
  Hizo lo que del otro hecho habia,
  Dándole con el golpe tanta pena,
  Que cayó de cabeza en el arena.

Balugante está alegre y admirado
  De quan bien muestra el hijo su persona;
  Mas con escudo á escaques divisado,
  Y de oro sobre el yelmo una corona,

Entra el Rey Salomon muy enojado,
Que lo que hace el moro le apasiona;
Parte y encuentra como buen guerrero,
Mas él á los caidos fué el tercero.

Muévese con su lanza Astolfo en esto,
La que dexó olvidada el Argalía,
El campo roxo trae en su escudo puesto,
Y tres leopardos de oro en él traia:
A maravilla va galan y apuesto;
Mas en la mayor furia que venia,
Con él de un tropezon cayó el caballo,
Tal que poco faltó para matallo.

De aquel desastre á todos les pesaba,
Y por ventura mas á Serpentino,
Que ya por derribado le contaba
Sinó cayera acaso en el camino:
Un pie desconcertado le aquejaba,
Y á su posada, sin tardar, se vino;
Dó luego le curó con diligencia
Un zurujano docto y de experiencia.

Mas del valor que Serpentin mostraba,
Danés Ugier un punto no temia,
Que parte, y con tal ímpetu arrancaba,
Que abrirse allí la tierra parecia:
Era hadado, y campo azul llevaba,
Dó una rosa de plata en medio habia;
Un basilisco lleva por cimera,
Y en todo tal que bien mostraba el que era.

Quando los caballeros se movieron
Hacen los instrumentos gran sonido,
Y de encuentros tan grandes se hirieron,
Que una torre parece haber caido:
Las zinchas y un arzon se le rompieron
Al fuerte Serpentino, y ha venido
A tierra por las ancas del caballo,
Caso que él no pudiera imaginallo.

Así quedó en el campo vitorioso
Ugier, y bravamente se defiende;
Mas Balugante estaba corajoso
Por el caer del hijo que le ofende:
Movióse, por vengarle, presuroso,
Pero en la arena tambien él se tiende;
Parte tras él el jóven y Soliero,
Un diestro y animoso caballero.

Este es del fuerte Ferraguto hermano,
Tres lunas de oro trae en verde escudo;
Con una gruesa lanza va en la mano
A la mas furia que el caballo pudo:
Mas cayó con los otros en el llano,
Del encuentro que fué tan bravo y crudo,
Que en siete horas, despues de haber caido,
Jamas pudo volver en su sentido.

Gualtier de Monleon tras este viene,
Y fué tambien de Ugiero derribado;
Es la divisa que en su escudo tiene
Un dragon roxo, el campo era dorado:

El Danés dixo en esto : no conviene,
Y cierto me parece mal mirado
Justar solos nosotros los christianos,
Pues tantos caballeros hay paganos.

Espinel de Altamonte era un pagano,
Que á probar solamente su persona
Vino á la corte del Rey Cárlo Magno,
Y de oro trae en azul una corona:
El tambien con los otros probó el llano,
Y dello extrañamente se apasiona;
Mas vió que era excusado apasionarse,
Pues no hay tras el caer sino el alzarse.

De negro y oro parte devisado
Matalista, y un drago por cimera,
De flor de Espinabella hermano amado,
Tenido por valiente en gran manera:
Mas vino á tierra, y desapoderado
Vá el caballo sin él por la carrera;
Grandonio mueve, flor de los paganos,
Y guarde Dios á Ugiero de sus manos.

Tiene este Rey persona de gigante,
Su caballo es inorme de crecido,
Y en el escudo negro trae delante
En medio un gran Macon de oro esculpido:
El es tan animoso y tan pujante, [mido;
Que por su esfuerzo y fuerza es muy te-
El Conde Gano que le vió desta arte,
Mostró tener negocio en otra parte.

Lo mesmo hizo Macario de Lusana,
Y el Conde de Altafolla y Pinabelo;
Tambien Falcon que por la via mas llana
Acordó de tomar seguro vuelo:
De aquella raza pérfida, villana,
Quedó solo Griton, ó por recelo
De ser notado, ó que le detuviese
Virtud, ó que á los otros ir no viese.

Ora tornemos al pagano horrible,
Cuyo rumor en todo el campo suena,
Viendole, lo que cierto era increible,
Llevar casi una lanza como antena:
Pues su caballo no es ménos terrible,
Que dos palmos ahonda en el arena,
Las piedras despedaza y las entierra,
Y casi por dó va tiembla la tierra.

Partió desta arte contra el buen Ugiero,
Y en medio del escudo le ha herido,
Que de vidrio ó cristal mas que de acero,
A la fuerza del golpe, ha parecido:
Tal que con su caballo el caballero
Mal parado cayó, y amortocido;
Llévole el viejo Naymo luego al lecho,
Donde un mes se curó del brazo y pecho.

Qual queda un bravo toro en ancha plaza,
Que viendose acosado y sin salida,
Del que mas le persigue y embaraza,
Con muerte se ha vengado, ó con herida:

La via el vulgo le desembaraza,
Y él pasa con fiereza mas crecida,
Así de ver en tierra al fuerte Ugiero,
Quedó Grandonio mas soberbio y fiero.

Turpin de Rana fué muy desenvuelto,
Pero probó tambien la blanda arena;
Mas á la plaza Astolfo era ya vuelto,
Al gran rumor que de Grandonio suena:
Vinose desármado, y su pie envuelto,
Para las damas no sin harta pena;
Parte en esto Grifon, y aun no ha partido,
Quando por tierra pareció tendido.

Este era de la casa de Maganza,
Y un halcon blanco en campo azul traia;
Grandonio que la antena trae por lanza,
Mirando á los christianos les decia:
Aquí estoy yo que no haré mudanza,
Quien quiere ganar honra, esta es la via;
Muévese Guido de Borgoña y cae,
Con un negro leon que en oro trae.

Y tras este cayó luego Angeliero:
Trae un dragon con rostro de doncella;
Ovino, Avolio, Oton y Berlingiero,
Todos quedaron con igual querella:
Aguila negra lleva el delantero,
Y de los quatro era cimera aquella;
Su escudo á escaques de oro y azul era,
Casi como las armas de Baviera.

A Hugó de Marsella dió la muerte,
Animoso mancebo, y muy gallardo,
Y en esto aun no paró la mala suerte,
Que cayó Ricardeto, y luego Alardo:
Dice Grandonio en voz terrible y fuerte:
Qué haceis, justadores, que os aguardo;
Oyelo Cárlo con sus caballeros,
En esto ven llegar allí á Oliveros.

Llega Oliveros, y con su llegada
El cielo pareció se serenase,
Que era mucho de todos deseada,
Porque al fiero pagano castigase:
En velle está la gente alborozada,
Música no quedó que no tocase;
Parte el Marques famoso de Viena,
Y muévese Grandonio con su antena.

Vinieronse á herir con furia tanta,
Que no puede contarse en escritura;
Por ver mejor todo hombre se levanta,
Y de otra cosa que mirar no cura:
La gran fiereza de Grandonio espanta,
De Oliveros se mira la postura,
El ayroso semblante y la viveza,
Que el ánimo se sabe y fortaleza.

Hirió á Grandonio en lo alto del escudo,
De nueve pastas, y no le han valido,
Que ellas y la coraza, el hierro agudo,
Traspasa, y en el pecho le ha herido:

Pero Grandonio, aquel gigante crudo,
En tierra dió con él amortecido,
Bien siete pasos léjos del caballo;
Así en la historia por verdad lo hallo.

Juzgaron todos que le hubiese muerto,
Que partido del golpe el yelmo vieron,
Y como ven el rostro descubierto,
Afirman por verdad lo que creyeron;
Cárlo tambien de su vivir incierto,
Por la nueva que dél todos le dieron,
En el alma le duele el accidente,
Que á Oliveros amaba extremamente.

Si antes era soberbio y arrogante,
Ora no cabe en sí el pagano fiero,
A todos mira y díceles delante:
Ya perdió Francia su valor primero;
Desta corte en el mundo triunfante,
¿Cómo á justar no viene caballero?
Brava se muestra la tabla redonda,
Dó no hay á sus bravezas quien responda.

De las fieras palabras del pagano
Recibe enojo Cárlo que le oia;
Pregunta por Orlando, y es en vano,
Y tampoco Reynaldo parecia:
Mira tras esto por el Conde Gano,
Que aun agora le vió, y ya no le via:
Harto lo disimula, y harto siente
Que ninguno á tal tiempo esté presente.

Pero por bien que lo ha disimulado,
  Astolfo conoció lo que sentia;
  De allí se parte, y vuelve ante él armado,
  Y dicele: Señor, la fuerza mia,
  Y mi valor que es ya de tí olvidado,
  No se olvidaba quando Dios queria;
  Agráviome que estando en tu presencia,
  Pena muestres tener de agena ausencia.

Astolfo sabe si de sí esperaba
  Quanto por sus palabras parecia,
  Pero, esperase ó no, en lo que mostraba,
  Animo generoso descubria:
  Su buena voluntad Cárlo aceptaba,
  Que en el efeto nada se confia:
  Todos le tienen ya por bien librado,
  Si escapa con ser solo derribado.

Habida pues de Cárlo la licencia,
  En allegando á dó Grandonio estaba,
  Con soberbias palabras y apariencia
  Al soberbio pagano amenazaba:
  Muerte le daba ya, sin resistencia,
  Que en solo derriballe no paraba;
  Mas el suceso desta justa quiero,
  Guardalle para el canto venidero.

CANTO TERCERO.

De innumerables cosas en que erramos
El curso desta vida trabajosa,
Una, á mi parecer, acostumbramos,
Al humano vivir grave y dañosa:
Y es la facilidad con que juzgamos,
Y damos la sentencia en qualquier cosa,
Sin mas considerar el perjuïcio,
Que puede proceder de tal juïcio.

Debe ser la sentencia muy madura,
Y con luengo discurso exâminada,
Y no se ha de fundar en conjetura,
Que va contra razon, y es mal fundada:
Y tanto que si acierta es por ventura,
Sin poderse decir que es acertada;
Y aquel que no la dá discretamente,
Las mas veces, ó siempre, se arrepiente.

Así pues como armado Astolfo vino,
Juzgaron todos luego fácilmente,
Que era aquella venida un desatino,
Y mover nueva risa entre la gente:
Mas presto se verá que no convino
Juzgar por lo pasado lo presente,
Porque si muestra el Duque lo contrario,
Habrá sido el juicio temerario.

Pues como de decir se hubo cansado
  Bravezas que no quiero aquí contallas,
  Al Rey Grandonio que era acostumbrado
  A decillas él siempre, y no escuchallas,
  No le responde á ellas de enojado,
  Que de un encuentro piensa de atajallas;
  La lanza que trae Astolfo es la dorada,
  Que partiendo Argalía dexó olvidada.

Muévese aquel gigante poderoso,
  Y mueve el Duque Astolfo juntamente;
  Si parte confiado ó temeroso,
  El voto era entre todos diferente;
  Pero su encuentro fué tan espantoso,
  Que contra la opinion de tanta gente,
  Cayó Grandonio, el caso fué increible,
  Tanto que aun visto pareció imposible.

Tan alta voz el vulgo ha levantado,
  Que la tierra y el campo se atronaba,
  Corre la gente á ver el derribado,
  Y en los tablados cada qual se alzaba:
  De todos era Astolfo tan preciado,
  Que no sé yo si tanto él se preciaba;
  Cárlo que lo miraba y que lo via,
  Aun tornandolo á ver no lo creia.

Al Rey Grandonio, de la gràn caida
  Que dió al siniestro lado sobre el pecho,
  Abriósele de nuevo la herida,
  Que el Marqués Oliveros le habia hecho:

Fué cosa de los moros tan sentida,
Que causó en todos general despecho;
De allí le llevan, que con larga vena
Regaba de su sangre aquella arena.

Astolfo sucedió soberbiamente,
Y de sí mesmo está maravillado;
Quedaban mas de la pagana gente,
Dos caballeros, de quien no he tratado:
Hijos de Reyes, cada qual valiente,
Yasarte y Piliaso el denodado;
El padre de Yasarte sojuzgada
Tenia la Arabía con su fuerte espada.

Tiene el de Piliaso la Rosía
Toda, y debaxo de la tramontana
Una gran parte de la Tartaría,
Y con el rio confina de la Tana:
Mas porque lo demas largo seria,
Estos dos solos de la ley pagana
Habian quedado, y á justar vinieron,
Y por mano de Astolfo á tierra fueron.

En esto fué la nueva al Conde Gano
Del caso que á Grandonio ha sucedido,
Y no quiere creer que aquel pagano
Por encuentro de Astolfo haya caido:
Pero viendo afirmar de mano en mano,
Que no solo cayó, mas que herido,
Vertiendo sangre le han llevado al lecho,
Al fin viene á creello á su despecho.

Y entre sí dice, que algun caso extraño
Causar debió al pagano la caida,
Que el esfuerzo de Astolfo no es tamaño,
Que de tal cosa pueda ser creida;
Y que esta gloria en mas vergüenza y daño
Se le convertirá con su venida,
Porque en el Duque habrá poco embarazo,
Para el encuentro de su fuerte brazo.

Y por venir mejor y autorizarse,
De su casa once Condes se juntaron,
Y comenzó con priesa luego á armarse,
Y los Condes con él tambien se armaron:
Ante el Rey Cárlo vá á representarse,
Con todos once que le acompañaron,
Diciendo, que por cosas importantes,
A la justa no pudo venir antes.

O bien ó mal que Cárlo lo tomase,
Buen rostro pareció que le hiciese;
El Conde envió al Duque á que holgase,
Quando pagano justador no hubiese,
Que entre ellos á justar se comenzase,
Porque la noche no se lo impidiese,
Y que él traxo consigo tanta gente,
Viendo mantenedor tan suficiente.

Astolfo que tenia poca paciencia,
Dixo al Embaxador: di al Conde Gano
Que yo no hago tanta diferencia
Como debe pensar dél á un pagano:

Y no procure dar sana apariencia
Al ánimo que nunca ha sido sano;
Mas venga él y los suyos, que venidos,
Serán como merecen recebidos.

Esta respuesta que dió Astolfo al Conde,
Pensar se puede si debió alteralle;
Mas como sabio, cosa no responde,
Ni se entiende su enojo aun con miralle;
Odio es mortal el que en su pecho esconde,
Tal que no para solo en derriballe,
Que el caer no era al Duque cosa nueva,
Como mas de una vez se vió la prueba.

En esto vino al puesto diligente
Gano, que no dilata este castigo,
Y parte mas rabioso que valiente,
Con ánimo dañado y de enemigo:
Mas si él vino á justar dañadamente,
No fué el recebimiento muy de amigo,
Que en tocándole Astolfo con su lanza,
De la silla al arena hizo mudanza.

Macario se movió con gran despecho,
Que á Gano amortecido en tierra via,
Su pariente y amigo tan estrecho,
Que aun en caer le tuvo compañía:
Astolfo no contento con lo hecho,
Miraba si otro magancés venia;
Parte en esto, y encuentra Pinavelo,
Pero piernas arriba vino al suelo.

Si Astolfo desto se maravillaba,
Y desta novedad placer sentia,
Fácil era de ver que él lo mostraba
Con muestras y ademanes que hacia:
Solo á los maganceses motejaba,
Y pesados donayres les decia;
Mas el Conde Esmerillo oyendo aquesto,
En partir y caer fué harto presto.

Falcon, que era otro Conde mas discreto,
Del caer deseando asegurarse,
Acordó de irse en un lugar secreto,
Dó muy recio á la silla hizo atarse:
Con esto lleva el ánimo quieto,
Y en esto le parece confiarse;
Por caido le cuenta Astolfo cierto,
Como quien no descubre lo encubierto.

Así no sucedió lo que él pensaba;
Pero de tal manera le ha encontrado,
Que acá y allá Falcon bambaleabá,
De caer amagando á cada lado:
Mas como iba cayendo y no acababa,
La gente conoció que estaba atado,
Y todos le dan grita: vaya, vaya,
Corten laś cuerdas al cobarde y caya.

El caballo corriendo y él corrido,
Dispara y va con él sin ningun tiento.
Astolfo que es tan otro del que ha sido,
En la plaza no cabe de contento:

Dice en voz alta: como este ha venido,
Viniesen de su raza atados ciento,
Que traidores y locos con atarse,
Pueden mejor que sueltos castigarse.

El Conde de Altafolla, que es Raniero,
Y Anselmo otro su igual y semejante,
Ya que á vengarse como caballero,
Ninguno dellos halla que es bastante;
Tratan que el uno encontrará primero,
Y habiendole encontrado aquel delante,
Al punto llegue el otro á recontralle,
Y así podrán sin falta derriballe.

Astolfo con Raniero se ha encontrado,
Y en tierra dió con él luego al instante;
Esto fué por haberse adelantado,
Que es honra y no provecho el ir delante:
Anselmo parte, y toma descuidado
Al Duque, y con su lanza que es pesante,
Encuéntrale, y por bien que se tuviese,
En fin le fué forzado que cayese.

Lo que sintió, podrá considerarse,
De verse el Duque Astolfo en el arena,
Y mayormente viendo derribarse,
Sin falta suya con traicion egena:
Alzase, y con su espada va á vengarse,
Con ira de furor y rabia llena;
Hacia los maganceses se endereza,
Hiere á Grifon, que topa, en la cabeza.

Escapóle de muerte el yelmo fino,
  Ya todos en la plaza se alteraban,
  Porque Gano, Macario y Ugolino,
  Con maganceses en Astolfo daban:
  Mas Naymo el viejo, Ricardo y Turpino,
  A él por ayudarle se allegaban;
  De entrambas partes va creciendo gente,
  Mas remediólo Cárlo brevemente.

Que viendo que el ruido se trababa,
  A remediarlo vino presuroso;
  Llegado que hubo entre ellos, se mostraba
  A todos igualmente riguroso:
  Y viendole, todo hombre se apartaba
  Del enojo de Cárlo temeroso;
  Todos muestran sosiego en la apariencia,
  Con el justo respeto y reverencia.

Llega en esto Grifon que está herido,
  Y casi hablar no puede de alterado.
  Dice que en la revuelta Astolfo ha sido
  El que principio, medio, y fin ha dado:
  Y pues en su presencia se ha movido,
  Debe ser por razon bien castigado,
  Que él no quiere tratar de su herida,
  Porque él la vengará si tiene vida.

Astolfo que de enojo estaba ciego,
  Sin mirar que en presencia está de Cárlo,
  Como ha visto á Grifon, comienza luego
  A entrar en mas furor y á demostrarlo:

Dice: yo te herí, que no lo niego,
Y pues lo comencé, yo he de acabarlo;
Grifon responde: bien seria de otra arte,
Si lo que dices fuese en otra parte.

Mandó callar al Duque ayradamente [oido;
El Rey, por lo que ha visto, y lo que ha
Mas él solo en Grifon pone la mente,
Como aquel que en el alma está ofendido:
En esto llega Anselmo, aquel valiente,
Por cuyo encuentro Astolfo habia caido;
El detenerse, viendole, no pudo,
Que un golpe le tiró terrible y crudo.

Y hubierale sin duda Astolfo muerto,
Si Càrlo allí presente no estuviera.
Todos agora dan á Astolfo el tuerto,
Que fué sobrado, aunque razon tuviera:
Preso le envia por su desconcierto,
Y está en muy poco de mandar que muera
Mas fué tan larga en la prision su estada,
Que quedó su locura bien purgada.

Pero por mal que esté, no lo está tanto
Como estaban los tres enamorados,
Que con harta congoja, y no sin llanto,
Tras Angélica van desatinados
Por diversos caminos, y es espanto,
Quan en breve en Ardeña son llegados;
Pero, por ser Bayardo mas ligero,
Pudo llegar Reynaldos el primero.

Y así en la selva el caballero entrado,
Mientra buscando á toda parte andaba,
Un verde bosquecillo vió apartado,
Que un arroyo muy claro le cercaba:
De la verdura y sombra convidado,
Así sin apearse en él se entraba;
Y ve una fuente que en el medio mana,
No hecha, al parecer, por arte humana.

De oro, y de alabastro era labrada,
Con extraño artificio repartido,
En tal labor que quanto es mas mirada,
Ménos harta la vista y el sentido:
Dicen que de Merlin fué fabricada
Por Tristan, que de amor iba perdido;
Porque bebiendo della el gran deséo,
Múdase en odio de la Reyna Iseo.

Mas nunca le dexó su desventura
Que para su remedio aquí aportase,
Aunque buscando siempre su aventura
Por esta y otras partes caminase:
Aquella agua tenia esta natura,
Que qualquier amador que la gustase,
No solo mas no amaba á quien solia,
Mas con odio mortal la aborrecia.

Iba el sol alto, y era muy caliente
Quando Reynaldos á la fuente arriba,
Cansado y caluroso juntamente,
Viendo como un cristal el agua viva,

Luego se apea por la sed que siente;
Y de sed y de amor junto se priva,
Y hállase del que era tan trocado,
Que consigo de sí queda espantado.

De amante en enemigo convertido,
Piensa en el desatino que hacìa,
Quando el alma, razon, vida y sentido,
A la sensualidad lo posponia:
No es hermosura ya la que lo ha sido,
Ni gracia la que serlo parecia;
Y el ayre que amansó el corazon fiero,
Agora en él es ayre verdadero.

Los claros ojos, ya no son aquellos,
Que centellas, ardor y llama envian;
Ni tienen fuerza ya los rayos dellos,
Que dentro al alma penetrar solian:
Escura es la color de los cabellos,
Que el resplandor de Febo escurecian;
Cesa el poder de aquella blanca mano,
Todo se muda y el enfermo es sano.

Queda sano el enfermo y de manera,
Que en el odio que tiene se asegura;
De aquí se parte y llega á otra ribera
De una fresca agua cristalina y pura:
De quantas flores muestra primavera,
Pintó con larga mano la natura;
Un olivo, una haya, un pino en ella,
Hacen un agradable sombra y bella.

Sobre esta agua Merlin no hizo encanto:
Llámase la ribera enamorada,
Cuyo licor, gustado, puede tanto,
Que enciende el alma mas desamorada:
Humor fué á muchos para triste llanto,
De quien, pasando acaso, fué gustada;
Pero beber Reynaldo no ha querido, [do.
Que en la fuente, que he dicho, habia bebi-

Aquel lugar sombrío y deleytoso,
Y el cansancio le mueven á apearse:
Bayardo de la yerba codicioso,
Quitado el freno, comenzó á alargarse;
Reynaldo se echa por tomar reposo,
Y fué luego el dormir tras el echarse;
Y durmiendo, fortuna allí le envia
Lo que él ya no buscaba ni queria.

Fortuna le negó lo que él buscaba,
Y agora se lo da no lo queriendo;
A Angélica despierto deseaba,
Y ella le sobreviene aquí durmiendo:
Amor, á veces justo, la guiaba
Al peligro de que ella iba huyendo,
Porque la cruda fuese castigada
Del rigor y aspereza á que era usada.

Viendo la dulce sombra y la frescura,
Y viniendo cansada del camino,
Parecióle apearse en la verdura,
Y ató su palafren al alto pino:

Bebe de la fresca agua, clara y pura,
Con mayor voluntad que le convino;
Comenzó el corazon luego á encenderse,
Y la nieve y el yelo á deshacerse.

Con el ardor que el corazon enciende,
El yelo que le cerca se deshace;
Siente mudarse Angélica, y no entiende
Donde está lo que piensa, ó lo que hace:
Mas ya por lo interior su llama extiende
Cupido como mas se satisface;
Y muéstrale á Reynaldo allí dormido,
Y en él pone los ojos y el sentido.

Y mientra así la triste le miraba,
Amor en aquel rostro que dormia,
El orígen y causa le mostraba
De la nueva pasion en que se via:
Y mirándole mas, mas se cargaba
Sobre el hierro cruel que la heria;
Mírale por vivir, y en verle muere,
Y con verse morir, mirarle quiere.

El crudo y fiero ardor, de tal manera
La tiene ya vencida y sojuzgada,
Que apenas siente la pasion primera,
Quando al último término es llegada:
No se puede decir que teme ó espera,
Que destos accidentes ya es pasada;
Tan extraño es su mal, tan sin remedio,
Que entre el principio y fin no tiene medio.

Así pues qual la triste se hallaba
 En estado del suyo tan ageno,
 Al dormido Reynaldo se acercaba ,
 Sin mirar á respeto malo ó bueno:
 De confusa y turbada se baxaba
 Por flores de que el prado estaba lleno;
 Y sin sentir ni ver lo que hacia,
 Por el rostro á Reynaldos las ponia.

El duerme descuidado della y desto,
 Y al cabo de gran rato fué despierto;
 Y viendo á quien no ver tiene propuesto,
 La novedad le hace el caso incierto :
 Ella le habla con alegre gesto;
 Mas él, que ya acabó de ver lo cierto,
 Con furia se alza , y huye en la manera ,
 Que se huye de un tigre , ó de otra fiera.

Enfrena su caballo y parte luego ,
 Sin volvella á mirar , con prisa extraña ,
 Poner quisiera en las espuelas fuego ,
 Por salir de la selva á la campaña ;
 Soltar quiso la voz la triste al ruego ,
 Y la pasion la tuvo que es tamaña ;
 Que ni sabe que haga ó que se diga ,
 Mas amor la aconseja que le siga.

Toma su palafren con gran presteza ,
 Y siguele , aunque va bien delantero ,
 Diciendo á voces : ¡ quando tal fiereza
 Se ha visto en corazon de caballero !

¡O quándo se pagó con tal crueza
Un amor entrañable y verdadero!
¿Si eres Reynaldo el que en París me viste,
Cómo huyes agora á quien seguiste?

Pues Angélica soy la mesma que era,
Aunque por tí de voluntad mudada,
Por quien la justa de Argalía primera,
De tí y de todos fué tan procurada:
Deten el curso, espérame siquiera,
Tanto que de tí pueda ser mirada;
Verás que no merezco ser huida,
Antes quando huyese ser seguida.

Sea alménos parte para detenerte,
Ver lo que por seguirte me fatigo;
Y que el seguirte es solo por quererte,
Y el quererte es verdad pues yo lo digo:
Déxame solamente poder verte,
Con esto solo cumplirás con migo;
O dí si te apresuras por no verme,
Que quiero porque pares detenerme.

Destas palabras él no escucha alguna,
Ella le sigue dándolas al viento,
Y dice: al sol le falte y á la luna
El resplandor, la luz y el movimiento;
Y sientan las mudanzas de fortuna
La tierra, el cielo, el mar y el firmamento,
Pues se mudó mi gesto en espantoso,
Tal que haga á Reynaldo temeroso.

Mil lástimas con estas juntamente,
Y con dolor extremo dice en vano,
Que movieran á un tigre y un serpiente,
No mueven al Señor de Montalvano:
El huye, que mil leguas della ausente
Aun le parece que estaria cercano,
Por dó llama la triste en sus querellas
Cruel el cielo, el sol y las estrellas.

Pero á Reynaldo mas cruel llamaba,
Ingrato sin amor, ni fe ninguna;
Unas veces á sí mesma culpaba,
Otras daba la culpa á su fortuna:
Y en quanto dice y piensa, no hallaba,
De remedio ó descanso forma alguna;
A la fuente llorando se volvia,
Y volviendo entre el llanto así decia.

Sepa de hoy mas, quien por amor padece,
Que ser con mortal odio aborrecido
Será su galardon; y el que aborrece,
De un entrañable amor será querido:
Y si quien ama mas esto merece,
Yo tengo agora el pago merecido;
Pues en lugar mi corazon se ha dado,
Dó nace desamor del ser amado.

Quejándose á la fuente es ya llegada,
Y vuelta al prado en vista dolorosa,
Yerba, decia, bienaventurada,
Y fuente sobre todas venturosa;

Que el bien gozastes, de que soy privada,
Y os fué el tenello aquí tan fácil cosa;
Porque no se os concede mi sentido,
O á mí el no sentir vuestro es concedido.

Que sintiendo vosotros lo que siento,
Tendria yo en mi llanto compañía,
O privandome á mí de sentimiento,
Libre del mal que sufro me veria:
Pero en la novedad de mi tormento,
A todo alivio amor cerró la via,
Porque me acabe así con mi querella,
Huyendose de mí la causa della.

O si como Reynaldo yo pudiese
Huir tambien de mí, pues que comigo
Ninguno puede estar, que persiguiese
Mi vida, qual yo misma la persigo:
Mas no sé donde esta alma triste fuese,
Que no la siga amor como enemigo,
Pues halla en quien adora tal engaño,
Y tormento en su cuerpo tan extraño.

Habiendose desta arte lamentado,
Se apea la triste, y en amor ardiendo,
En el mesmo lugar se echó del prado,
Donde antes á Reynaldo vió durmiendo;
Creyendo ver en parte mitigado
Su dolor, que con esto iba creciendo;
Mas ella que aliviarse le parece
Allí de congojada se adormece.

Repose agora que harto le conviene,
Y á nosotros volver á la jornada,
Del Rey Gradaso, que algo se detiene,
Estando como dixe aparejada;
Mas ya no tardará, que presto viene,
Y en España está ya su grande armada;
Pero conviene que tratemos antes
De Orlando y Ferragut tristes amantes.

Ferragut por la selva no paraba;
Ora en lo raso, y ora en la espesura,
Siente de ira y amor fuerza tan brava,
Que olvidado de sí ya no procura,
Sino solo hallar la que buscaba,
Qual le hubo dado y le quitó ventura,
O por lo ménos á Argalía su hermano,
Para vengarse dél con cruda mano.

Con este intento y ánimo tan fiero,
Buscando con los ojos toda via,
Vió dormir á la sombra un caballero,
Y luego conoció que era Argalía:
Vió su caballo atado, y lo primero,
Va á desatalle, y sueltale en la via;
Suelto el caballo por la selva aprieta,
Como sale del arco una saeta.

Y Ferraguto habiendose apeado,
A la sombra de un lauro que allí viera,
Atando su caballo se ha sentado,
Y á que despierte su enemigo espera:

Y bien que de orgulloso y denodado,
En pensarle esperar se desespera,
Por no querer usar de demasia,
Forzándose á sí mesmo se sufria.

Mas Argalía que despierta en esto,
Viendo que su caballo era huido,
En el extremo que le fué molesto
De nadie puede ser encarecido:
Ferragut se levanta y dice presto:
Yo solté tu caballo, y él es ido;
Mas demos fin á nuestro desafio,
Que para el vencedor aquí está el mio.

Soltéle por quitarte la esperanza
De huir, que el que huye eso merece;
Asi que en tu valor ten confianza,
Que en él no la pondrás segun parece:
Diferencia verás, y gran mudanza,
De la batalla que ora se te ofrece
A la que me dexaste comenzada,
Que será de otra suerte averiguada.

Argalía con voz alta y segura
Responde: Ferragut, jurarte puedo
Que en batalla jamas me ví tan dura,
Que á no esperalla me forzase el miedo:
Ni yo me ví contigo en estrechura,
Por dó temiese de estar firme y quedo;
Mas fuíme á mi pesar, porque mi hermana
De partirse de Francia tuvo gana.

Así que escoge lo que mas quisieres,
Que para todo estoy aparejado,
Y en breve la batalla que ora quieres,
Te pesará de habella comenzado:
El miedo es natural de las mugeres;
Y si yo soy varon tú lo has probado.
Ferragut que de oirle hubo despecho,
Dexando las palabras viene al hecho.

A lo mesmo ya el otro se movia,
Comiénzase batalla rigurosa,
Hasta las nubes el rumor subia,
Resuena entorno la gran selva umbrosa:
Mas cortar no pudiendo el Argalía,
Alzó el brazo con fuerza poderosa,
Creyendo, si herir no le pudiese,
Que al ménos de aquel golpe le aturdiese.

Y descarga sobre él tan fieramente,
Que á darle Ferragut fuera aturdido;
Mas huyendo del golpe diestramente,
Entró con él, y entrambos se han asido:
Fuerte es el Argalía, como valiente,
Mas eslo Ferraguto, y se ha valido
De gran destreza y maña que tenia,
Con que puso debaxo al Argalía.

No por verse debaxo él desmayaba;
Mas antes procurando remediarse,
Con tan extrema fuerza se ayudaba,
Que pudiera dar vuelta y mejorarse:

Pero una daga Ferragut llevaba,
De la qual se acordó, y por despacharse
De la batalla y lucha tan reñida,
Hirió al mancebo de mortal herida.

Ya al rostro su color le va dexando,
Y al cuerpo aquella fuerza poderosa,
Como quando el humor les va faltando
Al lirio, á la viola, y á la rosa:
Y á Ferraguto, ya casi espirando,
Dixo con voz débil y dolorosa:
Un don quiero pedirte, ó caballero,
Que el último será pues que ya muero.

En esto ten por bien de contentarme,
Por lo que debes á caballeria,
Que muerto que seré quieras echarme
A mí con toda el armadura mia
En algun rio, donde desarmarme
Ninguno pueda, que qualquier diria:
Vil caballero, y sin valor, fué cierto,
Quien fué con tal arnés vencido y muerto.

Con pena y compasion dél muy crecida,
Ferragut el yelmo le desenlazaba,
Y vió del rostro la color huida,
Que el calor natural ya le faltaba:
Estrechamente, como si en la vida
Hubieran sido amigos, le abrazaba,
Y dice así llorando amargamente
Al mancebo que ya casi no siente:

Desdichado mancebo y valeroso,
En tu temprana y miserable muerte
El caso se verá mas doloroso,
Que pudiera causar la adversa suerte:
Mas siempre á su pesar por animoso
Serás nombrado justamente y fuerte,
Que en ningun tiempo tendrá fuerza alguna
Para privarte desto la fortuna.

Y así yo como á tal quiero rogarte
Me quieras perdonar por lo que he hecho,
Pues me quita la gloria del matarte
El dolor que me causa el mesmo hecho:
De lo que pides quiero asegurarte,
Que desde aquí á cumplillo iré derecho,
Solo porque mi yelmo es ya perdido,
Que me prestes el tuyo ora te pido.

Por solos quatro dias me le presta,
Y volvertele he al rio incontinente;
El mozo con señal, no con respuesta,
Muestra, muriendo ya, que lo consiente:
Ferragut se detuvo en la floresta
Hasta velle espirar; y finalmente
Quando del todo ya le vió sin vida,
De cumplir su promesa no se olvida.

Y sin tardarse el yelmo le quitaba,
Que era rico, gentil, fuerte y ligero;
Y puesto en su cabeza le enlazaba,
Mas la cimera le quitó primero:

Ya armado en su caballo cavalgaba,
Y, el muerto en brazos, entra en un sende-
Que para el rio era derecha via, [ro,
Donde arroja, en llegando, al Argalía.

Y está un poco mirandole y pensando,
Y camina despues por la ribera;
Pero vuelvo á contar del Conde Orlando,
Que con tanta congoja en busca fuera,
De Angélica, á la qual nunca hallando,
Del bien y de la vida desespera;
Mas al tiempo que mas desesperaba,
Fortuna le guió donde ella estaba.

Fortuna le guió donde dormia,
Y durmiendo la halla de manera,
Que estar entorno della parecia
Flora y Favonio con la primavera:
Que allí mas claridad tuviese el dia,
Y que de amor hablase la ribera,
Que moviesen el ayre, y tiernas flores
Las gracias dulcemente y los amores.

Como hombre, de sí mesmo enagenado,
Se paró Orlando atónito á mirarla,
Y dice, ya que un rato la ha mirado,
Sin osar á llegarse á despertarla,
¿Es sueño, ó es verdad que la he hallado?
Pero, pues gozo el bien de contemplarla,
Nunca me desengañe, si es engaño,
Ni despierte si sueño un bien tamaño.

Así el corto amador mal desenvuelto
Le está mirando y desto se contenta,
El qual con mejor maña y muy mas suelto
En justa ó en batalla se presenta,
Que en esta ya él pudiera andar envuelto;
Pero con detenerse erró la cuenta,
Que siempre la ví errar desta manera
A aquel que tiene tiempo, y tiempo espera.

Mas vuelvo á Ferragut, que no parando
Por la ribera al prado se encamina,
Y en el instante que vió al Conde Orlando,
En quien será, no bien se determina;
Pero en ver la que duerme, y á él mirando,
Ya sospecha lo que es, y aun lo adivina,
Y como la conoce, en un momento
Se muda todo en vista y pensamiento.

Cree, y luego afirmó lo que creia,
Que solo está alli el Conde por guardalla:
Palabras de amenaza le decia,
Las que mas prontas en la lengua halla:
Si tú, como á tu dama, la que es mia,
Piensas guardar, resuélvete en dexalla;
Y resuelvete presto, si la vida
No tienes por ventura aborrecida.

Orlando que le oye, y que con esto
Turbar vió todo su contentamiento,
Aunque de oille se alteró muy presto,
Con todo le responde con mas tiento;

Harás mucho mejor, y aun te amonesto,
Que, sin meterte agora en ese cuento,
Que por ventura no te convendria,
Dexandonos estar, sigas tu via.

No piensas, segun eso, de partirte,
Le dice el moro en ira ya encendido;
Mas pues quiero quedar habrás tú de irte,
O quedar para siempre aquí tendido:
Responde Orlando: ya no hay que decirte
Que es mucha la templanza que he tenido;
Y á mal antes que á bien juzga el tenella
Quien como tú no sabe conocella.

Tanto se enciende el Conde en mayor fuego,
Quanto al principio estuvo mas templado;
Ya del extremo enojo está tan ciego,
Que casi los amores ha olvidado;
Dice: yo soy Orlando, y salta luego
Con Durindana el brazo levantado;
Y á decir vuelve en alta voz su nombre,
Que pudiera espantar si fuera á otro hombre.

Se tú quien fueres, respondió el pagano,
Que quien yo soy te lo dirá mi espada;
Ya en este punto la tenia en la mano,
Y la fiera batalla es comenzada:
Dó entrambos muestran del poder humano
Destreza y fuerza muy aventajada;
Ya está el uno y el otro mal parado,
Y de piezas y malla lleno el prado.

A los terribles golpes y ruido,
Angélica despierta que dormia,
Y la batalla le turbó el sentido,
Y aquel destrozo de armas que allí via:
Toma su palafren y se ha huido,
Por dó fortuna le mostró la via:
Visto que parte, y que se va alargando,
Al fuerte Ferraguto dice Orlando.

Bien será, caballero, que pongamos
Fin á nuestra batalla fuerte y dura,
Pues se nos huye el bien que procuramos,
Y á entrambos es igual la desventura:
Primero con gran causa peleamos;
Mas no la habiendo ya seria locura,
Y para mí gran bien y cortesía,
Que me dexes seguir el alma mia.

Responde el moro: un desatino emprendes,
Del qual debieras ya desengañarte,
Pues quieres ser el todo y lo pretendes,
Adonde no te admiten, ni aun por parte:
A mí toca seguilla, y, si lo entiendes
De otra manera, vuelvo ora avisarte,
Que no solo seguilla ni querella,
Mas aun pensar no te consiento en ella.

Orlando dice: desa tu arrogancia,
Y del haberme agora detenido,
Tú llevarás en breve la ganancia,
Y el pago que has buscado y merecido:

Y verás con tu daño si hay distancia
De lo que hallas, á lo que has creido;
Mas crece de los dos el furor tanto
Que no puede caber en este canto.

CANTO QUARTO.

Por mostrar la simpleza y los errores
De los que amor abrasa con su fuego,
Pintaron los antiguos escritores
Al que llaman Cupido niño y ciego,
Porque no solo son los amadores
Niños en lo demas, y ciegos luego;
Mas aun para seguir su propio intento
El ver les falta, y el entendimiento.

Estan Orlando y Ferragú en batalla,
Causada del amor de una doncella;
Y no solo se olvidan de guardalla,
Mas no se acuerdan de mirar por ella:
Y muriendo uno y otro por ganalla,
Así vienen entrambos á perdella. [tiende
¿Pues qué entenderá el que ama, si no en-
Lo mesmo que procura, y que pretende?

Acometense, pues, los caballeros,
Y son entrambos en esfuerzos tales,
Que pueden bien llamarse los primeros,
Aunque presuman otros ser iguales:

Si los golpes del uno son muy fieros,
Los del otro tambien hacen señales,
Por donde pueden mal determinarse
Qual muestre de los dos aventajarse.

Hubo con otras una gran ventura
El conde Orlando, quando fué hadado,
Que en batalla jamas nadie le dura
Tres dias, aunque mas fuese esforzado:
Solo un Donclaro, dice la escritura,
Y el fuerte Ferraguto haber durado;
Que era sin duda flor de los paganos,
Qual lo muestra por obra de sus manos.

Uno como otro va creciendo en ira,
Y atiende con la espada á executalla,
Y qualquier de los dos por sí se admira
De la gran fuerza que en el otro halla:
Que el mas liviano golpe que se tira,
Derriba pieza siempre, ó corta malla;
Y así fueran tambien despedazadas,
Si pudieran sus carnes ser cortadas.

Mientra así entre los dos se combatia,
Sin esperanza de vitoria cierta,
Parece una doncella que venia
De paños de dolor toda cubierta:
Diciendo en voz tan alta que se oia:
¿Cómo podré yo en parte tan desierta
Saber, cuitada, dónde pueda, ó quándo,
Hallar á Ferragut que voy buscando?

F I N.



